



Universidad de Chile

Facultad de Filosofía y humanidades

Centro de Estudios de Género

En el margen: Melancolía en la poesía de Susana Thénon

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura, Mención en Humanidades.

Alumna:

María Josefina Lyon Larraín

Profesora Patrocinante:

Dra. Ana María del Pilar Errázuriz Vidal

Noviembre, 2010

Índice

Índice	1
Introducción	3
Capítulo I: Diseño de la investigación	6
1. Objetivos	6
1.1 Objetivos generales	6
1.2 Objetivos específicos	6
2. Hipótesis de trabajo	7
3. Delimitación del corpus	7
4. Metodología	7
Capítulo II: Mujer y modernidad	8
Capítulo III: Género, cultura y subjetividad	22
1. Género	24
2. Género y construcción social	26
3. Subjetividad e identidad	31
Capítulo IV: La Melancolía	36
1.1. Definiciones conceptuales	36
2.2 Breve historia de la melancolía	37
2.2.1 La melancolía en las civilizaciones antiguas	38
Capítulo V: La Melancolía y el discurso femenino	50
1. Complejo de Edipo	50
1.1 Conformación del complejo de Edipo	52
1.1.1 El niño	53
1.1.2 La niña	54

1.1.3 Definición del conflicto en la niña	56
2. Melancolía y psicoanálisis	59
2.1 Mujer y melancolía	61
3. Sublimación femenina	64
Capítulo VI: Con-texto	71
1. Escritura Femenina	71
2. Contexto literario argentino en el siglo XX	79
3. Breve reseña biográfica de Susana Thénon	81
Capítulo VII: Análisis del corpus	83
Capítulo VIII: Thénon, la melancolía y la Subversión (re-vuelta)	99
Conclusión	106
Bibliografía	110

INTRODUCCIÓN

Susana Thénon y su obra han sido puestas en el silencio. Un acto de acallamiento que debe leerse como la censura simbólica perpetrada por el hombre occidental sobre las voces disidentes.

La ideología masculina ha implantado la creencia, entre otras, de que los actos de violencia son sólo físicos, negando la posibilidad de reconocer en la dominación simbólica una forma de agresión perfeccionada, permanente, silenciosa y duradera. La imposición de cánones, tanto en la forma, como en el contenido, por parte de las figuras autorales masculinas, deben ser leídas, por lo tanto, como estrategias de censura.

En este sentido, puede decirse que la obra de Thénon ha sido negada en múltiples aspectos: por ser una escritura de mujeres; por exigir para su lectura un diálogo intersubjetivo y no la sumisión al canon imperante; porque sus tópicos y formas denuncian la violencia simbólica perpetrada por el hombre.

Dado este contexto, el corpus poético de Susana Thénon requiere para su estudio una aproximación de género que se pregunte por las formas de acción represiva del poder y las formas de resistencia que una voz poética puede ejercer. Esta tesis es, en este sentido, un acto contestatario, pues pretende contravenir el mandato masculino que acalla lo otro.

El presente estudio investiga, en su capítulo II, a partir de una aproximación histórica, la dimensión de exclusión de las mujeres de la vida cultural que adquiere la dominación masculina en la Modernidad en Occidente. Para comprender la influencia de esta renovada discriminación en la construcción de la subjetividad de las mujeres modernas, examinamos la teoría psicoanalítica en los capítulos IV y V

como último discurso de la Modernidad y como el conocimiento moderno y contemporáneo de los procesos psicológicos de la identidad.

Entre ambas temáticas, consideramos indispensable guiarnos por los estudios de género, capítulo III, para enfocar la construcción de la feminidad en la cultura occidental bajo una perspectiva crítica, con objeto de comprender lo que *dice* y lo que *calla* el corpus en estudio.

De manera que, esta investigación aborda tres ejes: estudio de género, subjetividad y obra poética. En torno al primero, se estudia la modernidad europea desde la perspectiva de género, desde la Revolución Francesa hasta entrado el siglo XX, como forma de contextualizar la formación de la identidad femenina en lo histórico. Una vez puesto de relieve el trayecto de la mujer en La Modernidad (Capítulo II), se analiza qué es el género y la función de los Estudios de Género como forma de estudio y acción (Capítulo III).

Establecido el contexto cultural, en el segundo eje, compuesto por el Capítulo IV se expone una sucinta historia de la melancolía junto a su definición desde el psicoanálisis como desde otras disciplinas tanto en el capítulo IV como en el V.

Interesa estudiar, la melancolía en la teoría psicoanalítica, capítulo V, puesto que se la considera el eje articulador de la obra poética de Susana Thénon, hipótesis que se intenta probar en este estudio. El capítulo V estudia, por lo tanto, el fenómeno denominado complejo de Edipo en niños y niñas y a particular construcción de la sexualidad en las mujeres y de la subjetividad femenina desde la teoría la cual se constituyó, finalmente, en una institución de lo simbólico.

El Capítulo VI relata el contexto escritural de las mujeres que se han desarrollado en el mundo de las letras, particularmente en Latinoamérica. Situamos la escritura de Thénon en la complejidad que supone una escritura que se desarrolla desde lo femenino dentro de un cánón masculinista, así como también dentro del contexto histórico-literario y biográfico de la autora.

En el Capítulo VII se analiza el corpus constituido por un conjunto de poemas de la autora, seleccionados en función de su carácter representativo de toda la obra. El método de análisis utilizado es el Análisis de Contenido que toma en cuenta los elementos explícitos e implícitos, puesto que en esta investigación los textos son considerados exponentes de ideologías y subjetividades que deben ser develadas por medio de un análisis cultural y textual profundo.

En el capítulo VIII se cierra la investigación mediante el diálogo de las teorías discutidas en los capítulos anteriores. Como factor necesario para los estudios de género, se propone la validez y la necesidad del Psicoanálisis y los Estudios de Género para poder comprender la subjetividad femenina. La melancolía es el factor resultante de este cruce que se materializa en la obra poética de Susana Thenón.

CAPÍTULO I

DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

La obra de Susana Thénon ha sido difundida en forma más bien pobre, lo que, probablemente, se debe al hecho de no adherir a estéticas vigentes ni vinculantes con grupos literarios definidos ni oficiales. En este contexto, esta investigación rescatará el paradigma representado por la poeta dentro de una sociedad masculina, para definir lineamientos esenciales para el análisis de la misma desde la perspectiva de género

1. Objetivos

1.1. Objetivo general

Reconocer elementos discursivos transversales a la obra poética de Susana Thénon, y por medio de éstos, reflexionar sobre el discurso cultural del sistema sexo-género en el que se insertan, tomando como base la teoría de género y la perspectiva psicoanalítica acerca de la subjetividad femenina.

1.2. Objetivos específicos

- a) Establecer una propuesta de análisis transversal a la obra poética de Susana Thénon que contribuya a la difusión de la misma.

- b) Establecer un diálogo entre los Estudios de Género y el Psicoanálisis tendiente a componer lineamientos teóricos sobre la subjetividad femenina.

c) Caracterizar las formas que toma la subjetividad en la obra poética de Susana Thénon.

d) Reconocer en la poesía de Susana Thénon el componente melancólico como descarga subjetiva del discurso femenino.

e) Aplicar la teoría de género y psicoanalítica relativa a la subjetividad a la obra poética de Susana Thénon.

2. Hipótesis de trabajo

En la poesía de Susana Thénon es posible encontrar la melancolía, en cuanto elemento transversal y unificador de su obra, como elemento representativo de la subjetividad femenina. Este posicionamiento expresa la posición de conflicto, rechazo y ruptura de la autora frente al discurso cultural patriarcal.

3. Delimitación del corpus

Selección de poemas de la primera etapa de la autora, recogidos en sus dos poemarios intitulados *Edad sin tregua* (1958) y *Habitante de la nada* (1959). La selección se establece en virtud de que en los textos mencionados se observan rasgos estéticos en forma primaria y cuya comprensión es relevante, dado que marcan de modo patente la poesía posterior.

4. Metodología

Se analizará un corpus seleccionado entre la poesía de Susana Thénon sobre la base del análisis de contenido, cuyo sustento teórico será la Teoría de Género y el Psicoanálisis.

Capítulo II

MUJER Y MODERNIDAD

El período de la Ilustración (s. XVIII) que tiene sus inicios en Francia y que luego influirá en el resto de Europa y América, forjó preceptos determinados para un nuevo orden social. Durante este periodo se desarrollaron ideas que tuvieron una gran influencia en el modo de vivir entonces, esto es, no se trata tan sólo de un cambio de paradigma en el pensamiento culto, sino también de cómo este paradigma irradió a toda la sociedad cambiando el pensamiento de la misma y sus costumbres. El punto principal fue la razón que, bajo este prisma se implantó un nuevo paradigma de comprensión de la realidad.

Los pensadores ilustrados criticaron los sistemas políticos y sociales previos y elaboraron nuevas teorías sobre el Hombre y el Estado. Una de las principales tesis desarrolladas fue la de que todos los hombres por naturaleza son iguales y libres. J.J Rousseau, uno de los pensadores más importantes de la Ilustración, expone que el hombre es bueno por naturaleza y que la sociedad lo transforma. Rousseau en su obra muestra que el pueblo debe vivir en igualdad de acuerdo con el estado natural.

En este contexto, mujeres ilustradas generalmente de clases privilegiadas, inauguraron tertulias de carácter literario y también político, como forma de tomarse los espacios intelectuales cuyo discurso era aperturista a las nuevas ideas. Una de las tertulias más importantes fue ofrecida por Catherine Vivonne que se realizaba en el palacio Rambouillet de Paris. Otro salón relevante fue el de Madeleine De Scudéry y el de Madame Scarron de los cuales surgirán muchas

ideas de la revolución que se avecinaba y se discutirán entre hombres y mujeres intelectuales.

Sin embargo, esta nueva sistémica de pensamiento no era del todo coherente con una integración total de todo el género humano. Se trataba de un discurso que presuponía la igualdad humana desde una perspectiva social pero no sexual:

“En el siglo de las luces, todos están de acuerdo en afirmar que las mujeres constituyen la mitad del género humano. En la alocución a la República de Ginebra que abre el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau dice: “¿Acaso podría yo olvidar esta preciosa mitad de la República que hace la felicidad de la otra, y cuya dulzura y sabiduría mantiene en ella en paz y las buenas costumbres?”(...) El término “mitad” debe entenderse más bien en un sentido funcional: La mujer contribuye a la reproducción de la especie, es esposa y madre, hija y hermana. Tiene un estatus de familia y sociedad”.¹

En este sentido, debe entenderse la Ilustración como el asentamiento de concepciones biológicas del hombre provenientes del racionalismo del siglo XVII. Aún cuando se incluya a las mujeres y se hable de principios de igualdad, el concepto *naturaleza biológica* supone para las mujeres una segunda acepción: las mujeres son asimiladas a su función reproductiva, lo que conlleva un determinismo y una división sexual del trabajo, limitándolas al ámbito privado por su capacidad de reproducción. Como consecuencia, las mujeres son exigidas de comportarse y definirse como madres, remitirse al cuidado de los hijos, del marido y del hogar, y excluirse del ejercicio ciudadano.

“La estrechez de las obligaciones relativas a ambos sexos ni es ni puede ser la misma, y cuando en esta parte se quejan las mujeres de la desigualdad que han establecido los hombres, no tiene razón; esta desigualdad no es una institución humana o a lo menos no es hija de la preocupación, sino de la razón; a aquel de los dos fío la naturaleza el depósito de los hijos, toca responder de ellos al otro”.²

J.J Rousseau en su obra *Emilio*, expuso una nueva forma de educación coherente con los nuevos paradigmas ilustrados. El último capítulo de su obra está dedicado a la educación de la mujer, con un enfoque que propone la figura

¹ Duby, Georges. Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres, del Renacimiento a la edad Moderna*. p. 346

² Rousseau. J.J. *Emilio*. p. 249.

femenina como la compañera del hombre. Como tal, la mujer tendría un rol consistente en guardarle fidelidad a su marido y estar a su lado cuando éste lo requiere. En síntesis, la mujer se educa para servir al hombre.

La inglesa Mary Wollstonecraft contemporánea de Rousseau, fue una de las precursoras del pensamiento feminista a partir de su obra *Vindicación de los Derechos de la Mujer*. Wollstonecraft criticó duramente la forma en que vivían las mujeres en cuanto a los aspectos económicos, políticos y sociales, así como también criticó duramente las tesis que Rousseau expuso como pedagogía de la mujer.

“Rousseau declara que una mujer jamás debería sentirse independiente, que debería vivir con temor a ejercer su astucia *natural* y que hay que hacer de ella una esclava coqueta con el fin de que sea el objeto más deseable y la compañía más *dulce* para el hombre, cuando este quiere solazarse. Lleva sus argumentos aún más lejos, pretendiendo extraerlos de las indicaciones de la naturaleza, e insinuando que la sinceridad y el valor, de piedras angulares de toda virtud humana, deberían ser cultivadas por las mujeres con ciertas restricciones, ya que la obediencia es la gran virtud que hay que inculcarles con un rigor inexorable”.³

La Ilustración plantea una igualdad para el género humano, sin embargo, el *Emilio* es la prueba de que el pensamiento ilustrado concibió la educación entre hombres y mujeres en forma distintas. Aun cuando las ideas de la Ilustración plantean una igualdad entre todos los individuos, se genera una ambivalencia en los nuevos planteamientos filosóficos, políticos y sociales. Se jerarquizan nuevamente los sexos: las mujeres subordinadas a los varones y se lee la diferencia sexual en clave de inequidad a todos los niveles. Será esta contradicción con las ideas de igualdad de la ilustración la que dejará un espacio para que las reivindicaciones de ciudadanía de las feministas del siglo XIX pudieran, finalmente, imponerse en la incipiente democracia.

La socióloga feminista Rosa Cobo, refiriéndose a las críticas de Wollstonecraft hacia Rousseau sobre la educación de la mujer, expresa:

³ Wollstonecraft, Mary. *Vindicación de los derechos de la mujer*. p. 44

“En esta dirección, Mary Wollstonecraft usa la razón como instrumento crítico contra los prejuicios que impiden la emancipación de las mujeres. Desde este contexto teórico-moral es desde el que realiza la crítica a las concepciones educativas de Rousseau. A juicio de Wollstonecraft, el principal error de Rousseau radica en que analiza las costumbres y los hábitos de las mujeres como si fuesen rasgos innatos. Rousseau, en opinión de nuestra autora, no se da cuenta o no quiere darse cuenta, que desde que nacemos nuestros gustos están socialmente dirigidos y que esta sociabilización conduce a las niñas a asumir valores y pautas de sometimiento a los varones. En definitiva, la educación de las niñas consiste en hacerlas dependientes, y cuando esto se ha conseguido se decreta que la dependencia es natural”.⁴

Es posible esbozar la episteme ilustrada: los sujetos pertenecientes al género humano son iguales, pero sobre la idea de que lo Uno del género humano es el hombre y lo Otro es la mujer. Dicho de otro modo, la mujer constituiría una variación de lo masculino que es lo humano por excelencia. No se trata, por lo tanto, de una exclusión de la mujer de la especie humana, como podría pensarse a simple vista, sino más bien de una categorización secundaria dentro de ella.

En el artículo *Las mujeres en las obras filosóficas del siglo XVIII*, Michelle Rampe-Casnabet indica:

“La sexualidad femenina lleva algo así como un destino miserable. Es, ante todo, el sexo lo que legitima por naturaleza la inferioridad femenina. Pues se puede sostener, como hace Rousseau (*Emilio, libro V*) que todo aquello que no pertenece al sexo es común a la especie, pero que, sin embargo, en la mujer lo que prevalece es el sexo: ‘No hay entre ambos sexos igualdad alguna en lo que respecta a la consecuencia del sexo. El macho sólo es macho en determinados momentos, mientras que la hembra es hembra durante toda la vida, o al menos durante toda su juventud; todo lo llama incesantemente a su sexo...’ En el acto sexual, siempre según Rousseau (pero en este punto su opinión es de los más común), el hombre es activo fuerte, mientras que la mujer es pasiva y débil; el hombre debe poder y querer, mientras que la mujer se contenta con resistir un poco. Por debajo de la pareja sexuada, se reconocía otra pareja teórica, que se da concepciones del conocimiento: el entendimiento activo informa y organiza la pasividad de la sensibilidad. Agreguemos que para el hombre –aquí Emilio, tan bien educado por su preceptor según las leyes de la naturaleza-, la necesidad sexual no es una necesidad física, no es una verdadera necesidad. El sexo no define la naturaleza del hombre, pero de la mujer sí”.⁵

⁴ Cobo, Rosa. *Mary Wollstonecraft: un caso de feminismo Ilustrado*.
<http://www.jstor.org/stable/40183468>

⁵ Duby, Georges y Perrot, Michelle. “Las mujeres en las obras filosóficas del siglo XVIII” *Historia de las mujeres, del Renacimiento a la edad Moderna*. p.p 357- 358

Según los pensadores de la Ilustración, y sobre todo a partir de lo que planteó Rousseau, la mujer estaría sometida a su conformación biológica y esto la haría inferior al sexo masculino. Desde luego esto se plantea en un discurso soterrado que no enuncia la inferioridad en la que posiciona a la mujer, pero que impone la idea desde la caracterización de sus funciones. La idea de igualdad de los sujetos en la especie humana se sustenta en que, a fin de cuentas, lo que uniría a los sujetos desde el racionalismo es la biología y la razón, como elementos determinantes. Se pertenecería a una especie por determinación biológica, pero también es la biología lo que dividiría y clasificaría a los sujetos mediante los sexos. A la mujer, por su parte, se la caracterizó como “pasional”.

El sistema de pensamiento ilustrado construyó, entonces, una imagen de la mujer con el fin de posicionarla donde la masculinidad deseaba localizarla, eso es, al servicio de la reproducción. Si lo Uno de la especie humana es lo biológicamente masculino y lo mentalmente racional, la mujer tomará la posición de lo Otro por su biología femenina considerada más cercana a la naturaleza por el acto de parir y también se le atribuiría un supuesto carácter pasional. En efecto, la imagen de la mujer fue constituida como la de un ser más emocional que el hombre, supuestamente racional. Desde esta construcción se entiende que la Ilustración proponga e imponga para la educación femenina el control y el autocontrol. Entendido así, la mujer es sometida en una primera instancia a los padres, y luego queda bajo la responsabilidad del marido, y se le niega la posibilidad de la autogestión.

Con la caída de las monarquías absolutas y el control de las masas que se ejercía material y simbólicamente, el sistema de control fue incorporándose como autocontrol por medio del discurso moral del racionalismo. Se trata de la emergencia de la moral como forma en la que el dominador pasa a estar dentro de la mente de los controlados. No es de extrañar entonces que el principal método educativo expuesto por Rosseau para la mujer haya sido la autoadecuación para servir al hombre y procrear. Asimismo se afirmó que el sexo femenino posee forma natural mecanismos de regulación que detienen el desenfreno:

“pero la naturaleza ha previsto los medios para contener los desbordes de la naturaleza femenina además ha dotado a las mujeres de ese sentimiento del que no se sabe si no es el fruto más delicado de la vida social: *la vergüenza o el pudor*”.⁶

La Revolución Francesa tuvo especial relevancia en este proceso. Al tratarse de una revolución política y social, involucró a todos los individuos, tanto a hombres como a mujeres. En sus objetivos iniciales, la Revolución tuvo entre sus objetivos incluir a la mujer dentro de la vida ciudadana. Es así como se afirma en el artículo de Elizabeth G. Sledziewski *Revolución Francesa. El giro*:

“La condición de las mujeres no solo cambió porque todo cambiaba entonces y porque la tempestad revolucionaria no debía dejar nada en su lugar. Más profundamente, la condición de las mujeres cambió porque la revolución planteó la cuestión de las mujeres y la inscribió en el corazón mismo de su cuestionamiento político de la sociedad”.⁷

La caída de paradigmas que implicó la Revolución Francesa, cuestionó las relaciones entre los sexos, así como también la situación social de las mujeres. Tópicos de discusión del período fue la igualdad que conllevaba la participación de la mujer en la vida pública; la declaración de 1789 “reconoce a todo individuo el derecho imprescriptible a la libertad, la propiedad, la seguridad, y la resistencia a la opresión”.⁸

Este movimiento permitió a las mujeres ser entes de opinión y también poseedoras de bienes materiales. Posteriormente fue reconocido el hecho de que las mujeres fuesen entes de razón para participar como testigo en juicios, además de tener obligaciones y acceso a bienes comunales. También fueron generados preceptos jurídicos como la igualdad de derechos de la madre frente al padre para el ejercicio de la patria potestad de sus hijos. Las leyes promulgadas en 1792 sobre el estado civil y el divorcio trataban con estricta igualdad a ambos cónyuges. Sin embargo, la ascensión de Napoleón al poder y la creación del código que, además, influiría en gran parte de Europa y América Latina, restituyó la dominación masculina en el ámbito jurídico y legal.

⁶ Ibid. p.358

⁷ Duby, Georges y Perrot, Michelle. “Revolución Francesa. El giro ” *Historia de las mujeres, El siglo XIX*. p. 53

⁸ Ibid. p.57

Aunque la revolución francesa disminuyó la brecha para las mujeres, su situación no cambió realmente. Elizabeth G. Sledziewski, cita las palabras de Olympe de Gouges para describir lo que sucede en la revolución francesa:

“[...] así la revolución francesa no pudo derribar los fundamentos de las cárceles que derribaba. Dejó en su lugar el principio mismo del despotismo. Y como dio el poder a los hombres, estos utilizaron ese principio para combatir sus consecuencias, que ya no podían soportar. De esta manera recondujeron e incluso reactivaron la guerra de los sexos, mientras lograban romper sus propias cadenas sociales y políticas (no sin la ayuda de las mujeres, por otra parte)”.⁹

Los nuevos preceptos establecidos por la Revolución Francesa, sin embargo fueron fundamentales para demostrar la contradicción entre los principios modernos de igualdad y libertad versus la aplicación en la práctica de la subordinación de las mujeres al colectivo de varones, tanto en el ámbito privado como público. Ambos fenómenos, la instauración del nuevo paradigma político y la contradicción al mismo en la práctica socio-política, tuvo repercusión en todo los países influidos por la cultura europea como fue el caso de América del Norte y América Latina. Desde Francia el pensamiento moderno y el establecimiento de la Democracia se habían propagado con rapidez por toda Europa. De este modo, tanto en el viejo como en el nuevo continente aparecen los primeros vestigios precursores del movimiento feminista que marcará los próximos dos siglos.

Olympe de Gouges, una de las mujeres que luchó por el derecho a la igualdad entre hombres y mujeres, escribió *Derechos de la mujer y la ciudadana*. La figura de Olympe de Gouges, sin duda se configura como uno de los tantos iconos femeninos que han luchado por sus derechos e igualdad frente a los hombres, siendo finalmente guillotinado por el gobierno de Robespierre a causa de sus opiniones políticas acerca de las mujeres:

“un aviso a los franceses apareció en *Le Moniteur*¹⁰ del 19 noviembre 1793 que decía “ella quería ser hombre de Estado y parece que la ley hubiera castigado a

⁹Ibid. p. 65

¹⁰ El Monitor, periódico de la época. (Traducción propia)

esta conspiradora por haberse olvidado de las virtudes que convienen a su sexo”.¹¹

“La lucha de la mujer comienza a tener finalidades precisas a partir de la Revolución Francesa, ligada a la ideología igualitaria y racionalista del Iluminismo y las nuevas condiciones de trabajo surgidas a partir de la Revolución Industrial. Olympe de Gouges, en su “Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana” (1791), afirma que los “derechos naturales de la mujer están limitados por la tiranía del hombre, situación que debe ser reformada según las leyes de la naturaleza y la razón”.¹²

Es posible que en este sentido, el Movimiento Feminista impulsara a las mujeres a exigir derechos de ciudadanas. En este sentido, el feminismo realizó importantes aportes tales como la apertura de un nuevo camino hacia las libertades y exigencias de las mujeres. El régimen patriarcal se vio profundamente removido y atacado con la aparición de este movimiento que animó a la mujer a desear algo más, a plantearse ser dueñas de ellas mismas, pudiendo escoger así su destino.

El primer feminismo surge en el siglo XIX y tiene como antecedentes el movimiento sufragista de las mujeres (Inglaterra S.XIX). La industrialización de Inglaterra aceleró la inserción de la mujer como mano de obra económica, para favorecer el desarrollo del capitalismo; esto sin duda alteró las relaciones de los sexos. Sin embargo, en los grupos burgueses, las mujeres seguían relegadas al hogar que se montaba como símbolo de estatus del varón, poseedor legal de los bienes, en tanto que la mujer era conducida, si no se casaba, inevitablemente a la pobreza. La marginación de la propiedad y de la educación liberal de la que fueron víctimas las mujeres burguesas hizo crecer cada vez más un inconformismo frente a su situación. En este contexto, no es de extrañar que en Europa el movimiento sufragista inglés haya sido el más potente de los europeos. Ya en 1886 se presentó en el parlamento inglés la primera petición a favor del voto femenino,

¹¹ Textes et documents pour l'histoire des femmes, en http://histgeo.ac-aix-marseille.fr/pedago/femmes/roug_004.htm#révolution. Consultado el 18 de octubre de 2007. en Errázuriz Vidal, Pilar, *La misoginia romántica Europea en la construcción de la subjetividad de la mujer moderna*. Valladolid, 2009

¹² Gamba, Susana. *Diccionario de género y feminismos*. p.144.

luego de la cual se sucedieron constantemente iniciativas políticas al respecto. John Stuart Mill, defensor de la causa de las mujeres, presentaría más de 2000 propuestas antes de que se aceptara el derecho a sufragio de las mujeres. A pesar de todo, los grupos políticos masculinos no tomaron con seriedad ni interés el problema del voto femenino, hasta que las medidas de las sufragistas se radicalizaron con acciones como huelgas de hambre. Recién en 1928 las mujeres pudieron votar en Inglaterra.

El desarrollo cada vez más afinado del capitalismo moderno y el desarrollo de la Revolución Industrial durante el siglo XIX, generó nuevas contradicciones. Las mujeres de clase obrera fueron requeridas como mano de obra en un trabajo fuera del hogar, sobre todo en los países industrializados como Inglaterra. Surge así una nueva forma de trabajo y producción en masa en la que se necesita una obra de mano a bajo costo.

El sistema capitalista hace un doble requerimiento: por una parte asimila como plusvalía el trabajo doméstico de las mujeres, pues ayuda a reproducir la mano de obra (el trabajador / obrero que necesita sustento, cuidado y descanso para bien producir cotidianamente), y por otra, en momentos de necesidad, convoca a las mujeres como mano de obra barata contradiciendo lo que el mandato de la división del trabajo había instaurado en la organización social, mandato que resume Joan Scott en *La mujer trabajadora del Siglo XIX*:

“La historia de la separación del hogar y trabajo selecciona y organiza la información de tal modo que está logra cierto efecto: el de subrayar con tanto énfasis las diferencias funcionales biológicas entre mujeres y hombres que se termina por legitimizar e institucionalizar estas diferencias como base de la organización social. Esta interpretación de la historia del trabajo dio a lugar- y contribuyo- a la opinión médica, científica, política y moral que recibió el nombre de “ideología de la domesticidad”, ya el de “doctrinas separadas”. Sería mejor describirla como el discurso que en, el Siglo XIX, concebía la división sexual del trabajo como una división “natural” del mismo”.¹³

Con la división sexual del trabajo se hace la diferencia del mundo público y privado: este último es el que revela la domesticidad de las mujeres y la

¹³Duby, Georges y Perrot, Michelle. “La mujer trabajadora del Siglo XIX” *Historia de las mujeres, El siglo XIX*. p. 429

necesidad, el cuidado de los hijos para así crear buenos ciudadanos, y también la economía se traslada a una economía doméstica. Solo que el doble requerimiento del capitalismo que anima a las mujeres a unirse al ámbito laboral, no lleva consigo una adaptación en la atribución de los roles. Las mujeres continúan hasta hoy en mayor o menor medida siendo responsables de la vida doméstica aunque trabajen fuera del hogar, suscitándose el conocido fenómeno de la “doble jornada laboral”.

Sin embargo, esta contradicción que se genera en el siglo XIX con la democracia, que consiste en declarar la igualdad natural de las personas a la vez que dictar el mandato de sumisión de las mujeres a los hombres, que es social, económica y política, imprime un sello a las aspiraciones de las mujeres europeas que influirán también en las mujeres de América. Habiendo luchado mano a mano con los hombres en la Revolución Francesa, en las revueltas de la primavera de 1848, en la Comuna de París en 1871 y emigrado a Inglaterra para unirse al naciente socialismo, las mujeres no aceptaron pasivamente los mandatos de la división sexual del trabajo que las clases burguesas dominantes parecían exigir. En ese momento es donde quedó abierta el ansia de lucha por encontrar un espacio.

A pesar de lo anterior, las dificultades culturales se convirtieron en gigantes barreras por derribar; por un lado la tradición masculina que pretendía mantener el orden y privilegios instaurados por la nueva generación de varones demócratas y por otro, el miedo de los varones a perder la hegemonía del poder si las mujeres consiguen un espacio ciudadano, de alguna manera esbozado por la revolución francesa y luego abolido por el sistema napoleónico. Con estos antecedentes las mujeres de la época no se quedarían tranquilas, ya que se les había abierto un espacio de reconocimiento como sujetos aptos para decidir. Esta idea hace alusión al gran obstáculo que interpuso la era napoleónica, puesto que significó un retraso para las mujeres como Anna-Marie Käppeli expresa:

“Durante todo el siglo XIX hay momentos de efervescencia feminista, ya vividos por una sola generación, ya prolongados por la generación siguiente. Después de los primeros intentos franceses de organización de las mujeres en los clubes

patrióticos, el imperio autoritario de Napoleón inmoviliza todo esfuerzo de liberación femenina. Su código civil de 1804 –que influye en la condición legal de la mujer en toda la Europa napoleónica- da cuerpo a la idea según la cual la mujer es propiedad del hombre y tiene en la producción de sus hijos su tarea principal”.¹⁴

En el s. XIX, con la emergencia del Movimiento Feminista, la dominación masculina del renovado sistema sexo-género se ve amenazada. Las mujeres ya no quisieron seguir sosteniendo la condición de subordinación vivida por siglos sabiendo que existe un discurso que puede sostener racionalmente sus demandas de equidad. Así se desarrollan los discursos precursores de los nuevos conceptos teóricos de los feminismos del siglo XX: la corriente igualitaria que se traduciría en el feminismo de la igualdad y la corriente dualista que constituiría el llamado feminismo de la diferencia. La primera aboga por la igualdad con los hombres en todos los ámbitos, la segunda argumenta la excelencia de la función reproductiva de las mujeres. Indica Anna-Marie Kappeli:

“La corriente igualitaria burguesa entiende que el motor central del cambio es el legislador. El Estado será el compañero que habrá de regular los conflictos de intereses. La exigencia de reconocimiento de la mujer en tanto ciudadana y las repetidas campañas a favor de la igualdad política son expresiones de esta corriente”¹⁵ “(...) la representación dualista, que poco a poco va ganando terreno, coloca en el centro de la argumentación la facultad maternal de la mujer, cualidad que no sólo define físicamente, sino también psíquica y socialmente”.¹⁶

En efecto, con el nacimiento del feminismo se desarrollaron dos vertientes de gran relevancia tales como: la corriente igualitaria y la corriente dualista. La corriente igualitaria argumenta que el Estado es quien debe regular el ejercicio de una igualdad sustantiva entre hombres y mujeres para que éstas puedan encontrar su espacio como ciudadanas. Esta corriente apela a los derechos de la mujer tomando como principal argumento los cambios legislativos y la lucha por la participación pública, ejemplo de ello es Mary Wollstonecraft que en Inglaterra aboga por una igualdad frente a los hombres en todos sus ámbitos. Por su parte, la corriente dualista tiene como principal argumentación la maternidad de la mujer que no solo la define físicamente, sino que síquica, social y moralmente. La

¹⁴Duby, Georges y Perrot, Michelle.”Escenarios del feminismo” *Historia de las mujeres, El siglo XIX* p. 523.

¹⁵ibid. p. 522

¹⁶ Ibid. p. 523

corriente dualista es la que tiene mayor aceptación en Francia e Italia, mientras que la corriente igualitaria predomina en Inglaterra y España. Como indica Michelle Perrot, el feminismo anglosajón es un feminismo del saber muy diferente al feminismo de la maternidad de la Europa del sur.

La medicina del siglo XVII y XVIII, al descubrir la diferencia de los aparatos reproductores femenino y masculino que hasta entonces eran considerados “lo mismo” en clave de atrofia para las mujeres¹⁷, validó la concepción de que la mujer estaba naturalmente hecha para la maternidad. Por lo que las ciencias médicas confirman y refuerzan la perspectiva naturalista y con ello ayuda a limitar a las mujeres a los fines reproductivos. Las mujeres fueron nuevamente subordinadas en la medida en que su cuerpo está condicionado a la reproducción y al cuidado de la especie, esta vez desde argumentos modernos, naturalistas y científicos. De este modo, la mujer fue enseñada a sentir pudor de su cuerpo y de su biología. Michelle Perrot menciona en su libro *Mi historia sobre las mujeres*:

“En primer lugar sobre la representación del sexo femenino. De Aristóteles a Freud, siempre se ha visto el sexo femenino como una falta, un error de la naturaleza. Para Aristóteles, la mujer es un hombre fallido un ser incompleto, una forma sin terminar. Freud hizo de la “la envidia del pene”, el centro obsesivo de la sexualidad femenina. La mujer es un ser hueco, agujerado, marcado para la posesión, para la pasividad. Por su anatomía, pero también por su biología. Sus fluidos –el agua, la sangre (sangre impura), la leche- no tienen poder creador como el esperma, sólo nutren. En la gestación, la mujer apenas provee un receptáculo, un recipiente del cual sólo puede esperarse que sea tranquilo y cálido. El mecanismo de la ovulación no se descubrirá hasta el siglo XVIII y recién a mediados del XIX apreciará su importancia. La mujer es inferior en principio por su sexo, su genitalidad.

Siglo de las ciencias naturales y médicas, el siglo XVIII descubre “lo de abajo”, lo referido al placer y la vida. “Inventa” la sexualidad con una insaciable “voluntad de saber” el sexo, fundamento de la identidad y la historia de los seres”.¹⁸

La concepción del cuerpo y la construcción biológica de la mujer desde la historia antigua hasta el siglo XVIII, fue a base de la creencia de que el cuerpo femenino es una mala formación del cuerpo masculino, o sea sobre la base de un monismo que considera la jerarquización hombre / mujer en la diferencia

¹⁷ Laqueur, Thomas. *La construcción del sexo cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. p. 127

¹⁸ Perrot, Michelle. *Mi historia de las mujeres*. p. 81

anat6mica sexual. Características como la sangre menstrual, ayudan a que la concepci3n de la mujer frente a los ojos del mundo masculino tenga una connotaci3n negativa. Thomas Laqueur en sus estudios, dice que a pesar que los estudios anat6micos del siglo XVII en los cuerpos de las mujeres mostraba indiscutiblemente la diferencia de los aparatos reproductivos entre mujeres y hombres, las ideas preconcebidas y los conceptos acuñados desde la antigüedad podían más que la percepci3n de la realidad a la hora de elaborar informes y dar cuenta de los estudios. Es a partir de un cambio en las mentalidades que se logró ver la realidad de la diferencia.

“La historia de la anatomía renacentista indica que las representaciones anat6micas masculinas y femeninas dependen de la política cultural de la representaci3n y de la ilusi3n, no de pruebas sobre 3rganos, canales o vasos sanguíneos.”¹⁹

“(…) no puede haber actuaci3n sobre la imagen, ni desafío a su capacidad de ilusi3n y discurso, que no desafié al propio tiempo el hecho de la diferencia sexual”, para significar que los hechos de la diferencia sexual no existen con independencia de las formas de la ilusi3n y discurso”.²⁰

La creencia en que el cuerpo femenino, en especial su aparato reproductivo, es un cuerpo masculino atrofiado, contribuy3 a justificar la idea de inferioridad que se gestiona desde tiempos antiguos. Durante el siglo XVII, periodo en que la investigaci3n biol3gica tiene un gran auge, la antigua creencia sobre el cuerpo de la mujer comienza a disiparse pero muy lentamente debido a la dificultad de abandonar los prejuicios viejos de tantos siglos. A pesar de todo, en el siglo XVII para culminar en el XVIII, se comenz3 a esbozar la idea de que el cuerpo de la mujer es otro, diferente y no como se había sostenido hasta entonces. Así como lo menciona Evelyne Berriot- Salvadore:

“El discurso medico de los filósofos, lo mismo que en la deontología de los médicos prácticos y las comadronas, la mujer encuentra por fin su identidad. En

¹⁹ Laqueur Thomas. *La construcci3n del sexo cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. p. 127

²⁰ Jacqueline Rose en: Laqueur Thomas. *La construcci3n del sexo cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. p. 127

efecto, ya no se le examina únicamente como una copia defectuosa del macho, sino que como un cuerpo completo y singular”.²¹

Se instala así el dualismo sexual. Sin embargo, no se instala la idea de equivalencia entre los sexos, considerándose la capacidad de dar a luz de las mujeres y su diferencia, una situación propiciatoria de la debilidad física y punto de partida para construirle e instruirla en un rol reproductivo natural que se ampliaría legítimamente a la exclusión de la cosa pública y a la reclusión en el ámbito privado. De esta forma el cuerpo femenino se comenzó a entender como una naturaleza propia y distinta, sin embargo más débil que el del hombre por la capacidad de parir que es lo que le corresponde en la reproducción de la especie. Desde el punto de vista de la identidad, esta nueva concepción de la diferencia sexual reforzó una vez más la idea de la mujer como madre y como un ser humano que necesita protección por su debilidad.

“Los grandes conceptos políticos de la Ilustración –universalidad, razón, derecho natural, contrato social- y la reelaboración de los mismos por parte de Rousseau investigados desde la hermenéutica de género, muestran: 1) que los derechos establecidos por la Ilustración no incluyen a las mujeres; 2) esos conceptos políticos y éticos surgen de una estructura social dividida por género-sexo. Una gran parte del pensamiento ilustrado, cuyo representante más sólido es Rousseau, argumenta la necesidad de la exclusión de las mujeres de la vida pública, poniendo así las bases del patriarcado moderno”.²²

En el siglo XIX se teorizó y se abordó a la mujer desde diferentes perspectivas: desde el arte, literatura, la medicina, la salud mental y el rol social. Desde múltiples disciplinas fueron creadas imágenes a partir del pensamiento masculino sobre la mujer. Cualquier otro deseo de la mujer que adujera a algo fuera de los patrones impuestos por el hombre, fue reprimido por medio de la censura social. El movimiento feminista se rebela a ello y lucha por abrir un espacio en la vida pública a las mujeres. Cabe pensar que las mujeres intentan tener una participación política y de control sobre sus propios destinos. La situación de las mujeres se vuelve determinante en este periodo histórico ya que

²¹ Duby, Georges y Perrot, Michelle. “El discurso de la medicina y la ciencia” *Historia de las mujeres, del Renacimiento a la edad Moderna* .p. 394

²² Cobo, Rosa. *Fundamentos del patriarcado moderno*. Jean Jack Rousseau. p. 29

toman conciencia de su necesidad de derechos y su deseo de ser sujetos en términos de liberación y emancipación.

CAPÍTULO III

GÉNERO, CULTURA Y SUBJETIVIDAD

Los Estudios de Género constituyen un campo de investigación centrado en el problema de la construcción cultural de la diferencia sexual y cuyo funcionamiento es interdisciplinario. Manejan rangos analíticos en disciplinas de las Ciencias Sociales como sociología, psicología y antropología, y ámbitos de las Humanidades como la Historia, Literatura y Filosofía. Desde todas estas áreas de estudio, se pretende analizar las representaciones simbólicas y epistemológicas, así como sus respectivas causas y consecuencias, que construyen y sustentan un discurso en torno a los sexos.

El concepto de género provee de herramientas para deconstruir los procesos culturales y psicológicos, por medio de los cuales cada quien se convierte ya sea en hombre o mujer, según los patrones vigentes e impuestos.

Si bien los Estudios de Género se han constituido recientemente desde la oficialidad, esto es, desde hace unas cuatro décadas en la academia anglosajona, no debe perderse de vista que las consideraciones teóricas en torno al problema son anteriores. Ya Simone de Beauvoir, por nombrar un ejemplo conocido, había señalado durante la primera mitad del siglo XX que lo identificado como psicología femenina no era más que un constructo social. “Una no nace mujer, sino que se hace mujer”: resuena desde la famosa frase de la intelectual la simiente formal de

un movimiento feminista que hasta ese entonces no había tomado conciencia del todo de la carga simbólica e imaginaria llevada por las mujeres.

Un acceso relevante al problema de género se produjo desde la antropología. La estudiosa Margaret Mead en su libro *Sex and Temperament in Three Primitive Societies* mostró que las estructuras patriarcales conocidas en Occidente no se replicaban en ciertos grupos en Nueva Guinea. Con esto se inició un debate sobre si el ordenamiento de dominación masculina era construido o natural. En 1951, el psicólogo neozelandés llamado John Money utilizó el término *gender* para referirse en ciertos estudios al componente cultural y educacional que influía en el comportamiento sexual. En los años sesenta, el psicoanalista Robert Stoller utilizó y desarrolló el concepto *sex and gender* para hacer referencia a grupos como los homosexuales y transexuales. El feminismo estadounidense en los años setenta retoma las propuestas de Margaret Mead y Simone de Beauvoir para luchar contra el orden masculino, ya con la certeza de que la mujer había sido sometida gracias a las ideas construidas en relación a los sexos.

La escuela francesa, si bien no formalizó el uso del término Estudios de Género (y de hecho, utiliza su equivalente *Gender Studies* con frecuencia en lugar de un término francés), proveyó una amplia gama de pensadores de la que se nutrió la escuela anglosajona: Simone de Beauvoir, Jacques Derrida, Michel Foucault, Julia Kristeva, Helene Cixous, Luce Irigaray entre otros/as.

Aunque lo que convoca esta investigación es la cuestión de las mujeres y la feminidad, hay que señalar que los Estudios de Género se han desarrollado más allá de esta temática, al constatar que la tipificación genérica de los sexos es más amplia y compleja que la distinción hombre / mujer. De este modo, problemáticas como masculinidad, lesbianismo, gays, bisexualidad, transexualidad, travestismos, amplían las referencias y las líneas de análisis.

Los avances en medicina y en particular en el campo de la neurología en los últimos años, han permitido delimitar de modo científico y no bajo el mero argumento de *natura* elementos que influyen en la constitución sexual. Sin

embargo, los Estudios de Género tienden a elevar la discusión a un ámbito en que la biología no sea más que un antecedente, pues desde la perspectiva del género, se trata de un problema ideológico y no fisiológico, bajo la consideración de que el argumento científico ya ha sido históricamente manipulado.

La relevancia del nacimiento de las teorías de género desarrolladas durante las últimas décadas ha sido su constitución en un paso necesario para investigar y comprender a las mujeres, su situación y su entorno. Esto es, saber cómo se estructura el sistema cultural patriarcal en el cual las mujeres están insertas, cuáles son los modos en que se detenta el poder y qué consecuencias tiene en sus vidas.

A pesar de la diversidad de temas de los que se ocupan los Estudios de Género, el objeto de estudio central es, por lo tanto, la *cuestión de las mujeres*. Podría decirse que se trata de una pregunta dinámica y permanente, que se interroga por el pasado y el presente de las mujeres, los modos en que la cultura actúa sobre ellas y las consecuencias que de esto devienen. Ha surgido entonces la necesidad de sacar a la luz esta población tantos años oprimida, invisibilizada y silenciada.

“Los estudios de género han enfatizado la construcción de la subjetividad femenina como un proceso multideterminado, que fue sufriendo variadas transformaciones a lo largo del tiempo y de los distintos grupos de mujeres”.²³

La mujer construye su subjetividad desde la dinámica de opresión. Los Estudios de Género estudian también, en el ámbito de las consecuencias, el modo en que la mujer se *desarrolla* en los espacios de opresión simbólica. El hecho de ser mujer y habitar un sistema dominado por el poder masculino, implica de suyo que la subjetividad femenina está mermada por el contexto y en algunos casos manifestará su resistencia por diversos medios: vida, sexualidad, arte, etc.

1. GÉNERO

²³ Burin, Mabel; Dio Bleichmar. *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. p. 70

El discurso predominante ha insistido en que el género es ontológico y biológico. Los Estudios de Género combaten esta idea desde una crítica ideológica e ideologizante. Dicho de otro modo, para esta perspectiva, el género es un problema inherente a la epistemología que incide en la constitución del sujeto. La sencilla frase de Simone de Beauvoir (“una no nace mujer, se hace mujer”) hace eco como piedra angular del problema de género.

La Real Academia Española define género en su primera acepción del siguiente modo “Conjunto de seres que tienen uno o varios caracteres comunes”²⁴. Entendido así, puede decirse que “género” es utilizado para referirse a un conjunto de elementos a los que se les atribuye algo común que los une. El término “género” aplicado a los seres humanos se usa para definir una categoría sexual biológicamente establecida y con las cargas culturales por todos conocidas.

Por lo tanto, las definiciones para “género” en los Estudios de Género hacen referencia a la carga cultural que se establece por medio de la diferencia biológica, generando mandatos de un *deber ser* para el hombre y la mujer. Marta Lamas²⁵ define género como el constructo simbólico que genera significados psíquicos y culturales de la diferencia sexual. La simbolización de las ideas culturales atribuidas a los sexos se manifiesta, difunde y perpetúa por medio de prácticas y discursos.

La discusión de la identidad está necesariamente marcada por el problema del género puesto que la cultura es un constituyente forzoso de la emergencia de la identidad, así como también es la base relevante a estudiar en el momento de analizar los procesos de resistencia.

“El sujeto no está dado sino que es construido en sistemas de significado y representaciones culturales, requiere ver que, a su vez, éstos están inscritos en jerarquías de poder”²⁶.

El género es, por lo tanto, un problema cultural, no biológico.

²⁴ Diccionario R.A.E.

²⁵ Cfr. Lamas, Marta. *Diferencias de Sexo, Género y Diferencia Sexual*.

²⁶ Ibid.

2. GÉNERO Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Una vez comprendido el hecho de que la construcción del género está en la cultura, es necesario, entonces, entender cómo funciona la cultura para imponer los esquemas de género. Para estos efectos, se analiza panorámicamente la propuesta de Michel Foucault.

En los diversos textos donde Michel Foucault hace referencia al problema del saber, y que comúnmente son identificados como su primera etapa de producción, el autor entrega definiciones que esbozan el concepto, relacionándolo con una serie de elementos estructurantes del sistema epistemológico. Se trata de las formas en que el saber se manifiesta: formas discursivas, explícitas, ocultas o inherentes a las diversas prácticas y dispositivos.

Foucault define el saber de la siguiente manera:

“Esa película de pensamiento implícito en las culturas, que articula hasta los dominios íntimos de la vida. En una sociedad los conocimientos, las ideas filosóficas, las opiniones cotidianas, las instituciones, las prácticas comerciales y policíacas, las costumbres, todo se refiere a un saber implícito en la sociedad. Es un saber distinto de los libros científicos y filosóficos, pero es el que los hace posible; en que hace posible la aparición de una teoría o de una práctica”.²⁷

En términos de Foucault, el saber es “instancias discursivas y no discursivas, discursos e instituciones en un período de la historia”. El hecho de que el saber se contextualice en la historia, implica que es un elemento cultural y por lo tanto, construido. Además, Foucault señala que el saber es un constitutivo de los sujetos. Para poder comprender la naturaleza del saber, es necesario

²⁷Morey, Miguel. *Lectura de Foucault*. p.p. 19-20

develar sus capas, por medio de lo que Foucault llamó “pregunta arqueológica”. Lo que caracteriza a cada momento histórico y cultural es llamado *Episteme*, convergiendo en este concepto todo lo que implica el sistema discursivo:

“Estos criterios permiten sustituir los temas de una historia totalizante (ya se trate del “progreso de la razón” o del “espíritu de la época”) por análisis diferenciados. Permiten describir la episteme de una época no como la suma de conocimientos, o el estilo general de sus investigaciones, sino la desviación, las distancias, las oposiciones, las diferencias, las relaciones de sus múltiples discursos científicos: la episteme no es una especie de gran teoría subyacente y sin duda indefinidamente descriptible de relaciones (...) la episteme no es una rama de la historia común a todas las ciencias, es un juego simultáneo de permanencias específicas. Por último, estos criterios permiten situar en su lugar correspondiente los diferentes umbrales: porque nada prueba con antelación (ni demuestra después del análisis) que su cronología es la misma para todos los tipos de discursos”.²⁸

Un tema central en la obra *foucaultiana* es el del poder. Para Foucault, el poder impone un saber dado, para así posicionarse creando el saber/poder. De lo anterior se entiende que el acto de comprender cómo ha surgido un saber dado, es preguntarse cuáles son las relaciones y luchas de poder que lo establecen:

“Partir de la comprensión de las relaciones sociales supone partir del análisis de las relaciones de fuerza, en tanto en toda relación social hay relaciones de fuerza, hay luchas manifiestas y latentes y supone analizar además de qué modo los cuerpos individuales, así como los cuerpos colectivos, son constituidos.”²⁹

En Foucault el poder no es sobre la sustancia, sino sobre los niveles epistemológicos. El poder, además, emerge desde las luchas y relaciones de fuerza, donde hay un también resistencias;

“El poder no es una sustancia. Tampoco es un misterioso atributo cuyo origen habría que explorar. El poder no es más que un tipo particular de relaciones entre individuos (...) El rasgo distintivo del poder es que algunos hombres pueden, más o menos, determinar por completo la conducta de los otros hombres, pero jamás de manera exhaustiva o coercitiva. Un hombre encadenado y azotado se encuentra sometido a las fuerzas que se ejerce sobre él”.³⁰

²⁸ Foucault Michel. “La función política del intelectual” en *Saber y verdad*. p.p. 50-52.

²⁹ Murillo, Susana. *El discurso de Foucault*. p. 60.

³⁰ Foucault, Michel. *Tecnologías del yo*. p. 139.

Una forma de funcionamiento y perduración del poder ha sido el uso de conceptos como normalidad y anormalidad, culturalmente creados y que tienen como objetivo la permanencia de los patrones del poder.

Michel Foucault en su libro *La vida de los hombres infames* señaló que la instauración de los conceptos de anormalidad y normalidad han cumplido históricamente una función de demarcación social. No se trata sólo de elementos contruidos, sino medios constructores de las estructuras epistemológicas promovidas por el poder. Mediante el establecimiento de líneas de demarcación se ejercen sistemas de control que limitan las formas de disidencia y resistencia. Desde el género, puede entenderse lo femenino como una *anormalidad inevitable*: la mujer por su biología siempre sería la desviación de lo *correcto* masculino. Del mismo modo, la mujer que no actúa según patrones de comportamiento dados por el poder para su sexo, es *anormal* y relegada a la exclusión.

La caída de las monarquías absolutas en Europa y la llegada del racionalismo, implicó que el poder se vio obligado a tomar formas distintas, epistémicas ahora y no ya físicas, esto es, actuar prioritariamente por medio del saber en lugar de la fuerza física. Para ello la instauración de conceptos de normalidad resultaron claves como proceso de control. Si bien interesa abocar a este punto la problemática femenina, la óptica de Foucault resulta en extremo interesante en cuanto trata otro tipo de sometimientos, como el del criminal o el enfermo psiquiátrico. Para la cultura patriarcal, “la mujer”, al igual que los grupos relegados, no sólo constituye el defecto de lo masculino, para la cultura patriarcal, sino que además ha sido considerada anormal cuando no se ha sometido a los preceptos del hombre. En este sentido, entender cómo son sometidos los *otros anormales*, es entender también los mecanismos y dispositivos de subyugación de la mujer.

Foucault se refiere a la idea de norma de este modo: es un “conjunto mixto de legalidad y naturaleza, de prescripción y de constitución”³¹. Para esbozar su tesis,

³¹ Foucault, Michel. *Vigilar y Castigar*. p. 310

el autor señala la existencia de tres arquetipos de anormalidad representativos: el monstruo humano, el individuo a corregir y el onanista.

- a) *El monstruo humano* es la cara opuesta de la ley, tanto jurídica como “natural”. Se trata de seres que van desde representaciones míticas (mitad hombre, mitad animal) hasta malformaciones. Sin embargo, su característica común es que es un infractor de la ley. Es sabido, y lo plantea claramente Foucault, que durante el Renacimiento las Iglesias controlaron la vida cotidiana en forma cada vez más estrecha, y con ello, controlaron la vida sexual. La moral “tuvo aspectos importantes en cuanto se centró en la responsabilidad individual y en la idea de intencionalidad”³². Sin embargo, al no estar del todo instalado el sistema moral sobre las masas populares, la idea del monstruo humano, reflejado en las brujas, por ejemplo, constituyó una forma de control al servicio de los Estados.

- b) *El individuo a corregir* o sujeto incorregible, aparece junto con la valorización de los sistemas de encierro. El hospital es la primera forma institucional en que los estados se hicieron cargo de grupos como los pobres, vagabundos y locos. En estos espacios se aplicaron sistemas de control de los cuerpos. Se trata no de lugares de interés sanitario, sino donde “una técnica de carácter semi-jurídico, no médica, que operó en un diagrama de poder en el cual el cuerpo de los individuos era analizado meticulosamente, sólo se lo consideraba útil o inútil y en ese sentido se lo expulsaba o no de la sociedad cotidiana”³³. El hospital fue de este modo un dispositivo de control, al igual que la familia.

- c) *El onanista* es una figura nueva que apareció a fines de siglo XVIII, relacionada con las formas de control de la sexualidad y la organización familiar. Durante el siglo XIX aparecieron tres figuras sobre las cuales se prestó especial atención en función de su control y contención: el niño

³² Murillo, Susana. *El discurso de Foucault*. p. 204

³³ *Ibíd.* p. 205

degenerado, el vagabundo y la mujer histérica. El onanismo se volvió central pues implicaba el control del niño, futuro ciudadano.

El corolario entonces del análisis de estas tres figuras es que el concepto de anormalidad comprende los dispositivos de control y construyela idea de norma a base del rechazo de la anormalidad.

En el contexto actual, los conceptos de normal (lo uno) y anormal (lo otro) se manifiestan en la vigencia impuesta de los patrones culturales del hombre blanco occidental y heterosexual. En resumen el uno masculino y el otro femenino son asimétricos y jerarquizados. Todo lo que no entra en este patrón cultural mencionado, se le margina con el argumento de pertenecer a lo otro: mujeres, mujeres negras, hombres negros, lesbianas, varones homosexuales, travestis, *drag queens*, enfermos mentales, prostitutas, por ejemplificar sucintamente las marginaciones existentes.

Histórica y socialmente, la mujer ha sido relegada a un segundo término, siendo el orden patriarcal el que la sitúa en este lugar. La mujer es otra de lo masculino y se le hace sentir y creer que actúa en coherencia con su naturaleza cuando construye su identidad en función de la maternidad y de la subordinación.

El asentamiento del Cristianismo, mayoritariamente en Occidente, fue también el vehículo para determinar en el ámbito cultural el rol que se debía imponer a la mujer. El Cristianismo impuso un modelo femenino doctrinario, por medio del cual se exponía un arquetipo de mujer: la virgen/madre, funcional para el padre/Dios/hijo y su reproductividad, y ante todo, asexual

“La virgen asume su denegación femenina del otro sexo (del hombre), pero lo subyuga oponiendo al otro una tercer persona: Virgen, yo no concibo de ti, sino de Él. Esto da una concepción inmaculada (sin hombre ni sexo, por tanto) pero concepción de un Dios en cuya existencia una mujer está para algo con la condición de reconocerse sometida”.³⁴.

³⁴Kristeva, Julia. *Historias de Amor*. p.p. 226-227

La figura Mariana, entonces, no sólo es un patrón desde la espiritualidad, sino un canon cultural, es la imagen de una mujer sometida a la ley del padre obedeciendo todos sus mandatos, abnegada a su rol de madre, asexual, e identificándose completamente con el mandato de género patriarcal. A diferencia de otros modelos míticos de la feminidad (Venus, Afrodita, Atenea entre otras) el modelo mariano plantea una imposibilidad biológica que es la maternidad sin mediación sexual, cualidad venerada que la distingue de todo el colectivo de mujeres. De manera que, en tanto figura de identificación, el modelo de virgen/madre plantea una meta irrealizable para las humanas, lo que no sucede con los otros modelos míticos occidentales femeninos.

Como consecuencia de lo anterior, a la mujer se le atribuyen roles y cualidades supuestamente naturales como el cuidado de otros, la responsabilidad de los hijos, el trabajo doméstico, la fidelidad y abnegación hacia el hombre, pater familia al que se supedita no solo por la ley y la simbólica, sino por el orden material que supone la dependencia económica del proveedor.

“El discurso religioso fortalece el modelo de familia nuclear patriarcal, que paulatinamente consolidó los límites de intimidad y amplió la especificidad de las funciones emocionales repartidas según el género. La instalación definitiva del cristianismo en Occidente estrecha el escenario doméstico, y el contexto psico-social de las mujeres se reduce en tamaño: su subjetividad quedó centrada en roles familiares y domésticos, que pasaron a ser paradigmáticos del género femenino”.³⁵

3. SUBJETIVIDAD E IDENTIDAD

El género es considerado un elemento constitutivo de la identidad y la subjetividad, tanto desde lo intrapsíquico y como desde la cultura.

Marta Lamas considera la existencia de tres ejes en la constitución del género:

³⁵ Burin, Mabel; Dio Bleichmar, Emilce. *Género ,Psicoanálisis, Subjetividad*. p. 71

- a) Asignación: rótulo puesto por el entorno basado en la biología.
- b) Identidad de género: construida incluso antes de la conciencia corporal, durante la primera infancia, y en el cual el sujeto se identifica con el género al cual se le ha asignado en base a su biología.
- c) Papel de género, toma de conciencia de normas culturales frente a los roles de género. Lamas concuerda en que es factible verificar diferencias en este punto según contextos culturales, sociales e incluso generacionales, sin embargo, pareciera haber una tendencia primaria marcada: la mujer en los trabajos de la casa y el hombre en los espacios externos.

Nancy Chodorow señala que el género, si bien está altamente afectado por el contexto cultural, es ante todo una construcción individual pues no se trata sólo de la conformación social de hombre y mujer, sino de las diversas formas subjetivas de masculinidad y feminidad que crea cada sujeto³⁶. Retomando lo dicho anteriormente, el género emerge de un cruce de la cultura y la psiquis, esta última siendo penetrada gradualmente por los discursos explícitos, implícitos y latentes en el entorno del sujeto en desarrollo. Lo instituido simbólicamente en cuanto a la construcción de género, se integra como propio en la subjetividad de hombres y mujeres.

Chodorow también distingue entre dos ejes de la construcción genérica: género objetivo y género subjetivo:

- a) Género objetivo: son las diferencias de rasgos psíquicos, que se muestran a partir de la conducta y que tienden a diferenciar a los sexos a partir de patrones culturales.
- b) Género subjetivo: se trata de la concepción individual sobre masculinidad y feminidad.

El enfoque de los Estudios de Género permite una visión crítica sobre los modos en que se conforman las culturas y se generan dominios masculinos a través de la historia y en la actualidad

³⁶ Cfr. Nancy Chodorow. *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura.*

Como se ha señalado, los Estudios de Género tensionan epistemológicamente la existencia de una subjetividad femenina esencial. La subjetividad femenina resulta de la interiorización de patrones culturales aportados/impuestos por las instituciones de lo simbólico y que son traspasados por medio de prácticas que son manifestaciones de un discurso cultural masculino. La relación con los padres plantea las primeras formas de intersubjetividad:

“Lo más importante reside en su implante articulado con una fuerte motivación narcisista legitimada a partir del discurso de los padres, que delimitan lo que corresponde para ser una niña, y por oposición al otro sexo/género, establece la complementariedad de lo que no es propio de uno pero sí de otro género”.³⁷

La construcción de la feminidad se ha visto afectada y observada desde la mirada masculina. Es lo que la filósofa española Amelia Valcárcel denomina heterodesignación por oposición a autodesignación, es decir que la construcción cultural del “ser mujer”, así como la del “ser hombre” ha sido resultado del pensamiento del colectivo de varones. En este espacio de designación el mundo interno de las mujeres se desarrolla influido por el discurso cultural patriarcal. Irene Meler lo describe del siguiente modo:

“Solemos entender como subjetividad un estilo personal, una forma idiosincrática de percibir y significar la experiencia y, a la vez, una tendencia que caracteriza a determinada época o sector social. También recordamos que el concepto se relaciona con la capacidad de pensar y, por lo tanto, con la adquisición, que sólo se produce en determinadas circunstancias favorables, de una actitud reflexiva que implica tomar al sí mismo como objeto de análisis. Se trata de que la propia actividad del “sujeto” se tome como “objeto”. La actitud reflexiva supone también el desarrollo de la capacidad para cuestionar las significaciones imaginarias establecidas por el colectivo anónimo y para generar representaciones innovadoras”.³⁸

Sabemos que estos rasgos se posicionan sobre el *self* (sí mismo) como un imperativo bajo la excusa de la biología, asignándose como características naturales y estructurando el “Yo”. Tanto para Chodorow como para Levinton, la instalación de los patrones culturales en la subjetividad femenina guarda una relación esencial con la identificación con la madre.

³⁷ Levinton, Nora. *El súper Yo Femenino, la moral de las mujeres*. p.111

³⁸ Meler, Irene “Se solía hablar de la mujer como objeto” en <http://www.labrys.com.ar/article641.html>

Al hablar de la subjetividad femenina estamos frente a un proceso interno/externo de los significados que desarrolla la mujer, tomando en cuenta los cambios históricos socioculturales. Se trata de la resistencia: si los modos de control cambian, las formas de resistencia también lo hacen. Las manifestaciones de subjetividad varían por lo tanto en los contextos culturales, debido al imperativo de expresión que no se satisface con la imposición del ámbito doméstico.

En la edad media las mujeres que no vivían dentro del sistema feudal trabajando en las labores domésticas eran perseguidas por no vivir de la forma indicada. El destino de estas mujeres fue invariablemente la prostitución y la mendicidad; otras mujeres formaron grupos marginados de la sociedad, por lo general curanderas o las llamadas brujas. En ciertos lugares de Europa particularmente en el Midi francés y en menor medida en España, las mujeres que pudieron tener alguna herencia pecuniaria de su familia, buscaban agruparse en conventos y beguinatos que no eran ordenes religiosas. En ambos casos las mujeres escapaban al matrimonio, dedicándose al estudio o a la acción social. Con la aparición de la inquisición medieval en el siglo XII que tuvo su culminación en el tratado del Malleus Maleficarum (El Martillo de las Brujas) en el siglo XV, la persecución de las brujas fue inminente; las mujeres que vivían fuera del sistema feudal eran perseguidas, especialmente aquellas que ejercían como curanderas y además poseían conocimientos en hierbas medicinales, eran parteras, celestinas, entre otros. En función de estas ideas se mataron a millones de mujeres en Europa y a unos cuantos hombres cuyo comportamiento tampoco convenía al sistema. Cuando la medicina tomó este campo académico estas figuras cambiaron y con ello esta inquisición particularmente atacó mujeres.

“[...] la caza de brujas constituyo un sexocidio con las siguientes características “1) Eran mujeres, en una sociedad que despreciaba a la mujer; 2) por su edad habían perdido su encanto físico, su posibilidad de procrear y de reponer la fuerza de trabajo en el hogar; 3) hicieron uso de su sexualidad, fuera de los límites prescritos y aprobados socialmente; 4) se reunían y formaban grupos; 5) lograban vivir autónomamente dedicándose actividades no domésticas” Podríamos añadir que, además, cuestionaban la autoridad masculina, demostrando una

independencia cognitiva de los hombres, mediante el ejercicio y transmisión de un saber de mujeres”.³⁹

En la cita anterior Carmen Saez explica las características generales de lo que fue la inquisición en cierta medida. Resulta interesante constatar que incluso en épocas más tardías en las que la Ilustración ya había hecho su camino, también hubo persecuciones de mujeres que se destacaban, como fue el caso del cierre de los salones de mujeres por los jacobinos en Francia en el siglo XVIII y de la feminista Olympe de Gouges quien fue guillotizada después de escribir sobre los derechos de las mujeres *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* (1791). Esta animosidad y persecución de mujeres solo empezó a modificarse en el último tercio del siglo XX cuando se ha tomado conciencia sobre la condición discriminatoria de las mujeres. Estas características en ciertos aspectos aún vigentes han criticado a las mujeres por desear la independencia y la emancipación. La subjetividad femenina entonces se ha desarrollado a través de la historia y esta se ha ido formando por medio de distintos factores, siendo el más relevante, el precepto de la maternidad.

Por lo tanto ha de entenderse que el discurso sobre los sexos, o sea la construcción cultural de género, constituye un factor primordial en la constitución de la subjetividad. Es el contexto en que la subjetividad se forma, se manifiesta y se desarrolla. En los capítulos siguientes revisaremos una consecuencia de la subordinación de las mujeres, la melancolía, que para la psiquiatría y el psicoanálisis constituye una patología y no una reacción. La transformación de la melancolía en discurso poético muestra una forma de resistencia al sistema sexo-género lo que construye un lenguaje que se escapa de los cánones literarios masculinos.

³⁹ Carmen Saez en: *Estudios sobre subjetividad femenina*. p. 67

CAPITULO IV

LA MELANCOLÍA

1.1 DEFINICIONES CONCEPTUALES

Nombrado de formas diversas, el concepto de melancolía se ha manifestado desde civilizaciones antiguas, aunque no siempre denominado mediante léxicos que denotasen la misma carga sémica. Si bien se pretende recorrer las distintas significancias sociales de la melancolía en diversos contextos culturales como elemento fundamental para emprender este trabajo, se hace necesario desarrollar algunas definiciones conceptuales básicas.

Tristeza y melancolía

Aunque estos términos no son equivalentes, como se intentará probar, los diccionarios semasiológicos suelen tratarlos como sinónimos. La R.A.E. define “tristeza” como “cualidad de triste” y “triste” como un adjetivo en el que predominan dos acepciones

- “Afligido, apesadumbrado”, términos que llevan en su carga sémica la idea del efecto o consecuencia⁴⁰. Dicho de otro modo, la tristeza es sentida por un sujeto cuya posición es de consecuencia frente a determinada situación, circunstancia o hecho.

⁴⁰ Cfr. RAE. Aflicción: “Efecto de afligir o afligirse”; Pesadumbre: “Motivo o causa del pesar, desazón o sentimiento en acciones o palabras”.

-“De carácter o genio melancólico”. En esta acepción se observa alusión a un estado, sin proponerlo como efecto de algo.

Para “melancolía” la definición del diccionario académico es:

-“Tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente, nacida de causas físicas o morales, que hace que no encuentre quien la padece gusto ni diversión en nada”. Destaca de esta definición la concepción de “melancolía” como un estado permanente, y por lo tanto, constituyente del sujeto.

Depresión, enfermedad y salud.

La R.A.E. define depresión en su acepción psicológica, del siguiente modo: “Síndrome caracterizado por una tristeza profunda y por la inhibición de las funciones psíquicas, a veces con trastornos neurovegetativos”⁴¹. La idea de síndrome, sitúa a la depresión como un fenómeno patológico o enfermedad.

Por su parte, enfermedad en su primera acepción se define del siguiente modo: “Alteración más o menos grave de la salud”⁴². Siguiendo los lineamientos discursivos de esta investigación, se entenderá enfermedad como una alteración de la salud, desde la perspectiva del cuerpo social, quien identifica un determinado fenómeno como enfermedad. De lo anterior se desprende que cuando el cuerpo social hace referencia a una enfermedad, puede o no tratarse de un hecho biológico. Del mismo modo, salud se entenderá “Estado en que el ser orgánico ejerce normalmente todas sus funciones”⁴³, esto es, lo que se entiende como funcional para un sujeto en un determinado contexto socio cultural (lo *normal*).

⁴¹ Diccionario R.A.E.

⁴² Ibid

⁴³ Ibid

2.1. BREVE HISTORIA DE LA MELANCOLÍA

Resulta difícil encontrar una historia de la melancolía en sí misma dentro de los estudios existentes. Sin embargo, dado el vínculo que existe entre melancolía y depresión, hace factible encontrar abundante material sobre la primera por medio de referencias a la segunda, aunque limitadamente a la perspectiva psiquiátrica.

2.2.1. LA MELANCOLÍA EN CIVILIZACIONES ANTIGUAS

Antes de la Grecia Antigua, las conceptualizaciones sobre la melancolía eran más bien abstractas y las referencias existentes hasta ese momento, limitadas a contextos que no la consideraban como un tópico por sí mismo.

a) Mesopotamia

En Mesopotamia, los sacerdotes, aparte de su función religiosa, también cumplían labores medicinales, por lo que no es de extrañar que para esta cultura, como para muchas otras, salud y religión no fueran tópicos distintos. Aquí la depresión, entendida como malestar, era concebida como una posesión del mal, tal como se pensaba con las enfermedades en general, y era tratada por sacerdotes mediante oráculos y hierbas. “Lo que hoy llamamos depresión en aquellos tiempos se atribuía a la posesión demoníaca. Los tratamientos eran a base de píldoras especiales, adivinación, oráculos, astrología, baños, etc”⁴⁴.

Sin embargo, la melancolía era concebida como un estado producido por los astros en su cualidad cíclica y por lo tanto, natural, a diferencia de la depresión que implicaría la intervención de entes malignos:

“Viene ya la primera interpretación cíclica de la melancolía: respondía al movimiento periódico de los cuerpos celestes. El vaivén de las emociones, las subidas y las bajadas de estados de ánimo tienen aquí su punto giratorio”⁴⁵.

⁴⁴ Rojas, Enrique. *Adiós, depresión*. p. 316

⁴⁵ *Ibid.* p. 316

b) Egipto

En la cultura egipcia, el principal testimonio relativo a la melancolía puede encontrarse en los llamados *Libros de los Muertos* (1550 a. C.) o *Peri Em Heru* (Libro para salir al día *sic*). Este tipo de papiros eran ubicados dentro de las tumbas y contenían diversas fórmulas mágicas y sortilegios para ayudar al difunto en su viaje mortuorio.

En los ejemplares de este libro, descubiertos en el siglo XIX por Edward Smith, se encontró variada documentación sobre medicina. La información testimonia que los egipcios consideraban al útero como causante de la histeria, mucho antes de que los griegos elaboraran esta hipótesis. Así mismo consideraban que este órgano era de carácter móvil, característica que le permitiría desplazarse por el cuerpo generando diversos estados anímicos. Al igual que los papiros encontrados por Smith, está el de Ebers, en el que se encuentra toda una parte dedicada a las enfermedades de mujeres⁴⁶ y los rituales que se llevaban a cabo para que el útero volviera a su lugar.

c) Grecia

La concepción de melancolía de la Grecia Clásica fue la que influyó al mundo occidental más largamente, hasta la aparición de la psiquiatría. Entre las civilizaciones antiguas puede decirse que la griega es la primera que conceptualizó la melancolía al otorgarle un nombre y referirse a ella en forma directa y no exclusivamente metafórica.

Hipócrates (460 a. C. – 470 a. C.) desarrolla y describe las características de la melancolía o bilis negra (μέλας "negro" y χολή "bilis"), en su libro *Las Epidemias*. En términos generales, Hipócrates afirmaba que las enfermedades y los cambios de temperamento, eran producidos por la influencia de cuatro líquidos que estarían presentes en el cuerpo humano, denominados "humores": sangre,

⁴⁶ Chauvelot, Diane. *Historia de la histeria*. p. 12

flema, bilis negra y bilis amarilla. El exceso de uno de estos líquidos produciría la exacerbación de determinados estados de ánimo. Así, el exceso de sangre provocaría comportamientos hiperactivos (temperamento sanguíneo); el exceso de bilis negra, provocaría abatimiento, apatía y tristeza⁴⁷ (temperamento melancólico); la flema produciría calma excesiva (temperamento flemático) y el exceso de bilis amarilla produciría irascibilidad (temperamento colérico). Hipócrates también hace hincapié en la enfermedad del útero, así como él asocia la epilepsia al cerebro.

En términos de Hipócrates, “si el abatimiento y la tristeza se prolongan, es melancolía”⁴⁸. Es decir, estimaba que la melancolía era una condición prolongada y no casual. El padre de la medicina también creía que la epilepsia y la melancolía estaban vinculadas:

“Por lo general, los melancólicos se tornan epilépticos y los epilépticos melancólicos; lo que determina uno u otro de ambos estados es la dirección que toma la enfermedad; si acomete al cuerpo, epilepsia, si al espíritu, melancolía”.⁴⁹

También consideraba que el carácter melancólico estaba ligado al miedo: “(los melancólicos) parecen continuamente apenados y llenos de miedo, como los niños y los hombres ignorantes que tiemblan en una oscuridad profunda.”⁵⁰

Para Hipócrates no sólo la mente, sino también el cuerpo eran altamente dependientes del equilibrio de los cuatro líquidos. Denominaba crisis al estado de equilibrio entre ellos y crisis al estado de desequilibrio y, por lo tanto, de enfermedad.

Aristóteles (384 a. C. – 322 a. C.) en su libro *Problemata* identifica la melancolía como el estado creativo de filósofos y poetas, producido por la bilis negra. Aristóteles, además, esboza el término *ethospéritton*, personalidad de

⁴⁷ Cfr. Sigerist, H. *History of Medicine*, Oxford University Press, N. Y. , 1961, vol, 2

⁴⁸ Hipócrates. *Aforismos*, 6, 23.

⁴⁹ *Epidemias*, viii, 31. en www.cervantesvirtual.com

⁵⁰ *Enfermedades*, II. en www.cervantesvirtual.com

excepción caracterizada por la melancolía⁵¹. El filósofo destaca la melancolía y la ubica en la esencia de la naturaleza del filósofo: "¿Por qué todos los que han sobresalido en filosofía, la política, la poesía o las artes eran manifiestamente melancólicos, y algunos hasta el punto de padecer ataques causados por la bilis negra, como se dice de Heracles en los [mitos] heroicos?". Luego refiriéndose a algunos héroes míticos dice:

“Muchas de esas personas padecen trastornos de resultas de esa clase de mezcla en el cuerpo; algunas tienen solo una clara tendencia natural a esas afecciones, pero, por decirlo brevemente, todas son, como ya se ha dicho, melancólicas por constitución. Para descubrir el por qué hemos de empezar sirviéndonos de una analogía; es manifiesto que el vino, tomado en gran cantidad, produce en todos los hombres unas características muy semejantes a las que atribuimos a los melancólicos”.⁵²

La tesis propone que habría un estado creativo que pone a los sujetos melancólicos y ebrios en un mismo nivel, como en una especie de iluminación que permitiría acceso a niveles superiores de entendimiento. También defiende, en un contexto donde la personalidad melancólica es entendida como un desequilibrio de los humores, que hay estados de iluminación que no son alcanzados por la razón:

“Es preciso reconocer que son afortunados los hombres cuando realizan felizmente sus empresas a pesar de su evidente sinrazón, y cuando sería para ellos un peligro el calcular lo que hacen. Tienen en sí mismos un principio que vale más que todo el talento y todas las reflexiones del mundo”.⁵³

d) Roma

Los romanos llamaban a la bilis negra *atra bilis* (bilis oscura). Del término latino viene el vocablo castellano atrabiliario (“De genio destemplado y violento”⁵⁴). Surgieron durante el período del Imperio Romano varias propuestas teóricas en torno a la melancolía y que afianzan la vinculación entre la melancolía y la

⁵¹ Cfr. Kristeva

⁵² *Problema XXX, escolio 1 (atribuido a Aristóteles)* en www.cervantesvirtual.com

⁵³ *Moral a Eudemo* en <http://www.herrerros.com.ar/melanco/aristoteles.htm>

⁵⁴ Diccionario R.A.E

medicina iniciada por Hipócrates. También los médicos romanos desarrollaron el concepto de la histeria atribuida principalmente a mujeres.

Areteo de Capadocia (120 d. C. – 200 d. C.) consideraba que la melancolía sería un estado de frialdad del ánimo con tendencia a la tristeza. Areteo, al igual que los otros teóricos, también desarrolla la histeria como una enfermedad exclusiva de las mujeres; Celso (griego de quien se desconocen sus fechas exactas de nacimiento y muerte, pero que es situado durante el siglo II d. C. en Roma), elaboró una serie de propuestas curativas para la melancolía, basadas en el ambiente y la distracción, aunque también incluye una suerte de tratamiento farmacológico basado en sangrías y purgas estomacales; Sorano de Éfeso (a quien se sitúa en torno al siglo II d. C.) consideraba que la melancolía sería producto de un exceso de laxitud del organismo y rechazó la teoría de Hipócrates sobre los humores; la Escuela Neumática que postulaba que la vida era producto de un flujo o *pneuma*, propuso en forma bastante visionaria para lo que sería la psiquiatría en el futuro: existiría una melancolía congénita y otra adquirida; la Escuela Ecléctica si bien mantuvo la hipótesis del origen humoral de la melancolía, esbozó la idea una melancolía amorosa por primera vez.

Claudio Galeno de Pérgamo (130d. C. - 200 d. C.) basó su teoría en las propuestas hipocráticas. Su eje de pensamiento en esta cuestión fue el desarrollo de la teoría de los humores y su influencia en la alteración de la conducta humana. “En el siglo II destaca de forma rotunda la figura de Galeno, el cual distinguía tres formas de melancolía: la localizada en el cerebro, la digestiva y la generalizada”⁵⁵. Galeno subrayó, además, la idea de Hipócrates que vinculaba la melancolía con el miedo. Otra enfermedad que desarrolla Galeno es la histeria, la cual se le atribuye al útero.

“En un sentido inventor es el inventor de la psicósomática. En su tratado *Que las costumbres del alma son las consecuencias de los temperamentos*⁵⁶ del cuerpo, insiste sobre las incesantes interacciones entre el psiquismo y el organismo. En

⁵⁵ Rojas, Enrique. *Adiós, depresión*. p. 316

⁵⁶ Galeno en *La Médecine grecque d'après des auters, d'Hippocrète à Galien*, Londres y Toronto, J.M Dent y Sons, 1929 en Chauvelot, Diane. *Historia de la histeria*. p.23

vano busca el asiento de alma. De manera inversa, que el cuerpo sostiene, manda en el humor y en el desarrollo del pensamiento”.⁵⁷

e) Edad Media

Durante el período histórico denominado Edad Media, pueden diferenciarse tres espacios de desarrollo cultural y científico que interesa examinar: el Imperio Bizantino, el mundo islámico y Europa Occidental.

Bizancio

Oribasio de Pérgamo (320 d. C. – 400 d. C.), en los años previos al inicio de la Edad Media, mantuvo la teoría de los humores y reafirma la idea de que los síntomas principales de la melancolía son el miedo y la tristeza, como afirmó Hipócrates. Recogió ideas de la escuela neumática romana y afirmaba que el coito es el tratamiento más eficaz contra la melancolía, pues distraía de las ideas obsesivas y calmaba las pasiones.

Alejandro de Tralles (525 d. C. – 605 d. C.) consideraba que la melancolía es un tipo de locura y agrega que la causa fisiológica podría deberse no sólo a alteraciones en la bilis negra sino también a la alteración de la cantidad y el flujo de la sangre ocasionando, ya sea atiborramiento o falta de sangre en el cerebro.

Pablo de Egina (625 d. C. – 695 d. C.) es el autor del primer texto donde se registró en forma explícita la refutación de que la melancolía guardaría relación con la posesión demoniaca:

“La melancolía es un trastorno del intelecto sin fiebre... Los síntomas comunes a todos ellos son el miedo, la desesperación y la misantropía. Algunos desean la muerte y otros tienen miedo a morir; algunos ríen constantemente, y otros sollozan; algunos se creen impelidos por altas instancias, y predicen el futuro, como si estuvieran bajo la influencia divina; y a estos, por ello se les llama endemoniados o posesos”.⁵⁸

El mundo islámico

⁵⁷ Chauvelot, Diane. *Historia de la histeria*. p. 23

⁵⁸ De Egina, Pablo. *Corpus medicorum Graecorum*. IX, 1, 2 Ed. Heiberg.

Desde la expansión del Imperio Islámico a partir del siglo VII, los estudiosos árabes absorbieron y preservaron un importante material teórico y filosófico proveniente del mundo helénico. Ishaq Ibn Imran (809 d. C. – 873 d. C.), médico y traductor, escribe *Tratado de la melancolía*, único libro que abordó la temática de la melancolía en forma exclusiva durante la edad media en el mundo musulmán. Su tesis planteaba que los melancólicos sufren angustia y soledad debido a una idea irreal del mundo. Si bien siguió con la teoría humoral, expuso elementos somáticos como la pérdida de peso y sueño.

Existen en este contexto varios testimonios que replican la teoría helénica y cuyo rasgo distintivo fue vincular la melancolía en forma cada vez más estrecha con la medicina. Así, Avicena (980 d. C. – 1037 d. C.), incluyó a la melancolía en su conocido libro *Canon de Medicina*. Del mismo modo, Al Razi (865 d. C. – 925 d. C.), médico en Jefe del hospital de Bagdad, primer centro del mundo árabe en contar con un ala para enfermedades mentales, afirmó en su obra la necesidad de valorar aspectos psicológicos al momento de tratar un paciente en su globalidad. Su propuesta clínica para tratar la melancolía proponía la liberación del exceso de ocio y la conversación con personas juiciosas que demuestran lo infundado de las preocupaciones.

Europa Occidental

En el contexto del surgimiento de los estudios en medicina en la Universidad de Salerno en torno al siglo XI, Constantino el Africano (1020 d. C. – 1087 d. C.), traduce la obra del árabe Ishaq Ibn Imran, sigue los lineamientos de Hipócrates y afirma que las repercusiones del estado melancólico son la tristeza y el miedo, tal cual lo hizo Hipócrates.

“Cuando los efluvios de la bilis negra, afirma Constantino, suben al cerebro y al lugar de la mente, oscurecen su luz, la perturban y sumergen, impidiéndole que comprenda lo que solía comprender, y que es menester que comprenda. A partir de lo cual la desconfianza se vuelve tan mala que se imagina lo que no debe ser imaginado y hace temer al corazón cosas terribles. Todo el cuerpo es afectado por estas pasiones, pues necesariamente el cuerpo sigue al alma (*El cuerpo sigue al alma en sus acciones y el alma sigue al cuerpo en sus accidentes*). Por

consiguiente se padece vigilia, malicia, demacración, alteración de las virtudes naturales, que no se comportan según lo que solían, mientras estaban sanas”.⁵⁹

Sin embargo, una de las teorizaciones más llamativas del autor es, adelantándose al psicoanálisis, la idea de que la tristeza se define como la pérdida del objeto amado.

Desde la perspectiva religiosa, la Iglesia Católica categorizó la melancolía como la presencia del demonio, entendido este último como la promoción del pecado. Así cierto matiz de la melancolía pasó a ser denominada “acedia” (*aphateia*) para formar parte de uno de los siete pecados capitales. San Isidoro de Sevilla (560 d. C. – 636 d. C.) hizo proposiciones que marcaban a la melancolía en un sentido altamente negativo, pues implicaría la emergencia de rasgos que la moral cristiana criticaba: ociosidad, somnolencia, indiscreción y desasosiego del cuerpo, entre otros.

Es factible esbozar la idea de que la teología Cristiana sitúa a la tristeza como un pecado pues lleva al acto suicida.

“Esta visión de la melancolía como estado límite y como excepción reveladora de la verdadera naturaleza del Ser, sufre una profunda mutación en la Edad Media. Por una parte, el pensamiento medieval regresa a las cosmologías de la Antigüedad tardía y liga la melancolía con Saturno, Planeta del espíritu y del pensamiento.⁶⁰ La Melancolía (1514) de Durero, transpone magistralmente a las artes plásticas esas especulaciones teóricas que encontraron su apogeo en Marsilio Ficino. La teología cristiana, por una parte, hace de la tristeza un pecado. Dante sitúa «muchedumbres doloridas que han perdido el don del entendimiento » en la «ciudad doliente» (el «Infierno», canto III). Tener un «corazón mustio» significa haber perdido a Dios y los melancólicos forman «una secta de mezquinos enfadados con Dios y sus enemigos»: su castigo consiste en no tener «esperanza de muerte»”.⁶¹

Así mismo la histeria ocupa un gran espacio dentro de la Edad media, asociada a las mujeres, poseídas por demonios.

⁵⁹ Constantino el Africano, “De Melancolía”, Payes Larraya, F. Acta de suplemento 1, Buenos Aires, 1992.

⁶⁰ Acerca de la melancolía en la historia de las ideas y de las artes, cf. La obra fundamental de K. Klibanski, E. Panofski en: Kristeva sol negro. p. 13

⁶¹ Kristeva, Julia. *Sol Negro depresión y melancolía*. p. 13

“La histeria se ha convertido así en una segunda fuerza, opuesta por sus motivos a la piedad, pero tan poderosa como la fe y la Iglesia que la apoya, y contra la cual va abrirse una lucha implacable. El histérico, y sobre todo la mujer histérica- el hombre estaba en el sistema de la Edad Media infinitamente menos frustrado- parece haber sido su víctima palpitante: pero es subestimarla. La histérica tiene un perturbador poder de manipulación que sabe a menudo protegerla en detrimento de otro. Y las brujas célebres, las grandes iluminadas, las grandes hacedoras de milagros quemadas por la Iglesia fueron, con mucha frecuencia, o bien psicóticas delirantes enviadas en su lugar al auto de fe”.⁶²

Para Tomás de Aquino (1225 – 1274) el hombre estaría dominado por cuatro pasiones: el gozo, la esperanza, el temor y la tristeza. Además distingue que existirían tres tipos de dolores según su procedencia: un dolor corporal, otro racional y otro espiritual, “Mientras el dolor procede del cuerpo, la tristeza lo hace del alma, aunque una y otra se pueden vivir simultáneamente”.⁶³

f) Renacimiento

Destaca este período el rescate de la concepción aristotélica de la melancolía y su relación con la creación en el contexto del humanismo.

Marsilio Ficino (1443 d. C. – 1493 d. C.), médico de Florencia de tendencias neoplatónicas, concluye a partir de la *Problemata* de Aristóteles que las personas con mayor presencia de bilis negra tienen talentos especiales para la creación⁶⁴. El francés André du Laurens (1558 d. C. – 1609 d. C.), médico de Enrique VIII, en su libro *Discurso sobre la conservación de la vista, enfermedades melancólicas, los catarros y la vejez* propuso que la bilis negra puede ser calentada para exacerbar sus efectos e inducir a la creación poética o al discernimiento filosófico.

La figura más relevante en este tópico durante el Renacimiento fue Robert Burton (1577 d. C. – 1640 d. C.) quien dedicó casi toda su vida a escribir su gran obra titulada *Anatomía de la melancolía*. Como es de esperarse para una obra que precede al racionalismo, Burton hace un trabajo con tendencias claramente

⁶² Chauvelot, Diane. *Historia de la histeria*. p.p. 55- 56

⁶³ Rojas, Enrique. *Adios, depresión*. p. 324.

⁶⁴ Cfr. Aristóteles, *Problemata* XXX

enciclopedistas, al recopilar las teorías existentes en torno a la bilis negra expuestas hasta ese entonces. Su concepción del fenómeno resulta sumamente multifuncional, pues aduce que la melancolía podría producirse por distintos motivos (exógenos, endógenos, sociales e incluso políticos y religiosos); podría manifestarse de diversas formas (aunque con destacada tendencia al miedo y la tristeza) y podría tratarse de maneras distintas (farmacológica, psicológica, social, etc.). Destaca en su obra un llamativo poema que recopila su visión personal sobre la melancolía y que se cita a continuación:

Cambiaría mi situación por la de cualquier infeliz
Que puedas traer de la cárcel o de las mazmorras;
Mis cuitas ya no tienen cura, es el infierno.
No puedo seguir viviendo con esta tortura,
Ahora, desesperado, odio la vida,
Dadme una cuerda o un cuchillo.
Todas mis penas son, ante esto, alegrías,
No hay maldición como la melancolía⁶⁵.

g) Época Moderna

Los nuevos modelos científicos surgidos con el racionalismo, influyeron en forma directa en las ideas relativas a las ciencias y la medicina. Ya a estas alturas, la melancolía era entendida como un problema sanitario sin mayor disidencia al respecto.

Thomas Willis (1621 d. C. – 1675 d. C.) fue la primera voz en la medicina en rechazar en forma abierta y tajante la teoría hipocrática sobre los humores, generando un preámbulo claro para la psiquiatría. El estudioso atribuyó el estado melancólico a procesos químicos del cerebro y del corazón. Además propone que existen cuatro tipos de melancolía relativos a su origen: por alteración cerebral, por alteración del bazo, por alteración del organismo todo y una melancolía histérica por alteración del útero. A Willis se le considera el padre de la

⁶⁵ *Anatomía de la Melancolía*, Resumen de la Melancolía. Últimos versos. Robert Burton

neuroanatomía y fue el primero en introducir la idea de que la conciencia afectada tendría incidencias en la conducta, lo que dará paso a la emergencia del concepto de locura. John Locke (1632 d. C. – 1704 d. C.) fue su principal discípulo y, posteriormente, generará teorías en torno a la locura parcial y general.

A. Pitcairn (1652 d. C. – 1713 d. C.) consideró que la melancolía vendría de los desequilibrios en el flujo sanguíneo, siguiendo la teoría de Descartes en relación al flujo que se transfiere mediante los nervios por el cuerpo humano⁶⁶. Sin embargo, pronto abandonó esta posición dada la influencia que tuvo sobre la fisiología la recién descubierta electricidad. Isaac Newton (1643 d. C. – 1727 d. C.) en su *Principia* (1713) ya había elaborado teorías en relación a la conducción eléctrica por el cuerpo.

William Cullen (1710 d. C. – 1790 d. C.) estudió los efectos de carga y descarga eléctrica en seres vivos y extrapoló sus descubrimientos a las funciones cerebrales. Siguiendo esta línea, consideró que la melancolía era originada por una baja en la energía del cerebro. Cullen se dedicó a hacer un sistema clasificatorio de las enfermedades, una especie de epistemología de la medicina. Dentro de la clasificación de enfermedades nerviosas (neurosis), coloca a la melancolía. En 1725, Richard Blackmore (1654 d. C. – 1729 d. C.) esbozó por primera vez el término “depresión”, aunque no sustituiría hasta muy posteriormente a la palabra melancolía.

El siglo XIX marca el inicio de la psiquiatría en forma positivista. Philippe Pinel (1745 d. C. – 1826 d. C.) propuso que la melancolía, identificada como trastorno por la medicina, tiene su origen en la percepción y las sensaciones (fanatismo religioso, desilusiones amorosas, etc.), que generan un *delirio sobre el objeto*. Por otra parte, Jean-Etienne-Dominique Esquirol (1772 d. C. – 1840 d. C.) propuso una distinción entre locura y enfermedad mental que derivó a las ideas del siglo XX y que proponían la diferencia entre tristeza patológica y depresión. Ya en este punto, los conceptos de melancolía y depresión tomaron caminos

⁶⁶ Ruiz Villalba, Adrián, “La importancia del método científico”, en www.encuentros.uma.es

distintos, siendo usado el concepto de depresión para efectos médicos y tomando una serie de subclasificaciones.

Hoy, la Organización Mundial de la Salud define depresión de la siguiente manera:

“Una psicosis afectiva en la que el ánimo se muestra marcadamente deprimido por la tristeza e infelicidad, con algún grado de ansiedad. La actividad está por lo general disminuida pero puede haber desasosiego y agitación. Hay una propensión marcada a la recurrencia, que en algunos casos puede presentarse a intervalos regulares”.⁶⁷

En la tesis que nos ocupa, el acercamiento por excelencia a la melancolía que nos interesa parte de la teoría psicoanalítica, en tanto la define como un elemento que participa de la subjetividad humana por referirse en menor o mayor grado a la pérdida de los objetos de amor.

⁶⁷ Organización Mundial de la Salud en www.who.int/es

CAPITULO V

LA MELANCOLÍA Y EL DISCURSO FEMENIL

1. COMPLEJO DE EDIPO

La teoría del Psicoanálisis, desarrollada en primera instancia por Sigmund Freud entre los años 1894 y 1934, genera una revolución en la forma de concebir la sexualidad, dado que supone un cambio de paradigma analítico al relacionarla con la actividad psíquica y sacarla del plano puramente fisiológico. La emergencia de la teoría psicoanalítica implica, además, la apertura de un campo epistemológico necesario para entender el comportamiento del ser humano, la forma en que éste construye su subjetividad y consecuentemente la relación que el sujeto establece con el medio social. Freud, sin pretenderlo, construye una teoría sobre la diferencia sexual entre hombres y mujeres, esto es, la división de roles entre ambos sexos dentro del régimen patriarcal y la forma en la cual se constituyen las identidades.

Este lineamiento teórico acerca de la diferencia entre los sexos, encuentra su núcleo en la conceptualización del complejo de Edipo por Freud. El conflicto edípico que se resume en un planteamiento exogámico, tendría diversas formas de resolverse, determinando para la teoría el destino de los sujetos. Freud se inspiró, como se sabe, en el mito griego de Edipo para nombrar su teoría. Edipo mata a su padre, Layo, para desposar a su madre, Yocasta, cometiendo parricidio e incesto. Como castigo, Edipo queda ciego. En el caso del niño varón, de acuerdo con Freud, el fenómeno sería similar: el niño se enamoraría de su madre con el deseo de reemplazar a su rival, el padre. Solo que interviene su ley (la ley del padre) y por temor a la retaliación, el niño renuncia a ese deseo desplazándolo

fuera del núcleo familiar y hacia sus pares. De modo que, según el psicoanálisis la resolución del complejo de Edipo en el niño varón constituiría la salida de la endogamia y también la asunción de su generación de pares mujeres como *partenaires* sexuales. La niña también pasaría por un complejo semejante, pero la resolución sería más costosa pues debe cambiar de elección de objeto sexual para dirigir su deseo de la madre al padre y más tarde, cambiar de generación y dirigirlo a sus pares varones.

Carl G. Jung, discípulo de Freud, desarrolla posteriormente el complejo de Electra, para hacer referencia a la atracción sexual que la niña sentiría hacia su padre. Sin embargo, Freud nunca aceptó este postulado, pues se oponía directamente a sus propias ideas. Como lo menciona Clara Thompson en *El psicoanálisis*:

“No estuvo de acuerdo en que las actividades del niño anteriores a la época que Freud llamaba periodo de Edipo pudieran considerarse como sexuales. Creyó que esta época se relaciona con el crecimiento y con la nutrición. Aquí parece insinuar que la nutrición es el origen de todos los otros impulsos. Así, por ejemplo, comparó el mecanismo rítmico del sexo con el acto de mamar. Todo el interés que los órganos genitales despiertan lo consideró como un afán ingenuo de indagación. Tuvo a la madre por el primer objeto amoroso, pero sin aceptar que el interés que despierta sea sexual, ya que es más bien la proveedora del alimento, el ser nutricio. En otras palabras, traduciéndolo a la terminología de Freud, el primer vínculo que el niño establece se relaciona con la autoconservación y no con el sexo”.⁶⁸

En particular, la disputa teórica consiste en la contraposición a la idea de que la niña, en la fase preedípica, desarrolla inclinación sexual por la madre, así como la relevancia del falo en el desarrollo libidinal de ambos sexos. Se deduce a partir del planteamiento freudiano que el desarrollo del complejo de Edipo se manifiesta en ambos sexos, aunque no por ello se desarrolla de igual manera en el hombre y la mujer como lo hemos señalado.

Es relevante entender que para Freud el complejo de Edipo es universal e intrapsíquico esto es, que viene de suyo con la constitución del deseo y no es atingente a factores contextuales como el entorno cultural. Los planteamientos

⁶⁸ Thomson, Clara. *El psicoanálisis*. p. 173.

hechos en *Tótem y Tabú* argumentaban que el incesto se habría planteado como tabú al inicio de la cultura y de ahí su silenciamiento. En este escrito Freud plantea la ley del padre como organizadora de la cultura.

“Si el animal totémico es el padre, resultará, en efecto, que los dos mandamientos capitales del totemismo, esto es, las dos prescripciones tabú que constituyen su nódulo, o sea la prohibición de matar al tótem y la de realizar el coito con una mujer del mismo tótem, coincidirán en contenido con los dos crímenes de Edipo, que mató a su padre y casó con su madre, y con los deseos primitivos del niño, cuyo renacimiento o insuficiente represión forman quizá el nódulo de todas las neurosis”.⁶⁹

Como ha de notarse, el vínculo pulsional con los progenitores sería esencial, desde la perspectiva freudiana, aunque haya sido silenciado por medio de la cultura.

1.1 CONFORMACIÓN DEL COMPLEJO DE EDIPO

Tanto para la niña como para el niño, la fase edípica es aquella por la cual el/la infante desea en cada caso al progenitor del sexo opuesto, siempre a partir de un deseo común al primer objeto: la madre. El proceso y la forma en que éste se resuelva llevará a cada quien a construir su identidad sexual y su camino hacia la adultez. Como se expone a continuación, el proceso es diverso en la niña, pues sus primeras pulsiones son hacia la madre:

“El primer objeto amoroso del varón es la madre debido a que ella lo alimenta y lo cuida durante la crianza; sigue siendo su principal objeto hasta que es reemplazado por otro, esencialmente similar o derivado de ella. También en la mujer la madre debe ser el primer objeto, pues las condiciones primarias de la elección objetual son iguales en todos los niños. Al final del desarrollo de la niña, empero, es preciso que el hombre-padre se haya convertido en el nuevo objeto amoroso, o sea, que, a medida que cambia de sexo, la mujer debe cambiar también el sexo del objeto”.⁷⁰

El conflicto, sin embargo, debe resolverse para abrir espacio al desarrollo sexual del niño o la niña. El conflicto será resuelto de modo distinto en cada sexo.

⁶⁹ Freud, Sigmund. *Totem y tabu, Obras completas Tomo II*. p.p. 1831-1832.

⁷⁰ Freud, Sigmund. *Sobre la sexualidad femenina, Obras completas Tomo III*. p. 3079

El *complejo de castración* marca la salida del complejo de Edipo en el niño, mientras que en la niña marca la entrada al mismo.

1.1.1 EL NIÑO

En el caso del varón, el complejo de Edipo hace referencia a la fase en el cual éste tiene por objeto de deseo a la madre, por lo cual aspira a reemplazar al padre como contraparte sexual de su progenitora.

Si bien el niño ve al padre como un rival, termina renunciando a la madre como objeto de deseo por la amenaza de castración. El niño asumiría la diferencia de los sexos por medio de la hipótesis de que a la niña su miembro le ha sido cercenado, y teme la pérdida del pene propio como castigo por su deseo incestuoso y su enfrentamiento con el padre.

Ante el miedo a la castración a la cual hipotéticamente habría sido sometida la niña, prefiere abandonar a la madre para proteger su integridad. Se identifica con el padre quien le asegura que más adelante tendrá acceso a una mujer en sustitución de la madre. Este proceso culmina con la identificación del niño con su padre, en quien ve un modelo para alcanzar y superar.

“El complejo de Edipo del niño, en cual desea a su madre y quisiera apartar al padre, viendo en él un rival, se desarrolla naturalmente a partir de la sexualidad fálica. Pero la amenaza de la castración le fuerza a abandonar tal actitud. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido y, en el caso más normal, fundamentalmente destruido, siendo instaurado, como heredero del mismo, un riguroso *super-yo*”.⁷¹

1.1.2 LA NIÑA

⁷¹ Freud, Sigmund. *La Femenidad, Obras Completas, Tomo III*. p. 3174

Para Freud el caso de la niña es distinto en su desarrollo, pues su camino hacia ser una mujer está lleno de vicisitudes, de las cuales emergerá su femineidad y su subjetividad.

Es necesario considerar que el primer objeto de deseo de la niña, al igual que en el niño, es la madre, quien se sitúa como lugar de las necesidades básicas del cuidado. Como dice Freud: “Las primeras cargas de objeto se desarrollan, en efecto, sobre la base de la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales.”⁷²

Siendo la madre quien mantiene la mayor proximidad a la niña y al niño desde los cuidados vitales de la primera infancia, es comprensible que, para ambos, ella sea el objeto de deseo al despertar las primeras sensaciones de placer durante esta etapa. “La madre, al someter a sus hijas a los cuidados de higiene corporal, estimula y tal vez despierta en los genitales de las mismas las primeras sensaciones placientes”.⁷³

Esta proximidad inicial provoca que la niña dirija su pulsión hacia este objeto amoroso que es la madre y no hacia el padre pues es la madre quien proporciona los diferentes cuidados, limpieza, alimentación y afectividad. Esta etapa es llamada preedípica, es decir previa a la entrada en el complejo de Edipo, que sucederá en la niña como consecuencia del complejo de castración.

“Según la teoría freudiana del desarrollo femenino, la niñita comienza como un “hombrecito”. Ama activamente a la madre hasta que en la fase edípica, descubre que ella misma y la madre carecen de falo. Sólo se convierte en femenina al volverse de la madre al padre, de la actividad a la pasividad, con la esperanza de recibir el falo de él; su esfuerzo por obtener el falo que le falta la conduce a la posición de objeto del padre”.⁷⁴

Si bien la madre es el primer objeto amoroso de la niña al igual que lo es para el niño, la teoría freudiana propone que el proceso posterior de desarrollo

⁷²Ibid. p. 3168

⁷³Ibid. p. 3169

⁷⁴ Jessica Benjamin *Los lazos de amor. Psicoanálisis y el problema de la dominación*. p.p. 112-113

identitario de la mujer es bastante más complejo. Así como el varoncito sale del complejo de Edipo por el miedo de la amenaza de castración, la mujercita entre en él por causa de su falta de órgano valorado. El complejo de castración en la niña, a diferencia del niño, se manifiesta como la ausencia del pene percibida como un daño. La niña interpreta su falta de pene como una carencia y una cierta inferioridad frente al varoncito. Al percatarse de la ausencia del pene en su madre, desplazará su deseo al padre y culpará a su madre por su anatomía:

“Como quiera que sea, al final de esa primera fase de vinculación a la madre emerge, como motivo más poderoso para apartarse de ella, el reproche de no haberle dado a la niña un órgano genital completo; es decir, el de haberla traído al mundo como mujer”.⁷⁵

La dificultad reside para la niña en que debe abandonar su primer objeto de amor y sustituirlo por el padre en una primera instancia. Al darse cuenta la niña que no posee el órgano valorado y que su madre no se lo ha dado y tampoco lo tiene, se siente desvalorizada y se vuelve al padre para que se lo dé. El padre le podría, en cambio, dar un hijo según la ecuación pene = hijo, que le proporcionaría la valoración. Sin embargo, en una segunda instancia la niña tendrá que abandonar el deseo por el padre para volverse hacia sus propios pares. Para la niña, entonces, el complejo de Edipo supone un cambio de sexo en el objeto deseado y un cambio de generación. Mabel Burin explica cómo se da esta situación en la niña:

“Quienes vienen del campo psicoanalítico fundamentan la identidad de género femenino en la temprana identificación de la niña con su madre. Esta primera identificación concentrada en un único objeto libidinal, su madre, determinaría en la sujeto una mayor dependencia de él, un vínculo fusional intenso que dificultaría posteriormente los movimientos de separación. De acuerdo con la hipótesis freudiana (Freud, 1925, 1931), las relaciones tempranas de la niña con su madre son de enorme intensidad, sea en el vínculo amoroso o en el vínculo hostil, debido a que tanto la erogeneidad como el narcisismo entre ambas están constantemente interpretados. El vínculo fusional materno-filial se construiría de modo diferente con hijas y con hijos: en tanto la madre mira a su hija como una igual a sí misma – fundamentalmente percibe en ella un mismo cuerpo-, la mirada que brinda a su hijo registra una diferencia: la diferencia sexual anatómica. Esto haría que los

⁷⁵ Freud, Sigmund. *Sobre la sexualidad Femenina, Obras completas, Tomo III*. p. 3083

vínculos de la madre con su hija mujer se construyen sobre la base de la cercanía y de la fusión, los vínculos de la madre con su hijo varón propiciarían las tendencias a la separación, al abandono de su identificación primaria con su madre y a la construcción de su identidad sobre la base del modelo paterno”.⁷⁶

Tal como lo explica Burin, el medio social mediante la familia, prontamente orienta al niño y la niña hacia ciertas identidades a partir de su anatomía.

1.1.3 DEFINICIÓN DEL CONFLICTO EN LA NIÑA

Desde la relación dispar de la niña con la madre, que evoluciona desde el amor al rechazo por la ausencia de pene y luego a la culpa, la niña genera tres vías o soluciones posibles al conflicto según la teoría freudiana.

“En algún momento la niña descubre su inferioridad orgánica; naturalmente, esto ocurre más temprano y con mayor facilidad si tiene hermanos varones o compañeros de juego masculinos. Ya hemos visto cuales son las tres vías que divergen de este punto: a) hacia la suspensión de toda vida sexual; b) hacia la obstinada y desafiante sobre-acentuación de la propia masculinidad; c) a los primeros arranques de la feminidad definitiva”.⁷⁷

a) *El apartamiento general de la sexualidad:*

Para Freud, el primer destino del conflicto de la niña con su sentimiento de carencia del órgano valorado se resolvería por el total abandono de la sexualidad, lo que la conduciría a la neurosis.

“La mujer en germen, asustada por la comparación de sí misma con el varón, se torna insatisfecha con su clítoris, renuncia a su activación fálica y con ello a su sexualidad en general, así como a buena parte de sus inclinaciones masculinas en otros sectores”.⁷⁸

b) *El complejo de masculinidad*

⁷⁶ Burin, Mabel. *Genero psicoanálisis y subjetividad*. p. 87

⁷⁷ Freud, Opcit .p. 3081

⁷⁸ Ibid. p. 3080

Un segundo destino para la niña es persistir en la envidia del pene, es decir en el deseo de haber nacido varón y desarrollaría así características masculinas, competitividad con el sexo opuesto e incluso podría desembocar en la homosexualidad.

“Si (la niña) adopta el segundo camino, se aferra en tenaz autoafirmación a la masculinidad amenazada; conserva hasta una edad insospechada la esperanza de que, a pesar de todo, llegará a tener alguna vez un pene, convirtiéndose ésta en la finalidad cardinal de su vida, al punto que la fantasía de ser realmente un hombre domina a menudo largos periodos de su existencia. También este “complejo de masculinidad” de la mujer puede desembocar en una elección de objeto homosexual”.⁷⁹

c) La feminidad “normal” con el deseo del hijo

Para la teoría freudiana la feminidad considerada normal es aquella por la cual la mujercita acepta su lugar pasivo, renuncia a envidiar al sexo opuesto y desplaza su deseo por el pene al deseo por un hijo que constituirá motivo de valoración. “Sólo una tercera evolución, bastante compleja, conduce en definitiva a la actitud femenina normal, en la que toma al padre como objeto y alcanza así la forma femenina de Edipo.”⁸⁰

El camino que debe recorrer la niña, al ser un proceso complejo, causa un sinfín de conflictos para llegar a la vía de resolución de estos. La madre es representación de la mayoría de los conflictos de la niña. Como indica Jessica Benjamin: “Además, las mujeres tienen que enfrentar la exigencia paradójica de separarse de la madre y al mismo tiempo identificarse con ella”.⁸¹

La niña queda en un espacio de ambivalencia, carece de pene, reprocha y reniega por ello a la madre y, finalmente, tiene que separarse de ella. Durante la fase pre-edípica la niña desea a su madre, para después, matarla simbólicamente. Esto causa la primera pérdida importante de la niña, la cual queda instaurada en su historia biográfica.

“Para Freud, como hemos visto, la niña empieza como “un hombrecito”, y solo se hace femenina al volverse de la madre al padre, en busca de un pene. En realidad, Freud ofrece varias explicaciones del hecho de que la niña abandone a la madre a favor del padre: busca el amor del padre como refugio de su estado sin-pene,

⁷⁹ Ibid. p. 3080

⁸⁰ Ibid. p. 3080

⁸¹ Jessica Benjamin *Los lazos de amor. Psicoanálisis y el problema de la dominación*. p. 153

deseando ser el objeto pasivo que puede recibir el falo de él; se vuelve hacia el padre porque no tiene ningún conocimiento de sus propios órganos genitales, de la vagina, ni de su potencial de para la gratificación sexual activa; rechaza a la madre con cólera y decepción por no haberle proporcionado ese órgano esencial. En todo caso, la niña entra en su conflicto edípico impulsada por el gran descubrimiento de “la falta” que comparte con la madre”.⁸²

Sin duda puede decirse que la construcción identitaria femenina es una experiencia compleja en la que la sujeto debe debatirse entre identificarse con el lugar pasivo de objeto de deseo del hombre o definirse por oposición a los mandatos de género si quiere optar al estatus de sujeto. Deducimos que, para Freud, a pesar de reconocer la maternidad como activa, reconoce que toda adaptación al sistema sexo-género está atravesada por la pasividad:

“En su artículo de 1933 sobre la feminidad, Freud discute que la *pasividad* sea inherente a las mujeres y destaca las situaciones activas del cuidado de los hijos y de la familia. Indica lo siguiente: “lo que acaso sucede es que en la mujer, y emanada de su papel en la función sexual, una cierta preferencia por la actitud pasiva y los fines pasivos se extiende al resto de su vida” y más adelante: “...a este respecto debemos guardarnos de estimar insuficientemente la influencia de costumbres sociales que fuerzan a las mujeres a situaciones pasivas”.⁸³

2. MELANCOLÍA Y PSICOANÁLISIS

A fines del siglo XIX Freud desarrolla desde el psicoanálisis el concepto de melancolía. El análisis del concepto en la obra freudiana que se expone a continuación se ha hecho en base al texto *Duelo y melancolía*.

Para Freud, la melancolía es definida como la pérdida del objeto, idea que como hemos visto, ya se había esbozado anteriormente en la historia. Siguiendo la teoría freudiana, el objeto en gran parte de los casos, es un objeto erótico (amoroso). No siempre es fácil identificar cuál es el objeto perdido, pues se trataría de “una pérdida sustraída de la conciencia”⁸⁴ que deriva en un estado de profundo dolor. El estado melancólico presupone, por lo tanto, una relación con un objeto con el cual, por algún motivo se ha producido un quiebre. Freud considera tres

⁸²Ibid. p. 119

⁸³ Errázuriz, Pilar. *La misoginia romántica europea en la construcción de la subjetividad de la mujer moderna*. Valladolid, 2009.

⁸⁴ Freud, Sigmund. *Duelo y Melancolía, Obras completas, Tomo II*. p. 2092

hitos en la conformación de la melancolía: primero, la pérdida del objeto; segundo, la ambivalencia; tercero regresión de la libido al YO (narcisismo)

Freud define la melancolía del siguiente modo:

“La melancolía se caracteriza psíquicamente por un estado de ánimo profundamente doloroso, cesación del interés por el exterior. La pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de todas las funciones y la disminución del amor propio”.⁸⁵

Julia Kristeva, por su parte, agrega a la base freudiana ideas actuales del psicoanálisis en torno a la melancolía:

“Se denomina *melancolía* la sintomatología característica de la situación hospitalaria, de inhibición y de asimbolía, que se instala por momentos o de manera crónica en un individuo, alternándose la mayoría de las veces con la fase llamada *mania de exaltación*. Cuando los dos fenómenos –el abatimiento y la exaltación- son de menor intensidad y frecuencia entonces se puede hablar de depresión nerviosa. Siempre dispuesta a reconocer la diferencia entre melancolía y depresión, la teoría freudiana descubre por todas partes el *duelo materno imposible del objeto materno*”.⁸⁶

Para que exista la melancolía tiene que haber una relación del sujeto con el objeto, así como la pérdida de este último. Bajo esta premisa, el estado melancólico tiene por características un desinterés por el mundo, la pérdida de capacidad de amar, la disminución del autoestima que puede llegar incluso a un masoquismo. Además, esto conlleva estar a la espera de un castigo; la constante manifestación de este estado; denigrarse frente a los demás, y la dificultad de elegir un nuevo objeto amoroso.

En la relación que se forma entre el sujeto y el objeto perdido, se produce una sustracción de la libido. La libido no es trasladada a otro objeto y es retraída en el yo, cumpliendo una función específica que sirve para establecer una identificación del sujeto con el objeto perdido.

⁸⁵Ibid. p. 2091

⁸⁶ Kristeva, Julia. *Sol Negro depresión y Melancolía*. p. 13

La manifestación sintomática del estado melancólico se caracteriza por un profundo desinterés en el mundo y pérdida de la pulsión erótica, disminución de la autoestima, un estado constante de espera de castigo, denigración y dificultad para generar vínculos con un nuevo objeto.

Lo que se produce es que la pérdida del objeto se transforma en una pérdida del Yo: el sujeto se posiciona para tomar la postura del objeto perdido, lo que deviene en la pérdida del Yo.

“La carga del objeto demostró tener poca energía de resistencia y quedó abandonada; pero la libido libre no fue desplazada sobre otro objeto, sino retraída al yo, y encontró en éste una aplicación determinada, sirviendo para establecer una *identificación* del yo con el objeto abandonado. La sombra del objeto cayó así sobre el yo; este último, a partir de este momento, pudo ser juzgado por una instancia especial, como un objeto, y en realidad como el objeto abandonado. De este modo se transformo la pérdida del objeto en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una disociación entre la actividad crítica del yo y el yo modificado por la identificación”.⁸⁷

Esta situación tiene como base el narcisismo. La identificación narcisista con el objeto se transforma en sustituto de la carga erótica, anulando la posibilidad de dirigir la pulsión hacia un objeto otro. Debe entenderse en este punto que el narcisismo en Freud es el proceso por medio del cual se forma la subjetividad del sujeto mediante la dirección pulsional hacia sí mismo.

“Cuando el amor al objeto, amor que ha de ser conservado, no obstante el abandono del objeto, llega a refugiarse en la identificación narcisista, recae el odio sobre este objeto sustituto, calumniándolo, humillándolo, haciéndolo sufrir y encontrando en este sufrimiento una satisfacción sádica”.⁸⁸

En base a estas definiciones, puede concluirse que la melancolía es una experiencia absolutamente subjetiva, donde el objeto es interpretado e integrado al sujeto.

⁸⁷Freud. Opcit. p. 2095

⁸⁸Ibid. p. 2096

2.1. MUJER Y MELANCOLÍA

La primera pérdida sentida por la mujer es cuando de niña debe trasladar su pulsión hacia el padre y separarse simbólicamente de la madre. Esta experiencia permanece en la niña/mujer, generando un sentimiento de pérdida constante durante la vida. Dicho de otro modo, la mujer es por definición un sujeto que ha perdido su objeto inicial.

“Pudiéramos pensar en caracterizar psicológicamente por la preferencia de fines pasivos; preferencia que, naturalmente, no equivale a la pasividad, puesto que puede ser necesaria una gran actividad para conseguir un fin pasivo. Lo que acaso sucede es que en la mujer, y emanada de su papel en la función sexual, una cierta preferencia por la actitud pasiva y los fines pasivos se extiende al resto de su vida, más o menos penetrantemente, según que tal prototipicidad de la vida sexual se restrinja o amplifique”.⁸⁹

En efecto, la madre tiene una carga simbólica de en la hija, por lo que el proceso de desvinculación es relevante. Antes de entrar a la etapa del complejo edípico, la niña siente como objeto erótico a la madre, pues es con ella con quien se generan los primeros vínculos. “La madre, al someter a sus hijas a los cuidados de higiene corporal, estimula y tal vez despierta en los genitales de las mismas las primeras sensaciones placientes”.⁹⁰

La madre representa un objeto erotizado para la niña, generándose un vínculo que debe ser roto para extrapolar la carga erótica hacia el padre.

Como se explicó anteriormente, el traspaso de la pulsión desde la madre hacia el padre implica de suyo la emergencia de un rechazo frente al objeto primero, esto es, la madre, por no haberle proporcionado un pene a la hija. La disolución de este vínculo es por medio del odio hacia la madre lo que deja a la niña/mujer una sensación amarga. Al mismo tiempo, el odio rechazo hacia la madre es el rechazo hacia una igual, esto es, a una mujer, lo que se agrega a un sentimiento de pérdida de objeto una herida narcisística pues, indirectamente, la niña está repudiando su propio género.

⁸⁹ Freud, Sigmund. *La Femenidad, Obras completas, Tomo III*. p. 3167

⁹⁰ *Ibid.* p. 3169

La carga simbólica que tiene la figura de la madre es sumamente determinante en la vida de la niña. En esta brecha, la niña debe constituir la femineidad desde un modelo social que la liga a la maternidad lo que constituye la construcción de una genealogía vincular que se mueve entre el amor, el rechazo, la herida narcisista y la melancolía.

“Hago de ella una imagen de la Muerte para no hacerme pedazos por el odio que me tengo cuando me identifico con Ella pues esta aversión está dirigida contra ella en principio por ser un obstáculo individualizante contra el amor confuso. Así pues, lo femenino-imagen de la muerte es, no sólo una pantalla de mi miedo a la castración, sino también un freno imaginario de la pulsión matricida que, sin esta representación, me pulverizaría en melancolía o me empujaría al crimen”.⁹¹

Esta pérdida prevalece dentro de la niña lo que la lleva a transitar en un estado ambivalente, en un constante debatirse frente a la identificación con la madre y el rechazo con la misma.

La forma en que la niña se desvincula con la madre es por medio de la violencia y el odio (matricidio simbólico), debido a esto la niña queda en un espacio de incertidumbre en el cual su “yo” se encuentra perdido. Esta situación marca el dificultoso proceso de llegar a la feminidad.

“Consideremos que, al menos que el género se adquiere mediante el repudio de los vínculos homosexuales; la niña se convierte en niña al someterse a la prohibición que excluye a la madre como objeto de deseo e instala al objeto excluido como parte del yo, más concretamente como identificación melancólica. Por consiguiente, la identificación lleva dentro de sí tanto la prohibición como el deseo, de tal manera que encarna la pérdida no llorada por la carga homosexual”.⁹²

La mujer queda en un sitio ingrato: su madre es el primer objeto de pérdida, desea no parecerse a ella y la rechaza rechazándose a sí misma, tampoco es un hombre pues no tiene pene y no puede participar y optar a los privilegios masculinos.

⁹¹ Kristeva, Julia. *Sol Negro depresión y melancolía*. p. 30

⁹² Butler, Judith. *Mecanismos síquicos del poder*. p. 151

Esta dinámica hace de la niña un sujeto de desarrollo lleno de represiones externas e internas.

“Para el hombre y para la mujer la pérdida de la madre es una necesidad biológica y psíquica, el primer jalón de la emancipación. El matricidio es nuestra necesidad vital, condición *sine qua non* de nuestra individuación con tal de que suceda de manera óptima y pueda ser erotizado: o bien el objeto perdido es de nuevo encontrado como objeto erótico (el caso de la heterosexualidad masculina, de la homosexualidad femenina), o bien el objeto perdido es transpuesto por un esfuerzo simbólico increíble y del que sólo cabe admirar el advenimiento que erotiza al *otro* (el otro sexo en caso de la mujer heterosexual), o bien las construcciones culturales se metamorfosean en objeto erótico «sublimado» (por ejemplo, las cargas psíquicas que hombre y mujeres ponen en los nexos sociales, en las producciones intelectuales y estéticas, etc.). La mayor o menor violencia de la pulsión matricida según los individuos y según la tolerancia de los entornos que acarrea, cuando es obstaculizada, su inversión sobre el yo: introyectado el objeto materno, en lugar del matricidio, sobreviviente la condena depresiva o melancólica del yo. Para proteger a mamá, me mato sabiendo – saber fantasmático y protector- que eso proviene de ella, diabla infernal y mortífera. De este modo mi odio queda a salvo y mi culpabilidad matricida, borrada”.⁹³

La mujer al tener que rechazar a su madre, a su propio género, participa de un orden simbólico que se instaura en el rechazo a la feminidad. Por lo que en este orden siempre está la masculinidad por sobre la feminidad. Este rechazo hacia lo femenino también causa conflictos en la mujer. La construcción de la subjetividad se ve afectada: adviene una constante ambivalencia con la madre por pertenecer al género supuestamente inferior, que es el suyo propio y, a la vez, es su primer objeto de amor. La niña puede desarrollar una envidia del pene que simboliza lo masculino, el poder, el deseo, y la libertad. La subjetividad femenina, por lo tanto, se ve en permanencia atravesada por esta dualidad pulsional: amor/odio. Freud, indica que, así como el varón resuelve su complejo de Edipo, la mujer quedaría siempre atrapada en él.⁹⁴ Jessica Benjamin Indica que:

⁹³Opcit. p. 30

⁹⁴ Cfr. Freud, Sigmund. “La disolución del complejo de Edipo” Obras completas.

“Mientras el padre represente la subjetividad y el deseo en el nivel de la cultura, el deseo de la mujer tendrá siempre que luchar con ese monopolio y con la desvalorización de la feminidad que implica”.⁹⁵

3. SUBLIMACIÓN FEMENINA

La sublimación, según la propuesta esbozada por Freud, trata del proceso por medio del cual el sujeto cambia la pulsión hacia un objeto sexual por otro cuyo carácter no es sexual, pero con la misma intensidad. Esta intensidad se encuentra desligada del objeto inicial (sexual), convirtiéndose en fuerza creadora originada por la pérdida y la falta del objeto primero.

La capacidad de sublimación consiste en cambiar la energía proyectada sobre el objeto primero, permitiendo que el individuo se desarrolle en áreas de interés cultural como la pintura, poesía, literatura y ciencias.

“Esta posibilidad de cambiar el fin sexual primitivo por otro, ya no sexual, pero psíquicamente afín al primero, es lo que designamos con el nombre de capacidad de sublimación”.⁹⁶

La sublimación, por tanto, es un motor que impulsa los campos de la creación. A pesar de lo anterior, no debe entenderse que la sublimación nace de la pulsión misma. Se trata más bien del hecho de que la capacidad creadora es una forma de pulsión en sí, que al toparse con la necesidad del cambio del objeto, emerge. Como resultado se obtiene obras de arte, poesía, descubrimientos, entre otros.

Freud define la sublimación de este modo:

“Un impulso tan poderoso como el instinto sexual, es tan ardua que puede acaparar todas las energías del individuo. El dominio de la sublimación, esto es, por desviación de las fuerzas instintivas culturales elevadas, no es asequible sino una limitada minoría”.⁹⁷

⁹⁵ Jessica Benjamin *Los lazos de amor. Psicoanálisis y el problema de la dominación*. p. 155

⁹⁶ Freud, Sigmund. *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna, Obras completas Tomo II*. p. 1252

⁹⁷ *Ibid.* p. 1255

El poeta (artista o creador) crea un mundo estético donde la pulsión deviene en una fuerza creadora. Esta capacidad de sublimación, que es parte de la luz creadora, es de lo que hace al poeta un ser fuera de lo común.

Un apartado llamativo a este respecto es cuando Freud pone a la población homosexual, como un ejemplo de creadores y poetas, ya que la energía sexual y la capacidad de sublimación serían distintas a la de los heterosexuales:

“Trátase aquí- exceptuando a aquellas personas que presentan un instinto sexual exageradamente intenso e indomable- de las diversas especies de *perversos*, en los que la fijación infantil a un fin sexual provisional ha detenido la primacía de la función reproductora, y en segundo lugar los *homosexuales* o *invertidos*, en los cuales, y de un modo no explicado por completo, el instinto sexual ha quedado desviado del sexo contrario. Si el daño de estas dos clases de perturbaciones del desarrollo es en realidad menor de lo que podría esperarse, ello se debe sin duda, a la compleja composición del instinto sexual, aun cuando uno o varios componentes del instinto hayan quedado excluidos del desarrollo. Así, la constitución de los invertidos u homosexuales se caracteriza frecuentemente por una especial aptitud de instinto sexual para la sublimación cultural”.⁹⁸

Para Freud, en cambio, la mujer no posee la capacidad creadora mencionada. Desde la óptica del discurso freudiano, la mujer es objeto y no sujeto, en tanto que habrá de dedicarse a la procreación. Así expone Freud:

“Decimos también de las mujeres que sus intereses sociales son más débiles y su capacidad de sublimación de los instintos menor que de los hombres”⁹⁹.

En otro punto se expone:

“No es raro encontrar una pareja de hermanos en la que el varón es un perverso sexual y la hembra, dotada como tal de un instinto sexual más débil, una neurótica, pero con la particularidad de que sus síntomas expresan las mismas tendencias que las perversiones del hermano, más activamente sexual”.¹⁰⁰

Para Freud es una hipótesis preclara el que la mujer no posee la misma energía sexual que el varón. Bajo esta idea que refleja la misoginia de la época,

⁹⁸Ibid. p.p. 1253-1254

⁹⁹Freud, Sigmund. *La feminidad, Obras Completas, Tomo III*. p. 3177

¹⁰⁰Freud. Opcit. p.p. 1254- 1255

Freud margina y excluye a la mujer de su capacidad creadora, y por lo tanto, de su posibilidad de ser sujeto poseedor de subjetividad. No es de extrañar pues, pues, que este discurso se haga eco del ya prolongado discurso masculino.

La sublimación femenina cruza por dos obstáculos centrales:

- 1) El hecho de que la mujer esté atada a su fisiología que la liga socialmente a la maternidad, la hace ser vista como un objeto de reproducción.
- 2) Como consecuencia de lo anterior, la educación de la niña para transformarse en mujer, la condiciona a la maternidad, formando un ciclo que se reproduce a sí mismo.

La niña, por lo tanto, al ver el modelo de la madre y reconocer su fisiología equivalente a la una en la otra, tiende a anular el deseo propio, y en consecuencia, construir su subjetividad bajo los patrones culturales impuestos.

El corolario de esta situación es que al ser concebida la mujer como un objeto, sus posibilidades de ser sujeto se ven anuladas desde la mirada social:

“Por su parte, las mujeres que, en calidad de sustratos propiamente dichos de los intereses sexuales de los hombres, no poseen sino en muy escasa medida y para las cuales durante la lactancia pueden constituir los hijos una sustitución suficiente del objeto sexual”.¹⁰¹

El panorama contemporáneo ha variado. La aparición de los métodos anticonceptivos en los años sesenta no sólo implicó una posibilidad real de optar por no ser madre, sino también la emergencia de una idea antes poco considerada: es posible no ser madre. La aparición de la píldora anticonceptiva logró que las mujeres comenzaran a tomar conciencia de su cuerpo y sexualidad. Aun así, los mandatos de género actuales acerca del rol que se exige a las mujeres, siguen sin desligarlas de la función materna. De modo que se les sigue destinando a la reproducción, sin embargo, dada las actuales situaciones socioeconómicas, lógicamente también espera que participe en el sistema laboral, de manera complementaria al hombre. Es decir, que sea madre y

¹⁰¹ Ibid. p. 1256

trabajadora. A esto se une el mandato secular de género de ocuparse del espacio doméstico, generando al menos tres roles: madre, trabajadora doméstica y trabajadora dentro del sistema de producción.

El discurso freudiano es sólo la muestra de una amplia sistémica ideológica en el que la mujer es plasmada como una función complementaria de aquella del hombre, incapaz por lo tanto del ejercicio autónomo y creador de la humanidad que le es inherente. Está demás decir que, pese a esta discursiva patriarcal, las mujeres han demostrado a través de la historia que su capacidad creadora está latente. Es evidente que las mujeres tienen una capacidad de sublimación inherente, por más que a través de la historia de le haya intentado coartar una y otra vez, cual castración, su derecho a desear y crear.

Sin embargo, el psicoanálisis ha evolucionado y generado otros lineamientos que superaron la teoría inicial. Interesa destacar acá la teoría de las Relaciones Objetales. Ésta línea teórica nace de la escuela psicoanalítica inglesa, disidente de la freudiana. Sus precursores son Melanie Klein y Ernest Jones, quienes remarcaron la relación madre/infante y su importancia en la formación psíquica del niño. Si bien esta escuela inicialmente tuvo un enfoque intrapsíquico, el desarrollo posterior del psicoanálisis y la emergencia de los estudios de género, han contribuido al desarrollo de una teoría intersubjetiva capaz de vincular al entorno con la construcción de la subjetividad.

Nancy Chodorow estudió las relaciones objetales entre madre e hija y define el psicoanálisis del siguiente modo:

“Teoría acerca de la creación de significados personales – realidad psíquica interna- mediante el poder de los sentimientos (...) Nuestro mundo interior de realidad psíquica contribuye a crear, modelar y dar sentido a los mundos intersubjetivo, social y cultural que habitamos”.¹⁰²

Interesa esta línea psicoanalítica, pues involucra las construcciones culturales como parte del proceso de desarrollo identitario:

¹⁰² Chodorow, Nancy. *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. p. 26.

“No basta con conocer los detalles externos de su historia o de la cultura a la que pertenece, es relevante considerar estas entrelazadas a la vida psíquica permitiendo comprender la subjetividad individual”.¹⁰³

De este modo, Chodorow entiende la significación como un vínculo entre cultura y psiquis, abriendo la posibilidad de un campo crítico en el psicoanálisis.

Desde la interioridad de la psiquis y del modo en que ésta se relaciona con el entorno generando vínculos intersubjetivos, el psicoanálisis, en palabras de Marta Lamas:

“piensa al sujeto como un ser sexuado y hablante, que se constituye a partir de cómo imagina la diferencia sexual y sus consecuencias se expresan también en la forma en que se aceptan o rechazan los atributos y prescripciones del género”.¹⁰⁴

En este aspecto y en el cruce del psicoanálisis con la crítica cultural, es factible vislumbrar el modo en que la hegemonía masculina se instala en la estructura psíquica de la mujer a partir de instituciones de lo simbólico¹⁰⁵ difundidas por la cultura. Al mismo tiempo, serán las formas de resistencia las que pondrán de relieve la inconsistencia de los modelos impuestos y las posibilidades de subjetividad. Chodorow expone además que el psicoanálisis es capaz de exponer los mecanismos por medio de los cuales:

“(…) hombres y mujeres lleguen a crear el tipo de relaciones interpersonales que hace muy posible y probable que las mujeres permanezcan en el ámbito doméstico —en la reproducción- y ejerzan entonces la maternidad en cada generación”.¹⁰⁶

Los lineamientos que sigue Chodorow ponen de relieve el factor de la intersubjetividad por medio de transferencias para la construcción psíquica¹⁰⁷.

¹⁰³ Ibid. p. 306

¹⁰⁴ Lamas, Marta. “Diferencias de Sexo, Género y Diferencia Sexual”. *Cucuico*, enero-abril/año/vol 7. p.14

¹⁰⁵ Cfr. Castoriadis, Cornelio, *La institución imaginaria de la sociedad*.

¹⁰⁶ Chodorow, Nancy. *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. p.98

¹⁰⁷ Se entenderá Transferencia según la definición de Jean Laplanche: “Designa, en psicoanálisis, el proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos, dentro de un determinado tipo de relación establecida con ellos y, de un modo especial, dentro de la relación analítica. Se trata de una repetición de prototipos infantiles, vivida con un marcado sentimiento de

Referirse a subjetividad, implica que las conformaciones identitarias y psíquicas, no son ya sólo producto del vínculo pulsional entre sujetos y objetos, sino también del encuentro entre sujetos. En términos de Jessica Benjamin, intersubjetividad es también reconocerse: “El desarrollo del sí-mismo es la necesidad de reconocimiento”.¹⁰⁸

Este lineamiento asume que las madres transmiten a sus hijas, en forma consciente e inconsciente, los roles de género que ellas mismas heredaron, reproduciendo una subjetividad instalada en termino de patrones como el de la maternidad y otras características del conocido rol femenino de la cultura patriarcal. En términos de Chodorow, la identificación, proyección e introyección de la hija en relación a la madre:

“Se generaliza en la suposición de que las mujeres se ocupan naturalmente de los niños de todas las edades, y en la creencia de que cualidades maternas de las mujeres pueden y deben prolongarse al trabajo extra-maternal que realicen”.¹⁰⁹

Actualidad” en <http://www.elortiba.org/dicpsi/tz.html>

¹⁰⁸ Jessica Benjamin *Los lazos de amor. Psicoanálisis y el problema de la dominación*. p. 26.

¹⁰⁹ Chodorow, Nancy. *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. p. 340.

CAPÍTULO VI

CON-TEXTO

1. ESCRITURA FEMENINA

La escritura femenina ha residido permanentemente oculta dentro de una Literatura Universal (Occidental) masculina. La historia literaria demuestra que la presencia femenina ha sido permanentemente una alternativa *anormal* de la norma masculina. No sólo se trata de la prohibición a la escritura de la que ha sido históricamente víctima la mujer, también es expresión de esta dominación la representación que se hace de la mujer en la obra literaria.

No es necesario mirar en forma extremadamente aguda la historia de la literatura para constatar la predominancia masculina en las autorías. Es en el contenido de las obras, sin embargo, donde se constata de mejor modo el hecho: la mujer tiende a ser un objeto para un hombre-sujeto. En esta sistémica de dominación simbólica, forma y fondo han sido largamente espacios masculinos. El lenguaje, medio de la obra literaria, también lo es:

“El lenguaje, por tanto lleva inscrita en su interior la diferencia sexual. Desde el momento en que la palabra de forma a nuestra experiencia de lo real, haciendo posible la nominación, deja de ser neutra, pues alude, a través de una metáfora general que ya está inscrita en la estructura gramatical aun simbolismo más profundo de naturaleza sexual”.¹¹⁰

¹¹⁰ Patrizia, Violi. *El infinito singular*. p. 77

Sandra Gilbert hace una referencia similar en relación a la dimensión estética de la escritura:

“Así, pues en la cultura patriarcal occidental, el autor del texto es un padre, un progenitor, un procreador, un patriarca estético cuya pluma es un instrumento de poder generativo igual que su pene, no es sólo la capacidad para generar vida, sino el poder de crear una posteridad a la cual reclama su derecho, como, en la paráfrasis que hace Said de Partridge, «un reproductor y, por lo tanto un fundador»”.¹¹¹

Hasta el siglo XIX era frecuente encontrar mujeres que debían ocultar su género para poder ser publicadas sin ser reprimidas. Lo cierto es que la escritura femenina se veía con frecuencia obligada a desarrollarse desde espacios masculinos.

“La Inglaterra victoriana confinaba imperiosamente a la mujer al hogar; Jane Austen se ocultaba para escribir; hacia falta mucho valor o un destino excepcional para convertirse en una George Eliot, una Emily Bronte; en 1818, un sabio inglés escribía: “Las mujeres no solamente no son la raza, ni siquiera la mitad de la raza, sino una subespecie destinada únicamente a la reproducción”.¹¹²

Simone de Beauvoir, aludiendo al hecho de que las mujeres se limitan a escribir desde los patrones masculinos, expresa: “un perro que camina sobre las patas traseras: no lo hace bien, pero es asombroso”¹¹³. En efecto, las expresiones literarias femeninas son criticables para la pensadora francesa, pues serían poco genuinas y no representativas de lo que es ser mujer.

“Así, pues durante todo el antiguo régimen, el dominio cultural es el más asequible para las mujeres que tratan de afirmarse. Ninguna, empero, ha llegado a las cimas de Dante o un Shakespeare; este hecho se explica por la mediocridad general de su condición. La cultura no ha sido jamás sino patrimonio de una *élite* femenina, no de la masa; y es la masa de donde han surgido con frecuencia los genios masculinos; las mismas privilegiadas encontraban a su alrededor obstáculos que les cerraban el paso de las grandes cimas”.¹¹⁴

También en *El segundo sexo*, expone una situación representativa de esta problemática:

¹¹¹ Gilbert, Sandra M. Gubar, Susan. *La Loca del Desván, La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. p. 21

¹¹² Beauvoir, Simone. *El segundo Sexo*. p. 118

¹¹³ Ibid. p. 94

¹¹⁴ Ibid. p. 94

“Una conocida escritora rehusó hace unos años permitir que su retrato apareciera en una serie de fotografías consagradas precisamente a las mujeres escritoras: quería que se la situase entre los hombres; más, para obtener ese privilegio, tuvo que recurrir a la influencia de su marido. Las mujeres que afirman que son hombres, no reclaman por ello menos miramientos y homenajes masculinos”.¹¹⁵

Ana Aguado hace ver que la ideología masculina puede, eventualmente, destacar la escritura femenina, pero siempre la considerará inferior o supeditada a la masculina. Esboza el llamado *Discurso de la excelencia* para explicar la situación. Se trata de un discurso de origen hegemónico, destinado a destacar mujeres que sobresalen del resto enalteciendo sus virtudes, pero al mismo tiempo afirmando una supuesta inferioridad frente a los hombres:

“Las mujeres como seres “excelsos” y superiores, alejadas e ignorantes del mundo exterior, y protegidas en el reducto del “paraíso perdido” que representaba el hogar. Discurso que, paradójicamente, casi siempre ha ido acompañado del “discurso de la inferioridad”: las mujeres como seres inferiores, sin capacidades, irracionales, “naturales”, no civilizados, no autocontrolados, etc. Y este “discurso de la inferioridad” es el que encontramos en toda una importante tradición de pensamiento misógino hegemónico, en el que se sitúan desde la inmensa mayoría de los más reconocidos “padres” del contractualismo y del pensamiento ilustrado - como Rousseau-, o de representantes de la ideología liberal jacobina, -como el igualitarista Sylvain de Marechal-. o incluso pensadores de la profundidad filosófica de Schopenhauer”.¹¹⁶

Lucía Guerra guarda consideraciones parecidas, en tanto que en la lucha por ganar espacios por parte de la mujer, adquirir los modos masculinos es un alejamiento de la posibilidad de encontrar la subjetividad propia:

“No obstante las limitaciones impuestas, la mujer escritora transgredió el Orden para elevar su voz desde la marginalidad, acción que, en mayor o menor grado, implicó también una claudicación. Hacer literatura requirió de ella una estrategia, la de imitar modelos estéticos masculinos que le permitieran entrar a los cerrados círculos de las editoriales en cuyo circuito el libro se ve como un artefacto cultural de consumo (...) En consecuencia, escribir, en el caso de la mujer, significó subordinarse a otro orden más: el de las convenciones literarias masculinas que funcionaban como régimen único”.¹¹⁷

¹¹⁵ Ibid. p. 16

¹¹⁶ Aguado, Ana, “ciudadanía, mujeres y democracia” en <http://hc.rediris.es/06/articulos/html/Numero06.html?id=01>

¹¹⁷ Guerra, Lucía. *Mujer y escritura: fundamentos teóricos de la crítica feminista*. p. 28.

Considerando esta situación, la literatura femenina es una expresión doble: por un lado se inscribe en el lenguaje masculino (estructuras, géneros, formas, conceptos, etc), y por otro lado, es la muestra de la subyugación y que se palpa en los escritos:

“En una apropiación de la teoría de Bajtín, se podría decir que la escritora, como una eficiente ventrílocua, asume las voces del lenguaje ajeno, permitiéndose de manera soterrada el desliz de su subcultura marginada, haciendo del texto literario un tejido de doble faz donde también es evidente la asimetría entre *lo literario*, como categoría dominante elaborada por la imaginación androcéntrica, y los subterfugios de márgenes y adiciones elaboradas con la intención de que no alcancen el nivel de lo explícito”.¹¹⁸

A pesar del contexto en el cual los patrones masculinos son predominantes, la escritura de las mujeres ha logrado expresiones que demuestran sus alcances literarios.

“Los textos escritos por mujeres que pertenecen a una cultura minoritaria en Latinoamérica han puesto de manifiesto la situación conflictiva de un Yo que desdice los trazos identitarios de la nación y sustituye sus fronteras por la hibridación liminar”.¹¹⁹

Como se ha visto hasta este punto, la subjetividad se compone tanto de rasgos intrapsíquicos e intersubjetivos, como culturales. En el caso de la escritura, la obra literaria escrita por mujeres revela dos niveles del problema de dominación simbólica: 1) la mujer suele escribir desde patrones masculinos que, desde luego, están expresados en la superficie de la obra; 2) los conflictos identitarios también están presentes en forma no siempre expuesta. También es factible referirse a una literatura de resistencia que, tal como el camino que puede tomar la subjetividad, opta por un camino propio, que en el ámbito estético corresponderá a la ruptura de cánones.

La escritura femenina plasma, de este modo, lo que implica ser mujer, y es sabido que ser mujer en Occidente, es el intento constante de ser sometida por la violencia simbólica masculina:

¹¹⁸Ibid. p.p. 29-30.

¹¹⁹Ibid. p. 129

“Que la literatura tenga la capacidad de hablar desde niveles profundos y poder nombrar ciertas percepciones, sentimientos y vivencias que uno lleva dentro es cosa obvia, como es obvia la importancia que para todas nosotras ha tenido el descubrimiento, aunque tardío, de textos literarios de mujeres en búsqueda de identidad y de capacidad de mayor acceso al propio sentir profundo en un mundo visto siempre a través de la óptica masculina”.¹²⁰

Las mujeres al enfrentarse a este mundo intelectualmente dirigido por los cánones masculinos, se vieron en la necesidad de crear diversas formas de expresión. Unas de las mujeres pioneras en Latinoamérica colonial, en esta estrategia, o en palabras de Josefina Ludmer “las tretas del débil”, fue Sor Juana Inés de la Cruz quien abrió el camino de la escritura para las mujeres en Latinoamérica. Como lo expresa Eliana Ortega:

“Sor Juana tiene ese hábito de escribir en oposición: me opongo al sistema colonial (la peor manifestación del patriarcado), me opongo a la opresión de la mujer y me opongo a ser silenciada. Desde ella en adelante, las mujeres latinoamericanas hemos buscado formas de expresión que no nos traicionen y que nos permitan infiltrarnos para que se oigan nuestras verdaderas voces”.¹²¹

En relación a la escritura de Sor Juana, podemos evidenciar un discurso que se opone al régimen colonial imperante. Adopta desde ese lugar, un discurso que se infiltra con agudeza, para revelar la limitación de los mandatos de géneros. Ahora bien, con respecto a la “treta del débil” que desarrolla Ludmer en base de la obra de Sor Juana se define como:

“La treta (otra típica táctica del débil) consiste en que, desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no sólo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él. Como una madre o ama de casa dijera: acepto mi lugar pero hago política o ciencia en tanto madre o ama de casa. Siempre es posible tomar un espacio desde donde se puede practicar lo vedado en otros; siempre es posible anexar otros campos e instaurar otras territorialidades”.¹²²

Dentro de este marco, algunas mujeres encuentran la posibilidad de expresarse intelectualmente, buscan formas en las que pueden manifestar sus inquietudes que comenzaron a ser evidentes.

Ortega hace ver que en Latinoamérica, al igual que en Europa se dieron tertulias literarias en salones dirigidos por mujeres a finales del siglo XVIII y

¹²⁰Colaizzi, Giula. *Feminismo y teoría del discurso*. p.144

¹²¹Ortega, Eliana. *Lo que se hereda no se hurta, ensayos de crítica literaria feminista*. p. 162

¹²²Ludmer, Josefina. “Las tretas débil” en *La sartén por el mango*. p. 53

durante el XIX. Dentro de estos salones comienzan a formarse ideas políticas, sociales, y un naciente movimiento feminista. Como nos ilustra Ortega:

“Los salones de fines del siglo 18 y los del 19, las tertulias literarias de grandes damas de nuestra literatura, constituyeron espacios desde los cuales las mujeres hacían sus prácticas de traslado y transformación. Invirtieron el sentido de dicho espacio: el salón pasa de acontecimiento social a ser un lugar político-cultural; ellas, de su función de anfitriona-dama se transforman en mujeres intelectuales y militantes”.¹²³

En estos salones surgieron figuras relevantes de la literatura de mujeres en Latinoamérica como Clorinda Matto de Turner, que escribe en relación a los derechos de la mujer y el pueblo indígena. Otra figura preponderante es la de Mariquita Sánchez, argentina, que por medio del género epistolar desarrolla la desazón de la mujer escritora:

“Mariquita Sánchez (1786-1868), otra dama argentina, vinculada a importantes hombres de la política y las letras, desde su salón y desde su *Epistolario* nos revela otro uso de la treta para romper el aislamiento y el silencio de la mujer escritora: La carta como forma de expresión literaria femenina”.¹²⁴

Estas mujeres adoptaron patrones de escritura que les permitieron abrirse camino dentro de lo masculino, estos modelos obedecen a escribir desde y para poder crear, como lo menciona Eliana Ortega en su libro *Lo que se hereda no se hurta*, el mundo masculino acepta la producción de obras mientras que no altere su orden establecido. Las mujeres que escriben fuera de este orden, son olvidadas o no tomadas en cuenta, tal como lo menciona Eliana Ortega: no son consagradas en el mundo de las letras.

El caso de Gabriela Mistral resulta interesante, ya que recibe el premio nobel de literatura, por su labor de educadora y de la forma en que refleja a la mujer dentro del orden masculino, pero, así mismo, parte de la obra de Mistral está dedicada a su preocupación sobre la condición de la mujer y su identidad. Esta perspectiva destaca la primera parte de su obra, mientras que la producción cercana a la identidad americana como, por ejemplo, el poemario de *Lagar, Locas Mujeres* es un texto en que los personajes femeninos están en una constante

¹²³Ortega, Eliana. *Lo que se hereda no se hurta, ensayos de crítica literaria feminista*. p. 154

¹²⁴Ibid. p.155

rebeldía a la estructura masculina. Por ejemplo, en el poema *La Bailarina*, se muestra un personaje lírico, que baila frente a toda una comunidad. En este acto el personaje mujer se libera paulatinamente de todas las manifestaciones culturales que la oprimen, como se puede apreciar en la primera estrofa de este poema:

La bailarina ahora está danzando
la danza del perder cuanto tenía.
Deja caer todo lo que ella había,
Padres y hermanos, huertos y campiñas,
el rumor de su río, los caminos,
el cuento de su hogar, su propio rostro
y su nombre, y los juegos de su infancia
como quien deja todo lo que tuvo
caer de cuello y de seno y de alma.

En estos versos, la hablante lírica, una mujer, baila deshaciéndose de todos los símbolos, que la unen al mandato masculino, al cometer esta acción frente a la comunidad. El personaje lírico pasa a una esfera pública donde simboliza el desprendimiento de todo lo que la amarra al mundo patriarcal, ella baila en busca de la libertad. Señala Ortega:

“Podría explicarse el éxito de Mistral porque ella utilizó la treta magistralmente, como por ejemplo: “estucando una sexualidad poco convencional con la figura pública de la maestra y madre adoptiva”¹²⁵ Sigamos rebuscando. Partamos de la base que el canon literario oficial es una construcción social. Entonces aquellas mujeres que no cuestionan ese poder social, o aquéllas que reproducen la imagen de la mujer formulada por la cultura dominante logran cierto reconocimiento dentro del canon oficial”.¹²⁶

¹²⁵Molloy, Silvia. *Dos lecturas del cisne: Ruben Darío y Delmira Agustini*. La sarten por el mango. En lo que se hereda no se hurta. p 158

¹²⁶Ortega, Eliana. *Lo que se hereda no se hurta, ensayos de crítica literaria feminista*. p. 158

De esta forma las mujeres en la literatura, que plasman su rebeldía por medio de la escritura, son silenciadas desde la perspectiva masculina, olvidadas por el mundo cultural. Aún así se mantienen en la rebeldía, para abrir un espacio de firmeza y con ello continuar su producción, lograr una fisura en el mundo comandado por los hombres.

Como hemos revisado, las mujeres ligadas al mundo intelectual han sido víctimas de una violencia simbólica, que las ha mantenido al margen; sin embargo, desde la primera generación de escritoras latinoamericanas encabezada por Sor Juana Inés de La Cruz, han encontrado diferentes tácticas para desarrollarse dentro del mundo intelectual masculino. Y de esta forma armar un vehículo de liberación que se viene tejiendo desde hace mucho tiempo atrás. Estas mujeres que marcaron la historia de las letras en Latinoamérica sufrieron la discriminación por parte de los hombres, porque sus intereses iban más allá de ser un simple elemento de producción. Utilizando la astucia e inteligencia pudieron encontrar un espacio para el ejercicio de la escritura, en el cual se presenta un tópico común, el escenario de la mujer.

Adentrándonos hacia la segunda mitad del siglo XX surgen ciertas poetisas aisladas que buscan la transgresión, rompen con todo orden, ya no buscan escribir desde su lugar de subordinación, sino que desean romper y trascender el orden establecido. Estas escritoras al no obedecer a los mandatos, son aisladas, no reconocidas públicamente por sus pares contemporáneos, considerando que éstas no usan “tretas”, sino que van directamente a lo que desean, escribir.

Consideramos que Susana Thénon, la poeta que analiza esta investigación, se presenta como paradigma de lo que sucede con la mujer que se rebela al discurso literario. En una de las cartas que escribió a Ana María Barrenechea, expresa su malestar referente a los círculos literarios:

“Te agradezco muchísimo todo lo que hacés por mí en lo que se refiere a la poesía, en estos momentos en que acá se desarrolla un Festival de Letras en Necochea que es una vergüenza demasiado grande para ser descripta, en el que los premios se los llevaron César Rosales y Osvaldo Rossler, en el que se elige

una reina de las letras y en el que los escritores opinan sobre las minifaldas y la literatura (...).¹²⁷

Thénon, hace una severa crítica sobre lo que sucede en el mundo literario, deja ver que la mujer es tomada como un objeto en si mismo y no es apreciada por su capacidad de crear *es una vergüenza demasiado grande para ser descripta*. Se entrevé la imagen que culturalmente se ha construido de la mujer. Tal como señala Eliana Ortega:

“Aquellas escritoras que abiertamente son parte integral de la “la cultura de la resistencia” no son las que se consagran. La transgresión debe continuar”.¹²⁸

2. CONTEXTO LITERARIO ARGENTINO EN EL SIGLO XX

En las áreas del saber, secularmente ha regido el orden masculino. Esto determinó un sistema predominante que se reprodujo a todos los niveles del conocimiento. El mundo de la literatura, al igual que las otras disciplinas de las artes y humanidades, no han sido una excepción. Las estéticas predominantes del canon literario fijan las normativas en cuanto a lo que se define como literatura y, por lo tanto, se destina a su publicación. Estos estereotipos siguen imperando hasta hoy. Latinoamérica está marcada histórica y culturalmente por Europa mediante el proceso de imposición ideológica que implicó e implica la colonización.

El panorama literario en Argentina del siglo XX está sostenido por grandes escritoras, como es el caso de Alfonsina Storni, poeta que corona las letras latinoamericanas junto a Gabriela Mistral y Juana de Ibarbourou. Desde la mirada pública, las expresiones femeninas son secundarias a autores masculinos como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar o Pablo Neruda.

A comienzos de la segunda mitad del siglo XX, la vida cultural en Argentina se desarrolla ampliamente, impulsada especialmente por el fluido contacto con Europa desde fines del siglo XIX. Sin embargo, el intercambio impulsó no

¹²⁷ Thenon, Susana. *La morada Imposible, obra completa tomo II*. p. 193

¹²⁸ Ortega. *Opcit.* p. 162

necesariamente un enriquecimiento, sino, por el contrario, un asentamiento de la ideología masculina europea. María Celia Vázquez en su artículo sobre Victoria Ocampo, hace ver cómo el pasado de las escritoras argentinas participa de la misma represión escritural que se vive en Europa:

“Ella sabe cuánto les ha costado a las mujeres ganarse el derecho al nombre propio y a la firma de la escritura a través de la historia. Sabe de la artimaña de las iniciales asexuadas y de la necesidad de adoptar el nombre de otro, el masculino. Reconoce estas tretas que lograron burlar los prejuicios sexistas vinculados a la literatura. Por eso quiere ejercer esa conquista que es el derecho al nombre literario como mujer”.¹²⁹

La consecuencia de una sistémica estética tal, es que las escrituras de las mujeres tienden a permanecer ocultas tras la predominancia de las escrituras masculinas. De todos modos, la ruptura de cánones luego de las vanguardias, generó un espacio de ambigüedad en el discurso literario que permitió, hasta cierto punto, dar espacio a propuestas escriturales disidentes, aunque su difusión no haya sido amplia.

Susana Thénon es un ejemplo que ilustra el destino de estas escritoras: a pesar de su genio creativo e innovador, fue situada en un espacio del olvido. Si bien son conocidos todos los modos de exclusión masculinos, en Thénon es particularmente llamativo, ya que la cultura y el mundo intelectual la acompañaron desde muy pequeña. Los escasos datos biográficos que existen sobre su vida muestran que fue hija de un psiquiatra, Jorge, destacado por ser uno de los primeros en explorar y traer el psicoanálisis a Argentina. Jorge Thénon guardaba correspondencia directa con Freud y sus publicaciones fueron esenciales para el desarrollo de éste ámbito en Argentina. El padre de Susana además publicó la revista *Papeles de Buenos Aires* entre 1943 y 1945, con cinco ejemplares en los que participaron intelectuales como Olga Orozco, Oliverio Girondo y Luisa Sofovich entre otros.

¹²⁹Vázquez, María Celia. “Victoria Ocampo y las escrituras del yo: entre las Afirmación y el olvido” *Taller de letras*. Nº 29, 2001. p. 136

3. BREVE RESEÑA BIOGRÁFICA DE SUSANA THÉNON

En los círculos intelectuales, en su mayoría dirigidos por hombres, existió un pequeño espacio de desarrollo femenino, cuya presencia se debe principalmente a Victoria Ocampo. Dentro de este grupo de intelectuales, levemente posterior a las voces fundadoras, sigilosa y rayando en la propia marginalidad intelectual, se encuentra Susana Thenón.

Susana Thenón nació en 1935 y se distinguió por ser poeta y fotógrafa de poca difusión. María Negroni, una de las recopiladoras de su obra, dice:

“Susana Thenón es una poeta huérfana y sigilosa. Como si estuviera unida a aquello que perdió, su voz habla para no decir nada o mejor dicho, para ser la voz de la cosa ausente. No hay otro mundo, pareciera afirmar, porque no hay otro mundo. O bien, en las palabras canta el orden de la muerte, es decir lo ya cantado. Más vale desertar de lo expresable (que nos exilia de nosotros mismos) y después quedarse a la intemperie, en esos paisajes sedientos donde está la casa – sin tejado- de la poesía, su centro inubicable y apurado por conquistar la precariedad, su temblaredal de pesadillas y luz”.¹³⁰

A Thénon se le asocia con la generación de los años sesenta, bajo un argumento temporal, sin embargo, ante una estética inclasificable, es difícil estimar una conciencia generacional. La poética de Thénon se aleja de escritores canónicos de este período, como Oliverio Girondo, Jorge Luis Borges, Bioy Casares, entre otros. Sin embargo, fue contemporánea de una de las figuras relevantes de poesía Argentina, Alejandra Pizarnik. Se sabe que se conocieron, pero no parece haber mayor vínculo entre ellas que la búsqueda de una expresión propia.

Gracias a Ana María Barrenechea y María Negroni hoy es posible contar con una compilación de la poética de Thénon titulada *La morada imposible*, publicada por la editorial Corregidor el año 2001. Las editoras recuperan del olvido la poesía de la obra Thénon y la llevan al espacio público y al alcance de los lectores asombrados por las bellezas de las palabras.

¹³⁰ Thenón Susana, “*La morada imposible*” tomo I. p. 13

En cuanto a investigaciones realizadas sobre Thénon, no existe producción importante. Destacan los ensayos realizados por Ana M. Barrenechea *Génesis de tres «distancias» de Susana Thénon* y *La “quebrada geometría” de Edad sin Tregua de Susana Thénon* de Mariana Di Ció; ambos ensayos disponibles en Internet.

El presente estudio se propone aportar a la visibilización de la poesía de Thénon un análisis psicoanalítico desde los estudios de género que ponga de manifiesto sus motivaciones creativas relacionadas con un subjetividad melancólica.

CAPÍTULO VII

ANÁLISIS DEL CORPUS

La obra de Thénon resulta de una exégesis compleja pues es hasta cierto punto hermética, desde los patrones lingüísticos y estéticos masculinos. Analizar estos poemas reviste un desafío no técnico, sino identitario. Leer la poesía de Susana Thénon es liberarse de las imposiciones que el hombre occidental ha colocado sobre la cultura, para poder encontrarse de sujeto a sujeto con la autora. “Al poema le incumbe todo, aún la tierra más ingrata”¹³¹, dijo alguna vez esta poeta.

Los campos temáticos que afloran en la obra de esta autora son del todo diversos, sin dejar por ello de estar cohesionados en una esfera de sentido propio, formando una coherencia subjetiva e individual. Recorren la obra de la autora tópicos como muerte, soledad, sangre, angustia, vida, deseo, destrucción del cuerpo, amor, deseo de ser amado, desamor, violencia, seducción, lenguaje, la ruptura en el lenguaje, ruptura del género, silencio, entre otros.

Estas temáticas abarcan un sin número de matices que revelan las múltiples facetas del “yo” que posee la subjetividad femenina, fragmentada entre la tensión de la identidad forjada desde la subjetividad y los patrones de una cultura que prohíbe a la mujer ser sujeto deseante.

¹³¹ Thenón, Susana. *La morada imposible*. p. 13

La variabilidad temática, sin embargo, se aúna en torno a un eje fundamental situado en la melancolía. Es de notar que ya desde los primeros poemarios (1958 y 1959), hasta los más tardíos, se presenta el reflejo de un yo de la hablante –yo escritural- fragmentado, el cual se encuentra constantemente en una pugna. Esta pugna trata de una escritura que bordea lo violento, la pugna entre el sujeto y el objeto.

El acto poético es un acto melancólico, puesto que el sujeto melancólico, en palabras de Freud, ama expresar su estado:

“En el melancólico observamos el carácter contrario, o sea el deseo de comunicar a todo el mundo sus propios defectos, como si en este rebajamiento encontrara una satisfacción”¹³².

Esta investigación selecciona su corpus desde los poemarios *Edad sin tregua* (1958) y *Habitantes de la nada* (1959), debido a su relevancia para comprender la producción posterior; en estos textos residen las claves que marcan toda la obra de la autora.

Como se ha dicho, la melancolía puede definirse como la pérdida del objeto. El deseo de unidad con el objeto, así como la imposibilidad de realizar esta unidad, crea un discurso melancólico que se encuentra presente durante toda la obra de Thénon.

Al proceso de traslación del deseo de un objeto de amor a una producción intelectual o creativa, como hemos mencionado, se le llama sublimación. Este proceso conduce a la construcción de un lenguaje que, en este caso, es extremadamente violento como ejemplifican estos versos:

Clávate, deseo
en mi costado rabioso¹³³.

¹³² Freud, Sigmund. *Duelo y Melancolía Obras completas, Tomo II*,. p. 2093

¹³³ Información del poema

La violencia en el discurso es la canalización de la pulsión de muerte o pulsiones agresivas, cuyo origen está en la pérdida del objeto amoroso por su rechazo. Como lo expresa Freud:

“Nuestras mejores virtudes han nacido, en calidad de reacciones y sublimaciones, sobre el terreno de las peores disposiciones”.¹³⁴

Dicho de otro modo, un discurso deseante como éste, puede ser bien la muestra de una pérdida del objeto y la intensidad del dolor que esa pérdida generó. En este sentido y en relación a los versos citados, es notorio el sentido erótico forjado por la acción de clavar (¿penetrar?) y costado que sugiere las entrañas. “Aquí” es una muestra patente de un discurso que expresa deseo, pérdida y erotismo en la relación objetal.

La melancolía es generada por la pérdida del objeto deseado/amado; la imposibilidad de retenerlo, adquiere un valor en sí misma. Para George Bataille, la imposibilidad de retener al objeto deriva en el sujeto en un deseo de aniquilación del objeto o bien de sí mismo:

“Las posibilidades de sufrir son tanto mayores cuanto que sólo el sufrimiento revela la entera significación del ser amado. La posesión del ser amado no significa la muerte, antes al contrario; pero la muerte se encuentra en la búsqueda de esa posesión. Si el amante no puede poseer al ser amado, a veces piensa en matarlo; con frecuencia prefería matarlo a perderlo. En otros casos desea su propia muerte”.¹³⁵

Se observa en el lenguaje de Thénon un límite desarticulado por la hablante, en el que violencia y sutileza no son opuestos, sino elementos coherentes con una función expresiva erótica. La carga erótica se manifiesta, además, en el manejo del lenguaje y el uso de figuras, manifestación del deseo profundo de retener al objeto. En cuanto al contenido, el erotismo se manifiesta por la mirada del cuerpo propio que es expuesto a la vulneración física, manifestación en extremo intensa del nivel sensorial.

¹³⁴ Freud, Sigmund “Multiple interes Del psicoanálisis”. Obras completas. p.1610

¹³⁵ Bataille, Georges. *El Erotismo*. p. 25

En este punto de cuerpos vulnerables, el deseo de la muerte se hace fuerte y desgarrador. El deseo de la propia muerte se manifiesta en el sacrificio del cuerpo y el deseo de arrancar de éste la pulsión sobre un objeto inaccesible. Thénon abre un espacio en el dolor propio de lo amoroso, más aún en la continuidad del desarraigo constante de la no pertenencia, por medio del discurso melancólico.

De este modo, es posible decir que el discurso melancólico se encuentra, a lo largo de la obra de Thénon, en poemas atravesados por la violencia contra el cuerpo, la pérdida y el deseo del objeto amado, todos elementos unidos y configuradores de esta poética.

Dentro de las siguientes líneas, se analizarán los poemas de Susana Thénon según los conceptos teóricos expuestos anteriormente. El análisis consistirá en un corpus de seis poemas representativos de la primera parte de la producción literaria de la poeta, seleccionados por ser representativos de la obra.

Aquí

Clávate, deseo,
en mi costado rabioso
y moja tus pupilas
por mi última muerte

Aquí la sangre,
aquí el beso roto,
aquí la torpe furia de dios
medrando mis huesos.

El poema “Aquí” se estructura en base a dos estrofas, cada una de cuatro versos. La brevedad genera una entrada sintética al campo emotivo del poema, concentrada en las dos secciones. El título evoca el cuerpo, donde el aquí, como forma adverbial, adquiere sentido en base a su contexto. En efecto, se trata de una forma que otorga la idea de lugar, pero cuya semántica adquiere sentido en la situación. Esta carencia de significado en sí, sólo puede significar el espacio más profundo y sensitivo de la hablante.

Muestra, el primer verso, el proceso de la melancolía en su más cruda expresión: la hablante le ordena al deseo que la posea. En otras palabras, es redireccionar el deseo a sí misma con una dimensión corporal y erótica que la ubica en la posición de deseante a la vez que deseada. Podemos pensar que en este juego escritural la hablante congrega sujeto y objeto en si misma, superponiendo las perspectivas masculina y femenina en una sola representación.

El ordenamiento que sigue a la primera estrofa, obedecería a la necesidad contextual de una acción no constituida (el retorno a sí del deseo) por lo que puede estimarse de hecho una peculiaridad frente a la forma en que se desea el objeto: es llamativo que sea el deseo mismo el objeto deseado, lo que no sólo subvierte la estructura lógico-racional masculina, sino que encarna una manera representativa del deseo humano.

La apertura del poema en forma apelativa sobre el deseo, es la marca de un hecho cohesionador: es el deseo lo que estructurará al poema, toda vez que hablante y deseo, sujeto y objeto, son configurados como uno solo, cuya manifestación es la acción sobre el cuerpo.

El cuerpo se constituye en un nexo simbiótico entre la hablante y el deseo. En el primer párrafo, “mi costado”, esto es, el cuerpo en una idea cuya ubicación sigue siendo tan poco definida como “aquí”, es adjetivado como “rabioso”. La rabia es un “enfado grande”¹³⁶ que lleva en su carga semántica el antecedente de haber sido generada por “algo”, por lo que la idea de “costado rabioso” no sólo genera la percepción evidente de pasión exaltada, también crea el contexto situacional para ello.

“Moja tus pupilas”, verso un tanto hermético, puede ser comprendido gracias a los versos anteriores, como una exigencia de fusión del objeto con el sujeto. La muerte, en el verso cuarto, es la razón por la cual se le exige al deseo esta fusión. La muerte constituye acá no un acto definitivo en el sentido del deceso, sino recurrente: “última muerte”.

La segunda estrofa es un espacio donde el cuerpo está determinado por las acciones del deseo. Es interesante notar que en los versos 5,6 y 7, de estructuras similares, el “aquí” reemplaza la presencia verbal, por la localización. Dicho en otros términos, “aquí” plantea una acción no del todo clara, que sugiere desplazamiento.

Los espacios corporales son la sangre, el beso roto (¿incumplido?) y los huesos. La unión de elementos, en apariencia disímil, es interesante: sangre sugiere violencia desde el canon occidental, pero, en la mujer, naturalidad y ciclo; el beso, como símbolo amoroso, al ser adjetivado como “roto” sugiere la imposibilidad del beso mismo; la torpe furia de Dios, aparte de la magnitud de lo divino, exagera las sensaciones que, si bien potentísimas, con “torpe” se dibujan como incontrolables y se aplican sobre el cuerpo mostrando, así, la profundidad subjetiva. Esto configura un deseo que acciona desde los ejes profundos, con

¹³⁶ RAE

energías inconmensurables y descontroladas. Este deseo, asimismo, la sentencia al dolor; sin embargo la hablante desea desear.

El poema tiene ritmo y musicalidad frenética, coherente con el contenido. La estructura basada en elementos en extremo sensitivos del cuerpo, huesos, sangre (desde la herida), labios (beso), destacan el crecimiento de un dolor. La referencia al dolor, irrumpe en el cuerpo de la hablante, cuyo trasfondo es, a fin de cuentas, emotivo. Hay una representación del dolor que evoca, desde el imperativo inicial y el beso roto, el deseo de un objeto inaccesible.

Poema

Es INÚTIL que la amada se arrastre
buscando la mano que dibuja sombras
bajo su piel.

Es inútil que vuele
Persiguiendo a la nube de piedra que la hirió.
En vano saltará de hoja en hoja
preguntando por el rostro
que se ahogó
en el aire.

Éste escrito, titulado “Poema”, está compuesto de dos estrofas y está estructurado de tal modo que la misma hablante se convierte en un referente poético en tercera persona. Si bien podría considerarse que la mujer referida en este poema es el objeto de deseo de la hablante, la presencia central de un solo personaje lírico que no interactúa con otro refuerza la perspectiva fusionada de sujeto / objeto.

La primera estrofa abre con un destacado término “inútil”, que implica en su semántica la acción posible y el resultado imposible de obtener. Ésta acción es la búsqueda que se realiza por medio del “arrastrarse”, forma de desplazamiento que evoca la dificultad. Eso que se busca es una mano “que dibuja sombras bajo su piel”, un cuerpo otro que es capaz de generar sensaciones profundas. Sin embargo, esas sensaciones son sombras difíciles de ver o comprender.

La segunda estrofa abre sentenciando al personaje lírico del mismo modo que la primera. De arrastrarse, se traslada la hablante al vuelo, y el objeto perseguido, se traslada de las sombras a una nube de piedras hirientes, en el que lo arquetípicamente liviano se vuelve pesado. La sombra y la calidad de hiriente con que está adjetivada la nube, confieren al deseo un tono negativo toda vez que sigue siendo un deseo.

Los últimos cuatro versos siguen relacionados con la búsqueda. El deseo se configura de este modo como un ente esquivo, que bajo las características de inútil y vano, es sentenciado como inalcanzable. El objeto en estos versos toma una forma nueva: “el rostro que se ahogó en el aire”. La antítesis entre ahogo y aire remonta a nube y piedra, deviniendo el aire en la incapacidad de respirar. En este punto es posible plantear una serie de características propias del objeto y la hablante: el objeto es esquivo o inaccesible; la hablante no puede dejar de desearlo lo que se constata del acto enunciativo de lo inútil y vano que es hacerlo; el objeto es liviandad y pesadez, aire y ahogo.

Más allá

Remontar tu violento misterio
más allá de la sangre,
más allá del olvido,
lejos, hasta el confín del tiempo.
Saberte, amaneciendo
en la tarde sonora,
en el hondo sabor
de tus piernas
irguiendo mi beso
en tu boca indefensa,
abriendo tus puertas,
lamiendo tus playas secretas
con furor de marea creciente.
Descubriendo la rosa en tu lengua,
tu roja bandera.
Arrancando de cuajo las horas,
naciendo en secreto.

El poema “Más allá” está compuesto por una estrofa de diecisiete versos respectivamente. Como el poema “Aquí”, “Más allá” es una estructura adverbial cuyo sentido será dado por el contexto del poema. Se configura en el poema la presencia de dos sujetos, una hablante y un sujeto-objeto respectivamente. La forma es apelativa de segunda persona gramatical y el objeto inicialmente no es determinable del todo como un personaje lírico (es decir una mimesis de lo humano), pues podría seguir tratándose del deseo como objeto personificado.

Abre el poema con un infinitivo, forma verbal utilizada con frecuencia para la acción deseada: no es un hecho constituido ni con carga temporal. Como en los poemas anteriores, eso deseado está teñido de lo violento e inefable (misterio). El verbo remontar sugiere un desplazamiento hacia la profundidad del pasado, atravesando ciertos hitos: nuevamente la sangre, como en el poema “Aquí”; el olvido como hito del pasado que se quiere superar en la acción de remontar, sugiere pérdida.

El quinto verso expone el deseo de un espacio idílico (¿ya consumado en el pasado?) de interacción, siempre sustentada en el vínculo físico del cuerpo (hondo sabor / de tus piernas).

El noveno verso abre con un gerundio, la forma verbal de carácter durativo y cuya connotación es de los estados permanentes. El espacio idílico abierto en la segunda parte de la estrofa anterior, en lo práctico, un *locus amoenus* cuya estética es de la situación y no del espacio, se prolonga a través de toda la estrofa segunda. La unión carnal es explícita, debido a lo cual ya es claro que el objeto/referente de este poema es de hecho, otro sujeto que encarna el deseo. Se entabla una unión física donde el ente deseado es pasivo y la hablante activa. Ella es quien acomete las acciones sobre el otro: “lamiendo tus playas secretas”, “descubriendo la rosa en tu lengua”.

Este poema, a diferencia de los otros analizados hasta ahora, no trata de una unión imposibilitada, sino de una unión deseada cuyo rasgo melancólico (de

pérdida) se constituye en base al hecho de que está en el ámbito de lo remontado. El factor temporal es esencial: el remontar es una actividad cognitiva que rompe las limitaciones físicas del tiempo. Este carácter también se remarca en el cierre: “Arrancando de cuajo las horas”, que no es otra cosa que eliminar de raíz las limitantes temporales. Este deseo por sobrepasar el tiempo es paralelo a un (re)nacer que en el contexto del poema es volver a encontrar lo añorado.

Destaca en este poema, como en los anteriores, el factor erótico de marcado tono corporal, en términos como “playas secretas” y la “rosa de tu lengua”. La idea de nacer en secreto también guarda relación con el vínculo prohibido por la normativa social. La bandera utilizada para simbolizar los Estados (en el sentido político), y que por medio de la construcción cultural suele considerar emblema de los pueblos y comunidades, es roja, lo que evoca una identidad del objeto basada en el erotismo y la violencia, clásicamente simbolizados por el rojo.

No

Me Niego a ser poseída
por palabras, por jaulas,
por geometrías abyectas.
Me niego a ser
encasillada,
rota,
absorbida.
sólo yo sé cómo destruirme,
cómo golpear mi cabeza
contra la cabeza del cielo,
cómo cortar mis manos y sentirlas de noche
creciéndome hacia adentro.
Me niego a recibir esta muerte,
este dolor,
estos planes tramados, inmovibles.
Sólo yo conozco el dolor
que lleva mi nombre
y sólo yo conozco la casa de mi muerte.

Junto con la subversión al orden masculino que se ha establecido mediante la transgresión de símbolos y formas poéticas, aparece este escrito en el cual la resistencia es explícita. El título debe leerse como rebeldía y necesidad de la hablante de poder liberar su yo de la norma o mandato de género.

Se abre el poema con la negación a lo que se supone un intento exterior a ser poseída, sometida o dominada por otro. Los poseedores son: jaulas, palabras, geometrías abyectas. La jaula evoca obviamente la prisión y la cárcel, las palabras son la lengua que transmite los patrones masculinos; la geometría abyecta es la ciencia del hombre, que aunque se muestre exacta, y por lo tanto pretenda hacer creer que es natural, es siempre despreciable. La jaula, así situada junto a las palabras y la geometría, no ha de ser una prisión física sino epistemológica.

Se reitera el acto de subversión y resistencia en la negación. La jaula, las palabras y la geometría actúan mediante el encasillamiento, la rotura y la absorción, lo que reitera la idea de que la fuerza a la que se opone a la hablante es epistemológica y no física. La cultura, en efecto encasilla y uno de sus vehículos principales es la lengua y la ciencia del hombre. Las consecuencias son la fragmentación y la absorción de la identidad.

La posibilidad de un encuentro con la identidad propia está en la hablante misma. Es interesante como la hablante, toda vez que niega a la cultura la posibilidad de atacarla mediante la violencia simbólica, reivindica el derecho a la autodeterminación mediante ser violenta consigo misma. Sin embargo, es una violencia distinta, es una violencia que le permite un encuentro con lo erótico en la masturbación: "cómo cortar mis manos y sentir las de noche / creciéndome hacia adentro".

Finalmente, el verso 12 abre con una tercera enunciación de la resistencia. La hablante niega la posibilidad de ser controlada por medio de "planes tramados"; sólo ella puede encontrar su identidad "Sólo yo conozco el dolor / que lleva mi nombre / y sólo yo conozco la casa de mi muerte". El dolor y la muerte son

dimensiones corporales e intelectuales y, la hablante, se resiste a la dominación en estos dos ámbitos.

Se reconoce a sí misma en una suerte de incompreensión: su identidad está fuera del entendimiento del orden social. Sólo la hablante tiene el derecho sobre sí misma, su constitución y su entendimiento.

La Marea

Es dura de aguantar
esta larga ingratitud
de las horas
cuando al fin de tu sueño
compruebas
que se alejaron sin amarte
Doloroso es sentir
cómo la tarde se desprende
y te deja
sin piel cristalina,
sin su abrazo.
Triste es todo en su fondo
cuando a solas
desciende y sube la marea
de la sangre.
Triste y fundamental
y turbio
es este ardor
sin tregua.

Este poema consta de dos partes separadas por sus sentidos, la primera desde los versos 1 a 11 cuyo eje es el dolor; la segunda que abarca los versos 12 a 20, cuyo eje es la tristeza. Al igual que “Más allá”, este poema está cruzado por un factor de temporalidad, aunque en esta ocasión como un elemento insalvable.

Entre los versos 4, 5 y 6, se presenta lo onírico como el lugar en que el sujeto y objeto permanecen unidos, o al menos el espacio en que la separación no

existe. El tiempo es el factor irreversible, el despertar que arroja a la hablante a un ámbito de imposibilidad de unión frente a su objeto de deseo.

El verso 7 constata que la separación es dolorosa y deja a la hablante en el abandono, manifestado en el cuerpo de la hablante (sin piel cristalina) y del objeto (sin su abrazo). La piel cristalina de la cual es privada la hablante frente a la separación del sujeto, conlleva una significación doble: primero, el estado elevado al tener la piel cristalina en el espacio de unidad con el objeto; segundo, el dolor en la separación representado por la pérdida de la piel. El dolor como eje de esta primera sección del poema es coherente con la corporalidad de los elementos evocados. La temporalidad se encuentra reflejada en la espera del objeto deseado, que sin duda se constituye como un tópico de carácter amoroso-erótico que desemboca finalmente en la nada, es decir, se traduce en una carencia y nos revela la desolación de la hablante.

La segunda sección tiene como eje la tristeza y aunque la corporalidad sigue presente, no es tan esencial como en la sección primera. La atmósfera de melancolía se sustenta en la tristeza que evoca lo perdido. Los cambios en la marea de la sangre recuerda la teoría de Hipócrates quien consideraba que el desbalance en los fluidos son los provocadores de determinados caracteres y ánimos. La marea también rememora un sentido de consecución representando un continuo ir y venir del estado melancólico, cuya ontología es la reiteración cíclica y la imposibilidad del sujeto de salir de dicho estado. El ardor del verso 18 propone la ausencia del objeto como un deseo profundo y cuya sensibilidad es incontrolable, toda vez que no se detiene (sin tregua).

Nada

Mis ojos se ennegrecen
ante estos días
de luz y risa ajenas,
de sal, de muerte hueca
en la sangre.

Quisiera desnudar mi grito
en la calle,
volcarlo en las esquinas,
atravesar paredes
y canciones,
golpear en lo más bajo,
trepar los pensamientos,
devorar las raíces del asombro.
Mis manos se marchitan
abrazando la nada
como esas hojas turbias
que se aferran al árbol.
La burla sopla su clarinete
y mi niebla se desenrosca,
me pide libertad,
se marcha
y estrangula las horas.

El poema titulado “Nada” cuenta con 22 versos, por medio de los cuales la hablante expone su sentir desasosegado frente al entorno. El título es de hecho la conclusión del poema, la inexistencia del espacio sugiere el estado emotivo con el cual concluye su observación del medio. Ya desde los primeros versos es posible apreciar la antítesis entre la hablante y los otros: “mis ojos se ennegrecen / ante estos días / de luz y risa ajenas”. Los días son también de sangre, sal y muerte hueca. Los ojos ennegrecidos evocan tristeza. Es dificultoso determinar el sentido de “sal” en el verso cuarto, su simbología es bastante amplia y no es posible determinarla con exactitud en este contexto. Algunos de los sentidos probables son: la sal puede significar un sabor desagradable o disgusto, coherente con la primera parte del poema; la sal también puede significar dolor frente a la herida que aquí podría estar denotada por la sangre. La sangre, como se ha visto en los otros poemas, simboliza sensibilidad: la sangre se manifiesta en su marea o es afectada frente a los estados emocionales. La muerte hueca indica sensación álgida pero banal y que aquí es localizada en la sangre, centro del flujo sensitivo en el cuerpo poetizado de Thénon.

La situación de desasosiego localizada al inicio del poema y la divergencia con el entorno, se conecta con la imposibilidad de exponer el sentir propio: “Quisiera desnudar mi grito / en la calle / volcarlo en las esquinas”. La calle es el espacio público y social, donde la hablante se ve imposibilitada de exponer su sentir. Está implícita la censura social acerca del deber ser del comportamiento en público, cuyo método de funcionamiento es auto-coerción. Sin embargo, “Atravesando paredes / y canciones” indica libertad frente a las restricciones. Son las paredes ante todo las que simbolizan el límite. Las canciones parecieran estar en la misma esfera de las limitaciones, siguiendo la idea de las paredes, aunque en un nivel emotivo y no ya físico. Una canción simboliza emotividad y las canciones de los otros son emotividades ajenas, por ende. Los actos de golpear y trepar, desde el infinitivo están enunciados como deseo de la acción. Golpear en lo más bajo implica cometer *bajezas*, esto es, lo considerado culturalmente como bajo, a saber, moralmente censurado. “Trepar los pensamientos / devorar las raíces del asombro” es abismar la cognición.

En el verso 14, ante la imposibilidad de acometer los actos deseados, la hablante refiere el deterioro de su cuerpo. El tiempo es inexorable y las limitantes culturales planteadas en los primeros versos, producen que la hablante se quede en la nada, privándola de toda trascendencia y envejeciendo.

“La burla sopla el clarinete” indica que esta imposibilidad de ser ella misma permanece presente generando la impotencia o rabia que suele devenir de la burla. En “Mi niebla se desenrosca”, entendemos por “niebla”, el inconsciente. Este desenroscarse, en coherencia, implicaría liberación o afloramiento del inconsciente y cuyo accionar es liberador toda vez que libera y mata al mismo tiempo, principal consecuencia de la represión.

Este poema trata por lo tanto de una pugna entre la subjetividad de la hablante y el cuerpo social que la reprime simbólicamente y obliga a la sujeto a autocensurarse. La consecuencia de la represión se sitúa en el tiempo y su paso inexorable que deja la marca sobre el cuerpo y su envejecimiento; en

contraposición, la liberación del inconsciente salva el paso del tiempo pues “estrangula las horas”.

En el corpus analizado, encontramos una poesía, que se encuentra en constante ruptura con los modelos estéticos impuestos por la academia masculina. La poeta rompe con este orden simbólico, recurre al desorden de la norma al ubicar el cuerpo como elemento importante dentro de la poesía. Es por medio de éste, donde se articula la subversión, el deseo, el dolor y la melancolía, donde se crea una simbiosis con el objeto y la pérdida de este. Es, en ese espacio, donde la melancolía se transforma en un eje central de la poesía, y se libera la subjetividad de la hablante.

La construcción del lenguaje dentro de estos poemas contiene imágenes de gran contenido erótico. En este deseo de retener al otro, cruza los límites, llegando al extremo de poner en exposición el cuerpo de la hablante, convergiendo con el objeto en la muerte misma.

Susana al escribir desde el deseo, transgrede la norma, se posesiona como una sujeto, que desea y desea ser deseada, tanto en la corporalidad como en las emociones. La poeta ejerce la libertad del lenguaje: le pertenece a sí misma. Como lo señala María Negroni:

“Espía y poeta, Susana Thénon soñaba con una literatura que cupiera en el hueco de la mano de un niño. Su fin consistió siempre en no rendir cuentas, correr súbitamente al encuentro de las esquirlas del yo para consumir el extravío, no para cancelarlo, para volverlo luminoso como un faro”.¹³⁷

¹³⁷ Susana Thenon. *La Morada imposible*. p. 15

Capítulo VIII.

THÉNON, LA MELANCOLÍA Y LA SUBVERSIÓN¹³⁸ (RE-VUELTA¹³⁹).

Por medio de esta investigación hemos revisado, cómo la hegemonía masculina se ha encargado de dominar desde todas las manifestaciones culturales a la mujer. Los estudios de género han ayudado a poner en evidencia los procesos culturales de las mujeres. Asimismo, son los estudios de género que han denunciado la manera de construir la imagen de la mujer, desde la perspectiva masculina y el modo en el cual la dominación masculina se ha encargado de reprimir a las mujeres en todos sus aspectos relacionados con la cultura.

El pensamiento occidental ha determinado el rol de la mujer. Para el análisis de la cultura contemporánea hemos tomado La Modernidad como punto inicial, donde el pensamiento de la Ilustración reflejado en Rousseau re-conduce la vida de la mujer al trabajo del hogar, a la maternidad y al cuidado de los cuerpos. De esta manera, lo que se teje durante Siglo XVIII no es la libertad sino lo contrario: un refuerzo de la opresión y subordinación de las mujeres al ámbito privado.

En este sistema sexo-género los mandatos obligan a la mujer a identificarse con el rol de madre, la encaminan a vivir una subjetividad pasiva que construida desde el punto de vista masculino. Los varones de fraternidad democrática exilian a las mujeres del ejercicio ciudadano. Pese a que la ilustración y la revolución Francesa generaron una esperanza para el mejoramiento de la situación social de las mujeres, finalmente se convirtió en un discurso teórico de procurarles el hogar como destino. Un papel crucial y precursor tuvo el libro *Emilio* de Rousseau en el cual existe un capítulo: *Sofía o la mujer*, dedicado

¹³⁸ Concepto de Barrenechea, A.M.

¹³⁹ Concepto de Kristeva, J.

especialmente a la educación de una mujer, a su comportamiento y virtudes en relación a cómo debe actuar para satisfacer los deseos y el bienestar masculino.

Los movimientos feministas fueron de gran apoyo durante este proceso: las mujeres se organizaron para producir una oposición contra el régimen patriarcal. Constituidas como movimiento que luchó por los derechos de la mujer a la participación ciudadana, lograron transmitir y producir una toma de conciencia entre sus pares. Algunas pagaron con su vida como fue el caso de Olympe de Gouges.

Asimismo, la condición biológica de la mujer la cual es vista como sinónimo de *naturaleza*, trae como consecuencia que se le atribuya, desde muy temprana edad, una función reproductiva como actividad prioritaria. Esto conlleva a un determinismo social al definirse como madres, por obligación y por exclusión de otras funciones.

Poco a poco, se fue originando un movimiento de liberación de mujeres que se atrevieron luchar por sus derechos. Por una parte, las mujeres salieron a las calles y se expusieron a ser tildadas de locas por demandar lo considerado como “anti-natural”. Por otra parte, muchas mujeres siguieron obedeciendo a los mandatos de géneros, contribuyendo al poder masculino. Este orden simbólico, que busca tener el control y el poder sobre las mujeres, crean de esa manera un conflicto que no se resuelve con el pasar de los años, ni con la lucha por los derechos de la mujer. Es un sistema que atraviesa tanto la construcción del lenguaje, por ende la del inconsciente, así como la división sexual del trabajo y la atribución de roles sociales.

De esta manera, se determinaron los patrones culturales que intervinieron en la construcción de la subjetividad de las mujeres. En el caso de las mujeres subordinadas a las órdenes del Padre/marido deben asumir una pasividad que predomine en su comportamiento social. Bajo este orden simbólico, a la mujer no se le considera como sujeto deseante, y es precisamente en este punto donde se desarrolla uno de los mayores conflictos de la subjetividad femenina. Un ejemplo

evidente, desde el catolicismo es la imagen de mujer mariana, la mujer perfecta, inmaculada, cumpliendo la voluntad del dios-padre/ que se entrega a las ordenes del padre y a los designios de la maternidad. Sin embargo, como ya lo mencionamos, ser virgen y madre es un modelo imposible a seguir para las humanas.

La literatura no está fuera de esta dominación masculina como lo mostramos en capítulos precedentes. Los cánones de la estética han predominado a lo largo de la historia sociocultural. Frente a esto debemos recordar que la capacidad de las mujeres de creación queda soslayada, pues Freud, en sus escritos atribuye a las mujeres una menor capacidad de sublimar, por lo tanto de crear cultura.

Las palabras de Gilbert y Gubar en su libro *La loca en el desván*, reflejan la manera en que la educación de la feminidad canónica de las mujeres, afectó a su producción literaria, demostrando una vez más la dominación intelectual masculina:

“Para comenzar, aquellas mujeres que se encontraron entre las primeras de su sexo en probar la pluma fueron sin duda contagiadas o enfermadas por los sentimientos de duda, insuficiencia e inferioridad que su educación en la «feminidad» casi parece hacer sido para inducir”.¹⁴⁰

De este modo, los hombres, en ese afán de mantener su reinado, son los que han determinado quien se consagra en el mundo de las letras. Ellos han silenciado a aquellas mujeres que han levantado su voz contra este orden, y no les han otorgado el espacio que merecen.

Para el mundo de las letras, las mujeres creativas constituyen una amenaza, pues muchas de ellas se posesionan en ese espacio que, mediante la escritura, les permite denunciar la manera en que han sido obligadas a ocupar un segundo lugar. Aquellas mujeres que han levantado sus voces han sido silenciadas y olvidadas, otras han encontrado hábilmente la manera de ser escuchadas desde su posición de mujeres subordinadas, alterando hasta cierta

¹⁴⁰ Gilbert, Sandra M. Gubar, Susan. *La loca en el desván, la escritora y la imaginaria literaria del siglo XIX*. p.72

medida el orden, de un modo que no resulte amenazante para ellos, como lo revisamos durante esta investigación.

La teoría feminista en su mirada a la literatura, a la historia y al psicoanálisis conforman un panorama acerca de los sistemas de opresión que han vivido las mujeres. Susana Thénon se sitúa en un lugar de denuncia que le mereció el silenciamiento hasta el 2001 en que una editorial argentina, Corregidor, se propuso su recuperación con la publicación de sus obras completas gracias a las académicas Ana M. Barrenechea y María Negroni.

La teoría psicoanalítica desde principios del siglo XX influye fuertemente en la apreciación de la vida psíquica del ser humano. No existe material suficiente para relacionar el desarrollo de la subjetividad de Susana Thénon con su padre psicoanalista. Jorge Thénon también se dedicó a la literatura y editó –Papeles de Buenos Aires, publicados entre 1943 y 1945- una revista literaria en la cual publicaban los y las escritores/as que se iniciaban en el mundo literario. Sabemos que Susana publicó libros en su época que luego desaparecieron de circulación. No dejamos de asociar el ambiente familiar que debe de haber compartido la poeta en su infancia en que literatura y psicoanálisis se pensaban junto a ella. También no deja de ser relevante que uno de los conceptos claves que desarrolla el psicoanálisis es la melancolía, estado que se aplica a la poesía de Thénon como testimonio de ser sujeto de deseo. Nos preguntamos en qué medida todos estos elementos se habrán combinado para su producción literaria.

La melancolía surge de la pérdida del objeto, esto supone la pérdida de un objeto deseado por un sujeto deseante. Si las mujeres acusan melancolía implica que subyace un sujeto deseante, amante de un objeto que se pierde: es necesario tener en cuenta que la construcción de la subjetividad de las mujeres está cruzada por una primera pérdida, la madre. Esto causa un conflicto de ambivalencia en la niña, quien, a pesar de que desea a la madre, la debe matar simbólicamente. Luego, regresará a su lado para identificarse con ella en su rol materno, nutricio y de cuidado, lo que implica aceptar la Ley del Padre y, como consecuencia, ocupar un espacio de subordinación. La mujer construye su

subjetividad a partir de esta encrucijada: dejar a la madre como objeto de deseo y solo recuperarla desde una identificación con el rol pasivo que significa abandonar el lugar de sujeto deseante. Esta propuesta de desarrollo de la sexualidad femenina por parte del sistema sexo-género genera un conflicto: al no permitirles desear, las mujeres desarrollan un conflicto en ese ámbito (dimensión deseante) que desemboca en la melancolía. En su revés, la melancolía denuncia, por lo tanto, un deseo congelado, que sobrevive aislado y que puede ser recuperado por la creatividad.

Terry Eagleton, explica la ausencia del objeto, desde la literatura :

“Para Freud, el esforzarse por regresar al lugar donde no puede sobrevenirnos ningún daño, a la existencia inorgánica anterior a la vida consciente es lo que mantiene en la lucha: nuestro apego compulsivo (Eros) es esclavo de la tendencia a la muerte (Tánatos). Algo debe perderse o quedar ausente para que una narración pueda desenvolverse: si todo permaneciera en su sitio no habría historia que contar. La pérdida es angustiada pero también es emocionante: lo que no podemos poseer plenamente estimula el deseo, y ello constituye una fuente de satisfacción narrativa. Sin embargo, cuando se trata de algo que *jamás* lograremos poseer, la emoción o excitación puede hacerse intolerable y convertirse en disgusto”.¹⁴¹

En la obra de Thénon encontramos distintos tópicos, como el erotismo, la muerte, el cuerpo, el deseo, el amor y la melancolía. Es por medio de la melancolía por la cual la poeta se instaura y logra desarrollar su subjetividad, en esta pérdida de su objeto, transita en distintos estados, como la frustración, la imposibilidad de tener el objeto, el erotismo y la muerte. El deseo de la propia muerte en el sacrificio del cuerpo, y el deseo de arrancar del cuerpo esa pulsión que sufre la hablante.

Es así como el deseo cae en el silencio esto supera cualquier forma de sentir. De este modo, la poética de Thénon nos abre un espacio en el dolor propio del ser y más aún en la eterna continuidad del desarraigo constante de la no pertenencia. En este estado melancólico en el que se desarrolla en su obra, abre espacios en los cuales se permite alterar el orden establecido. Lo relevante de sus escritos radica en que el conflicto que se desarrolla dentro de la melancolía resulta

¹⁴¹ Eagleton, Terry. *Una introducción a la teoría literaria*. p. 220

en una recuperación de su subjetividad deseante: yo deseo y puedo ser deseada. La poeta proyecta su deseo de una forma tangencial.

Tenemos en primer lugar, una mujer que rompe con los cánones establecidos por la hegemonía patriarcal. Se posesiona de un espacio en el cual ella desea desear. Eso lo podemos apreciar en el poema *Aquí* en los versos:

Clávate, deseo,
en mi costado rabioso
y moja tus pupilas
por mi última muerte

Estos versos que dan cuenta implícitamente de *Si no puedo desear voy a morir*, se transforman en cumbre de la transgresión hacia el orden simbólico masculino. La subjetividad activa de la escritora al presentarse cómo una rebeldía integral (el deseo o la muerte) al mandato de pasividad y de objeto de deseo, constituye, según nuestro entender, una ilustración de aspectos relevantes de la compleja construcción de la subjetividad de las mujeres.

Julia Kristeva lo explica de la siguiente forma:

“Se suele pasar por alto definir lo que hace la diferencia entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, entre Eros y el Tánatos. Hay que recordar que el Eros es ligador, mientras que el Tánatos es desligador. La melancolía ofrece al respecto una representación impactante: los lazos con el otro de hallan cortados, “yo” me aislo del mundo, “yo” me repliego en mi tristeza, “yo” no hablo más, “yo” me mato”.¹⁴²

Es, por medio del lenguaje, donde la poeta desarrolla la batalla, para convertirse en sujeto deseante: produce una re-vuelta a la subjetividad femenina, construida desde los patrones masculinos y la transforma en una subjetividad activa. El lenguaje se vuelve un instrumento de exploración de formas de expresión, pues ella, sin miedo, lo transmuta y se nutre de él.

La figura de la poeta Susana Thénon, nos resulta emblemática, pues en ella se muestra lo que ha sido una parte de la historia de muchas mujeres. Ella

¹⁴² Kristeva, Julia. *Sentido y sinsentido de la rebeldía, lietarura y psicoanálisis*. p. 89

decidió ejercer como escritora en un mundo gobernado por hombres. La ruptura escritural, la rebeldía la llevaron a tomar la vida en sus manos, sin miedos, sin ataduras, transformándose en una figura testimonial.

“Serán poemas para la poesía, escribió. Y en un sentido lo son. Poemas en bruto, degradados, erguidos como un monumento en un mundo solarmente negro, como cajitas musicales o patrias sonoras. Como si el objetivo del procedimiento fuera escenificar el proyecto siempre irrealizable de la significación, recordar que, como dijo Sarduy, el lenguaje deseante de la poesía desconoce la funcionalidad, transgrede de lo útil, insiste en el fracaso. Se trata, claro, de un deseo por antonomasia, un deseo de lo inexistente, en el vacío y ciego para hacer surgir lo imposible: el festín del significado”.¹⁴³

Ella hace evidente el problema de la melancolía en la mujer, que nace de la represión del deseo de la que han sido víctimas las mujeres a lo largo de la historia. Thénon en sus versos, lo expresa de una forma fehaciente: la melancolía proviene del impedimento a desear. Las mujeres deseamos desear, recuperar ese espacio el cual nunca nos fue otorgado.

Como lo expresa Ana María Barrenechea refiriéndose a la obra de Thénon, en su artículo *La poesía de Susana Thenón y su subversión del Canon*:

“Si la seguimos en sus publicaciones posteriores dispersas en revistas o en los inéditos que dejó al morir, veremos que su rebeldía pudo también –en un ademán extremo de libertad- restaurar formas que había amado y hacerlas convivir con los dislocamientos que nacían de su protesta. Lo que nunca acepto cuando la enfermedad la iba destruyendo fue el silencio”.¹⁴⁴

El caso de Thénon, es relevante, pues en ella convergen todos estos factores, la poeta deambula silente en el mundo de la literatura, es en ella en quien podemos encontrar un ejemplo de rebeldía, oponiéndose no solo al canon literario masculino, sino a todo lo que implica la norma impuesta por los mandatos de género. Podemos decir que en Thénon convergen postulados psicoanalíticos, feministas y literarios.

¹⁴³ Negroni, María. *La morada imposible*. p. 14

¹⁴⁴ Barrenechea, Ana María. *La poesía de Susana Thenón y su subversión del Canon*. Atípicos, en la literatura latinoamericana. p. 220

CONCLUSIÓN

La pregunta sobre la identidad ha sido largamente centro de la discusión en las humanidades. La forma en que esta pregunta se ha manifestado es diversa y no siempre se ha reconocido a la identidad como componente relativo a la subjetividad. Dependiendo de la ideología a la que adhieran los/las autores, a veces se ha pretendido que la identidad es un problema meramente cultural. Es cierto que no es posible separar completamente la identidad de la cultura, pues esta última contextualiza la formación de la primera en forma inexorable, pero también es cierto que la primera responde de formas diversas frente a esta situación.

En el desarrollo identitario de cada quien, siempre existe un momento en el cual el sujeto se pregunta por su subjetividad y por los modelos culturalmente constituidos, ¿cuál es su relación?, ¿cómo se debe actuar frente a ellos? Tengo la certeza de que los Estudios de Género feministas son una patente manifestación de la inconformidad frente a las posibles respuestas que pueden generarse a partir de estos cuestionamientos y elaboran un pensamiento crítico que contribuye a la deconstrucción de los estereotipos culturales. Dicho de otro modo, los Estudios de Género se desenvuelven desde el núcleo de las Humanidades al sumirse en la pregunta esencial de “quiénes somos”.

Esta investigación estudió la obra de Susana Thénon, sin embargo, tan importante como el tema mismo fue el hecho de que se enmarcase en la perspectiva de género. Esto quiere decir que no se trató tan solo de una investigación descriptiva, sino de un intento de explorar la compleja pregunta acerca de la identidad de las mujeres, por medio de la obra poética de esta autora.

El vínculo entre sujeto y cultura se estudió por medio del carácter multidisciplinar que permiten los Estudios de Género: Historia, Psicoanálisis y Teoría Literaria, que se entrelazaron para dar forma a esta investigación.

La mirada panorámica a la historia de la Modernidad occidental reitera las críticas planteadas por los estudios de género feministas puesto que en ella se reconoce un proceso que, si bien fue iniciado por hombres y mujeres, terminó siendo hegemonizado por los varones. Cuando el hombre habló de romper cadenas (pienso en la Revolución Francesa) su discurso, que en la superficie parecía abarcar a la humanidad toda, en su trasfondo reveló ser en realidad la manifestación de la ideología masculina. El ejemplo por excelencia es la declaración de “los derechos del hombre” que, en definitiva, como su nombre lo indica se trataba de los derechos de los varones, aún cuando se formulara en el genérico de la especie humana. Esta fue la gran contradicción del nuevo régimen: la igualdad acotada a un solo grupo humano, a los hombres. El trasfondo de la modernidad es relevante pues ejemplifica en lo histórico las formas de represión y funcionamiento del poder y la metaestabilización del patriarcado¹⁴⁵, esto es la posibilidad de readaptar los cambios a la dominación masculina secular.

La propuesta Foucaultiana resultó esencial para entender las dinámicas en las que se inserta el género. Ciertamente, el poder no sólo excluye a la mujer por medio de discursos y prácticas, también relega a todo lo que es *otro* dentro de los procesos de normalización que impone y por lo tanto se define como a-normal. La mujer normal según estos patrones (obediente a la norma), es aquella que rechaza las posibilidades de encontrarse con su subjetividad y trascender como sujeto deseante, y en cambio se acopla a la ideología masculina. En coherencia, una mujer que busca ser activa en su subjetividad, es anormal (fuera de la norma) y el hombre, como normalizador, será quien reprima la *afrenta*.

¹⁴⁵ Concepto desarrollado por Celia Amorós y su equipo en el libro: *Diez palabras clave sobre la mujer*.

Por su parte el Psicoanálisis se sitúa en un lugar teórico clínico del estudio de la subjetividad. Como se vio, la teoría freudiana está atravesada por los mismos propósitos jerárquicos de los sexos, expresados por la cultura de la dominación masculina, entre otros aspectos, al considerar a la mujer un ser de segundo orden en lo creativo por tener una capacidad inferior de sublimación de las pulsiones. Sin embargo, la propuesta de Freud es interesante para iniciar una discusión sobre la construcción de la subjetividad, porque junto con sus afirmaciones que responden a los patrones masculinistas, se entretienen análisis sobre la cultura que, finalmente, terminan por indicar que los mandatos de género dependen de las instituciones de lo simbólico. En particular resultó relevante el estudiar las ideas freudianas sobre la melancolía que es el eje articulador propuesto para la obra de Thénon.

Por su parte, las corrientes teóricas literarias muestran que la escritura de las mujeres se distingue de aquella de los varones. El hombre ha dominado los espacios literarios, desde la creación, la forma, los fondos y las lecturas. Una mujer que escribe debe plantearse de qué modo se relacionará con los patrones masculinos y hasta qué punto su obra será una muestra de subjetividad y resistencia. En este último punto lo planteado por Simone de Beauvoir, desde una mirada particular y aguda, es sumamente representativo del conflicto: una mujer que escribe desde los patrones masculinos es llamativa, como un animal que hace lo que no se espera de él, pero no por eso quiere decir que lo haga bien¹⁴⁶.

Consideramos que los poemas analizados en la obra de Thénon ilustran lo mencionado en los párrafos anteriores, puesto que:

- 1) Revelan cómo una mujer se encuentra con una forma subjetiva de hacer literatura, pero con la carga cultural atribuida a su género produciéndole conflictos.

¹⁴⁶ La cita textual de Beauvoir es :“un perro que camina sobre las patas traseras: no lo hace bien, pero es asombroso” en *el Segundo Sexo*, p.118.

- 2) Expresan una resistencia a las formas de control de la cultura, en particular al rechazo social toda vez que pone de relieve el derecho genuino de encontrarse con la propia subjetividad en tanto sujeto deseante
- 3) Hacen de la melancolía –testimonio del dolor de la pérdida de un objeto amado- un centro subjetivo y estético que reivindica el derecho de toda mujer a ser un sujeto deseante.
- 4) Rompen los patrones masculinos al generar una literatura de calidad resignificando los símbolos, las imágenes y reinventando la formas.

El análisis de su obra abre dimensiones para el estudio de la subjetividad femenina deseante reflejada en ciertos escritos literarios que dan cuenta del origen de la melancolía. Los textos se presentarían como testimonios igual que expresa la psicoanalista Ana Fernández: “lo exaltado contiene lo negado y su propia denegación”.¹⁴⁷ De este modo, el mandato de pasividad del deseo femenino oculta y devela a la vez, la existencia de un deseo que es necesario reprimir, subordinar, y someter: el deseo de las mujeres.

¹⁴⁷ Fernández, Ana. *LA mujer de la Ilusión*. p.180

Bibliografía

- Aguado, Ana. "ciudadanía, mujeres y democracia" en <http://hc.rediris.es/06/articulos/html/Numero06.html?id=01>
- Amorós, Celia. *Diez palabras clave sobre la mujer*, Madrid: Verbo Divino, 1995.
- American Psychiatric Association. *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales*. Barcelona: Masson, 2002
- Bataille, George. *El erotismo*. España: Tusquets, 2005.
- Benjamin, Jessica. *Lazos de amor. Psicoanálisis y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Beauvoir, Simone. *Segundo Sexo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1999.
- Burin, Mabel. *Estudios sobre la subjetividad femenina mujeres y salud mental*. Argentina: GEL, 1987.
- Burin, Mabel; Dio Bleicher, Emilce. *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- Burton, Robert. *Anatomía de la melancolía*. Madrid: Alianza, 2006.
- Butler, Judith. *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid: Catedra, 2001.
- Castoriadis, Cornelio. *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Editores, 1975.
- Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de Símbolos*. Madrid: Siruela, 2002.
- Cobo, Rosa. *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean Jack Rousseau*. Madrid: Catedra, 1995.
- _____ "Mary Wollstonecraft: un caso de feminismo Ilustrado". En <http://www.jstor.org/stable/40183468>
- Colaizi Giulia. *Feminismo y teoría del discurso*. Madrid: Catedra, 1990.
- Constantino el Africano, "De Melancolía", Payes Larraya, F. Acta de suplimento 1, Buenos Aires, 1992.

- Chodorow, Nancy. *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. Argentina: Paidós, 2003.
- Chemana, Roland; Vandermersch, Bernard. *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu. 2004.
- Chauvelot, Diane. *Historia de la histeria*. Madrid: Alianza, 2001
- Duby, Georges. Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres. Del Renacimiento a la Edad Moderna. Tomo III*. México: Taurus, 2005.
- _____. *Historia de las mujeres. El siglo XIX. Tomo IV*. México: Taurus, 2005.
- Estebáñez Calderón, Demetrio. *Breve diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza, 2006.
- Errázuriz, Pilar. *La misoginia romántica europea en la construcción de la subjetividad de la mujer moderna*. Valladolid, 2009.
- Epidemias, VII, 31*. en www.cervantesvirtual.com
- Enfermedades, II en www.cervantesvirtual.com
- Gamba, Susana. *Diccionario de género y feminismos*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2009. segunda ed.
- Gilbert, Sandra M. Gubar, Susan. *La Loca del desván*. Madrid: Catedra, 1998.
- Guerra, Lucia. *Mujer y Escritura, fundamentos teóricos de la crítica feminista*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2008.
- Fernández, Ana. *LA mujer de la Ilusión*. Buenos Aires: Paidós, 1993.
- Freud, Sigmund. *Obras Completas*. Tomo I, II y III Buenos Aires: Biblioteca Nueva, 1997.
- Friedman, Betty. *La mística de la feminidad*. Madrid: Biblioteca Jucar, 1974.
- Foucault Michel. *Saber y verdad*. Madrid: Ediciones de la piqueta. 1991.
- _____. *Tecnologías del yo*. Barelona: Paidós. 1991. Segunda ed.
- _____. *Vigilar y Castigar*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2005.
- Hipócrates. *Aforismos*. Buenos Aires: Kier, 1945.

- Kayser, Wolfgang. *Interpretación y Análisis de la Obra Literaria*. Madrid: Editorial Gredos, 1968.
- Kristeva, Julia. *Sentido y Sinsentido De la Rebeldía literatura y psicoanálisis*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1999.
- _____. *Sol negro. Depresión y melancolía*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericanos, 1997.
- _____. *Historias de amor*, Mexico D.F: Siglo XXI. 2000.
- Lamas, Marta. "Diferencias de Sexo, Género y Diferencia Sexual" *Cucuico Enero-abril año/vol 7 número 018*. Distrito Federal, México: Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), 2000.
- Laqueur Thomas. *La construcción del sexo cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Catedra, 1994.
- Levinton, Nora. *El superyó femenino. La moral en las mujeres*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.
- Meler, Irene. *Se solía hablar de la mujer como Objeto en*
<http://www.labrys.com.ar/article641.html>
- Moi, Toril. *Teoría Literaria Feminista*. Madrid: Catedra, 2006. Cuarta ed.
- Morey, Miguel. *Lectura de Foucault*. Madrid: Taurus, 1983.
- Murillo, Susana. *El Discurso de Foucault*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1996.
- Nietzsche, Freiderich. *Aforismos*. Madrid: Edhasa, 2002.
- Organización Mundial de la Salud en www.who.int/es
- Perrot, Michelle. *Mi historia de las mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura económico, 2008.
- Problema XXX, escolio 1* (atribuído a Aristóteles) en www.cervantesvirtual.com

- Rojas, Enrique. *Adiós Depresión*. Madrid: Planeta, 2006.
- Rousseau, Jean Jacques. *Emilio*. Buenos Aires: Ediciones Safian, 1955.
- Ruiz Villalba, Adrián, "La importancia del método científico", en www.encuentros.uma.es
- Sarlo, Beatriz. *La maquina cultural Maestras, Traductoras y vanguardistas*. Buenos Aires: Ariel, 1998.
- Sigerist, H. *History of Medicine*, Oxford University Press, N. Y. 1961. vol, 2.
- Thenón Susana, *La morada imposible tomo I y II*. Buenos Aires: Corregidor, 2001.
- Thomson, Clara. *El psicoanálisis*. México D.F: Fondo de cultura económico, 1971.
- Vázquez, María Celia. "Victoria Ocampo y las escrituras del yo: entre las Afirmación y el olvido" *Taller de letras*. Nº 29, 2001.
- Violi, Patrizia. *El infinito Singular*. Madrid: Catedra, 1991.
- Wollstonecraft, Mary. *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid: Debate, 1998